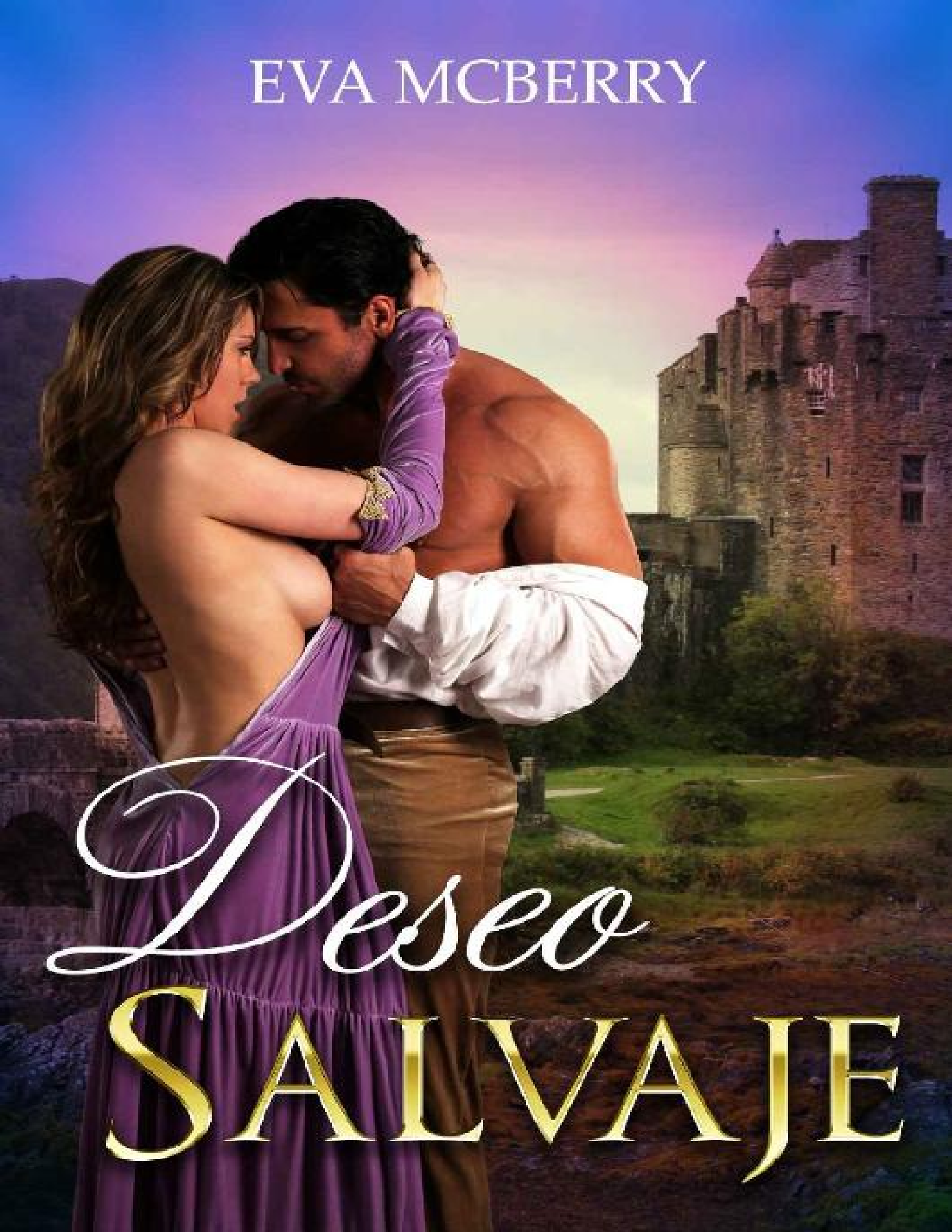


EVA MCBERRY



Desee
SALVAJE

DESEO SALVAJE

Capítulo 1

Aurora

El día empezó como cualquier otro: me levanté poco antes del amanecer, tomé un desayuno rápido con los demás sirvientes del castillo y nos preparamos para empezar nuestro trabajo. Me tocaba subir a atender a lady Siena, así que antes de entrar me miré al espejo para comprobar que estuviera impecable, como a ella le gustaba.

Lady Siena siempre criticaba a todo el mundo; para ella, nada es perfecto. No se cansaba de decirme lo horrible que me quedaba el uniforme. Parecía que le encantaba hacer que los demás se sintieran inferiores en su presencia. Aun así, me arreglé un poco para que no pudiera molestarme tanto. Mis ojos verdes parecían cansados, ya que la noche anterior había estado despierta hasta tarde. Me recogí mi cabello castaño en un moño alto y estiré un poco el mandil de mi uniforme. Llegó la hora de subir.

—Llegas tarde —me dijo Alexa, otra criada como yo—. Lady Siena ya se está vistiendo.

—No es tan tarde, se ha levantado más temprano. ¿Pasa algo?

Ella puso los ojos en blanco. Parecía fastidiada.

—¿No lo recuerdas? Hoy se va todo el día al castillo de Lady Davina.

—Oh... Es verdad. —Lady Davina era la mejor amiga de mi señora. Había olvidado que hoy era su cumpleaños.

—Lo bueno es que se va hasta mañana. Hasta entonces no veremos a la bruja esa. —Sonrió y yo le correspondí.

—Al menos será un descanso, ya me tiene...

No pude continuar; la puerta de la habitación de Lady Siena se abrió de golpe y ella apareció ya arreglada para su fiesta. Alexa y yo hicimos una reverencia de respeto. Ella nos miró y frunció el ceño. Avanzó para pasar justo entre nosotras.

—Quítate de mi camino, Williams —me espetó con desprecio—. No quiero pisar basura. —Me mordí la lengua. Aunque ya estaba acostumbrada a esos insultos, siempre dolían. Me moví a un lado y, aun así, Lady Siena pisó la parte baja de mi vestido—. ¡He dicho que te quites, inútil! —gritó molesta.

—Lo lamento, milady —dije sumisa, ya que sabía que le gustaba que le

hablaran así.

—Cállate, no te he dado permiso de que me dirijas la palabra. —Ni siquiera en un día de fiesta cambiaba de humor. Dios, no tenía ni veinte años y ya parecía una vieja amargada. No la entendía.

—Milady, ¿alguna indicación durante su ausencia? —preguntó Moira. Ella era el ama de llaves, apenas la había visto llegar.

—Solo asegúrate de que todo esté en orden. Me imagino que ya está listo mi carruaje.

—Por supuesto, milady. No se preocupe.

—Perfecto. Y vosotras, trabajad. No quiero parásitos en mi castillo.

Permanecí inclinada y agaché la cabeza con sumisión mientras ella avanzaba. Cuando salió de la habitación, al fin Alexa y yo suspiramos tranquilas. Todos en el castillo McCord odiábamos a lady Siena, pero solo nos tocaba aguantar.

Y como dice la gente, cuando el gato se va, los ratones hacen fiesta. Apenas escuchamos el carruaje de lady Siena alejarse, todos nos relajamos. Fuimos libres para arreglar las cosas a nuestra manera, conversar y reír. Solo nos conteníamos cuando Moira pasaba cerca, esa mujer amargada.

Me parecía que el día sería normal como cualquier otro, excepto por la ausencia de la señora del castillo. Llevaba un año trabajando aquí y, aunque es vivir en tensión constante, no podía quejarme de mi suerte. Lady Siena era un monstruo a veces, pero al menos tenía una cama, comida y ropa limpia. El resto de aldeanos de Abercrombie no tenían la misma suerte. Odiaba cómo me trataba, y aun así estaba agradecida.

El castillo McCord quedaba en lo alto de una colina, desde la que se podía ver todo el valle. No sabía cuántos años tenía este lugar, pero sí que era muy antiguo. Había escuchado que estaba en pie desde hacía quinientos años, tal vez más. Lady Siena era la heredera, pero le rendía cuentas a alguien más, alguien que le daba el dinero para mantenerla. Nunca lo había conocido, pero imaginaba que debía ser su padre.

Al llegar la noche todos cenamos tranquilos. Es increíble cómo se relajaba la servidumbre sin la presencia de esa odiosa mujer. Se creía mucho solo porque era hermosa y rica, pero sin todo eso no era nadie. Creía que tenía derecho a pisotearnos a todos, y no teníamos más opción que aguantarnos y acatarlo.

Lo malo era que, al amanecer, empezaría otra vez la aburrida rutina. ¡Qué rápido se iba el día! Fui a la habitación que compartía con Alexa y charlamos

sobre la fiesta del pueblo de la próxima semana. Teníamos planeado ir con nuestras mejores galas, que no eran gran cosa y ni siquiera parecían nuevas. Alexa tenía un novio llamado Ewen, un chico que trabajaba en la mina. A mí me pretendía Scott, el capataz. A veces me parecía guapo, pero la gente decía que era un patán. Quizá lo fuera; a mí no me gustaba de verdad. Mamá insistía en que debía aceptarlo porque era el mejor partido que tendría. Puede que fuera cierto, pero yo no quería eso para mi vida. Quería amar al hombre con el que me casara. Quería amor, pasión, locura. Y sí, estaba soñando mucho.

Nos dormimos, ya agotadas. Pero entonces ocurrió algo extraño. Me desperté de madrugada y estaba lloviendo. Una tormenta.

Era extraño, porque el cielo había estado despejado todo el día. Serían poco más de las tres de la madrugada, o eso creía. Intenté dormir, pero un rayo impactó cerca del castillo. Alexa parecía imperturbable; ella ni se dio cuenta. Las tormentas nunca habían de mi agrado. Ahora me incomodaban, pero cuando era niña me daban miedo. No iba a poder dormir esa noche.

Cerré los ojos, esperando conciliar el sueño, pero de pronto la cosa empeoró. Algo cayó en el techo. Algo duro como una piedra.

«Qué cosa más rara», pensé. Lo peor fue que hasta me pareció escuchar pasos, pero no eran normales. Duros, pesados. Bien... esto era muy extraño. Tenía dos opciones en ese momento: quedarme en cama o ir a ver qué rayos pasaba. Dudé bastante rato y, como no podía dormir, finalmente salí a ver qué pasaba.

Cogí un candelabro y encendí las velas. Caminé por los pasillos del castillo. Todo estaba oscuro y no había ni un alma fuera. Empecé a asustarme. Qué tonta era; no tenía que haber salido. Ya no escuchaba los pasos pesados, así que quizá fue solo mi imaginación. Me di la vuelta, dispuesta a volver a mi cuarto, cuando de pronto vislumbré uno de los balcones del castillo. Por poco se me cayó el candelabro; no podía creer lo que estaba viendo. Ahí fuera había algo que jamás en la vida había visto.

Enorme, grueso, con grandes alas. Era una especie de hombre de piedra, o eso me pareció de espaldas. Sabía que tenía que huir, por lo que retrocedí un paso. Y en ese preciso instante, aquel ser se giró. Yo lancé un grito y me eché a correr despavorida, justo en el momento en que mis ojos se cruzaron con los suyos. Eran azules y brillantes. Nunca había sentido una mirada tan intensa.

No pude dormir, me quedé en cama temblando, pensando que esa criatura

vendría a por mí. Fui la primera en levantarse. El castillo dormía y la lluvia había parado, apenas estaba aclarando el cielo. Caminé a la despensa para buscar huevos que freír, pero ya no quedaba ninguno. Tendría que salir al almacén un momento.

Abrí la puerta y solté un grito de sorpresa. No estaba sola: había un hombre recostado en el suelo y al parecer estaba herido.

Me quedé pasmada viéndolo y por un instante no supe qué hacer. Entonces él abrió los ojos y me devolvió una mirada azul intensa que se me hizo muy familiar. Mi cuerpo estaba temblando...

Capítulo 2

Keitan

La noche había sido terrible. Aunque volver a mi hogar en Abercrombie estaba dentro de mis planes, no imaginé que sería de esta manera. Las cosas entre nuestra comunidad se habían puesto tensas, muy peligrosas en realidad. Por eso tenía que volver, ahora proteger a Siena debía ser una de mis prioridades.

Todo se precipitó cuando me atacaron. No los conocía, pero de lejos me parecieron dos mequetrefes débiles que alguien de mi categoría podría vencer con facilidad. Error mío, no debí confiarme. Acabé a duras penas con uno de ellos, pero el otro me persiguió por los cielos. Me amenazó, dijo que iría por Siena y la destrozaría. Entré en pánico y por eso me adelanté para llegar al castillo y vigilar que ese miserable no la tocara. Para mi alivio, Siena no estaba en el castillo, así que solo quedaba esperar a ese miserable para hacerle frente y acabar con él.

Lo vi llegar a lo lejos, a pesar de la lluvia su silueta era inconfundible. Enormes alas, rostro fiero. Esa gárgola iba pagar la osadía de amenazarme. Volé hasta él y luchamos. Admito ahora que después de siglos de sentirme invencible, sentí una especie de emoción de que me tocara un rival a mi altura. Lo derroté, pero no salí ileso de aquello.

Ni siquiera tuve la fuerza suficiente para esconder su cadáver. Mi cuerpo tampoco mantuvo la forma de gárgola, era demasiada energía. Volví a mi cuerpo humano, que aunque era más blando y débil, al menos se recuperaba más rápido. Solo tendría que aguantar un poco el dolor, pero era mejor así. Era preferible que algún aldeano viera a un hombre herido, no a una bestia sangrando.

Mis heridas se iban regenerando poco a poco mientras trataba de llegar a mi castillo para descansar allí. Subí la colina a paso lento mientras intentaba cubrir la herida de mi vientre. Podía sentir cómo se iba cerrando, aunque aún faltaba para eso. No moriría desangrado, por suerte. Caminé hasta la parte trasera; quería entrar con discreción y no armar alboroto. Creí que lo lograría, pero el cansancio me venció y caí rendido justo antes de pasar a la cocina. Maldita sea mi suerte.

Quizá era mejor que me quedara ahí un momento, el hormigueo de mis heridas regenerándose era cada vez más intenso, solo tendría que dejar que

mi cuerpo hiciera su trabajo. Cerré los ojos, pero poco después sentí algo, un grito quizá. Había alguien ahí, frente a mí. Pude sentir su presencia y su aroma.

Era un aroma dulce que se me hizo familiar por alguna razón. Olía delicioso. Aquello era pureza, dulzura, feminidad. A pesar de lo cansado que estaba, abrí los ojos y la miré. Oh... era ella. La mujer que vi anoche en el castillo mientras esperaba a mi rival. Anoche estaba oscuro, pero aun así percibí sus hermosos ojos. En ese momento sentí deseos de ir hasta ella, pero el deber de proteger mi raza fue más fuerte. Ahora al fin la tenía al frente. Una muchacha, al parecer una sierva de mi castillo.

La miré sin parpadear. Su aroma de mujer me fascinó. Oculta tras ese traje de criada había una muchacha exquisita que encendió mis sentidos. Estaba herido, era cierto, pero me sentía duro. Ella también me miraba impactada. Sonreí. A pesar del dolor que sentía, verla era un placer. Al fin, aunque tímida, la muchacha se acercó a mí.

—Dios mío... ¿Se encuentra bien? ¿Necesita ayuda?

—Estoy herido —contesté al fin.

Ella asintió y se agachó a mi lado. Vio mi herida y abrió los ojos como platos.

—¿Puedo? —me preguntó. Quería ayudarme, así que yo asentí.

—Puedes tocarme. —No pretendí sonar atrevido, pero ella lo interpretó así y enrojeció.

Después de unos segundos, la muchacha apartó la tela de la camisa que usé para cubrir la herida. Rasgó un pedazo de su pulcro mandil blanco y lo puso ahí. Sentía sus manos temblorosas, la estaba poniendo nerviosa.

—Tengo que limpiar la herida.

—Y yo necesito recuperarme. Tengo que entrar al castillo.

—¿Qué? No... es que no puedo hacer eso. Trabajo aquí, pero no puedo meter gente. Lady Siena me echaría a patadas.

—Ella no tiene que enterarse, ¿verdad? —Le guiñé un ojo. No quise contarle en ese momento que yo era el conde del castillo. Su nuevo señor. Se enteraría luego; la prioridad era curarme y descansar.

—No lo sé, yo no lo conozco. ¿Y si es un ladrón?

—Me conocerás bien luego, te aseguro que jamás le haría daño a una mujer. Mucho menos a una tan bella. —Enrojeció otra vez y me percaté de que así se veía más hermosa. Su arrebatadora inocencia me maravilló.

—Lo ayudaré, pero en cuanto se recupere tiene que irse del castillo. No

puedo arriesgarme a perder mi empleo.

—No lo harás, te lo aseguro. Conozco a lady Siena, soy un pariente muy cercano. —Ella abrió la boca, sorprendida. Esperaba haberla convencido.

—Bien, venga conmigo. Trate de no hacer ruido.

—Por cierto, preciosa, ¿cuál es tu nombre?

—Aurora.

—Aurora... —repetí, y ella sonrió. Qué delicia de nombre.

Me ayudó a ponerme de pie. Hice un esfuerzo por sostenerme y di gracias por sentirme ya mejor. Ese pequeño descanso me había servido de mucho. La rodeé con un brazo, ella me sostuvo mientras me conducía al interior del castillo. Miraba todo con discreción y curiosidad, las cosas no habían cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí. Aurora me llevó hasta la zona donde solía dormir la servidumbre. Abrió la puerta y entré a la que debía ser su habitación. Al pasar, otra muchacha nos vio. Estuvo a punto de gritar de sorpresa, pero logró contenerse.

—Aurora, ¿quién es este hombre?

—Ayúdame y luego te cuento —contestó ella. La otra muchacha parecía confundida, pero al verme herido simplemente decidió apoyar a su compañera. Me acomodaron en la que distinguí como la cama de Aurora, gracias a que todo estaba impregnado de su delicioso olor.

—Gracias —murmuré yo. La chica asintió despacio y Aurora tiró de ella para llevarla a un lado.

—Ahora mismo vuelvo —me dijo Aurora, y arrastró a la otra chica fuera de la habitación.

—¿De dónde has sacado a ese hombre? —le preguntó la otra criada. Hablaba en voz baja, suponiendo que no las escucharía. Claro, si yo fuera un hombre común y corriente eso sería posible. Pero yo no soy humano. Puedo escuchar más de lo que se imaginan.

—Lo encontré herido fuera, necesita ayuda. Dice que es amigo de lady Siena, así que...

—¿Y tú te lo has creído? Serás estúpida. Van a echarme de aquí por dar cobijo a extraños.

—Eso no pasará. Lady Siena aún tardará en llegar, así que solo tienes que guardarme el secreto. ¿Cuento contigo, Alexa? Por favor...

Después de unos segundos de duda, la chica contestó:

—Solo por esta vez, nadie puede darse cuenta o nos echarán a las dos.

—Gracias. Necesito agua tibia, también algo para curar esa herida.

¿Puedes ayudarme con eso?

—Está bien. Tú quédate con él, enseguida vuelvo.

—No tardes —le pidió Aurora a su amiga. Luego escuché los pasos de esa Alexa alejándose de la habitación.

Sonreí ante la idea de quedarme a solas con Aurora en su cama. Vaya, vaya. Apenas la conocía y ya estaba en una situación comprometedoramente con una criada.

Aurora volvió a la habitación, cerró la puerta con cerrojo y avanzó hasta quedar a mi lado. La herida seguía cicatrizando, pero tenía la piel cubierta de sangre seca. Cuando ella la limpiara, se daría cuenta de que la herida que tenía ya no existía. ¿Qué iba a decirle? No me quedaba más remedio que improvisar.

—Eh... Bueno..., Alexa guardará el secreto —dijo algo nerviosa—. Voy a limpiarle la herida, pero le advierto que si necesita otro tratamiento no podré hacerlo. No sé nada de medicina.

—No creo que sea necesario —contesté sin dejar de mirarla.

—Tengo que...

—¿Quitarme la camisa? —Ella asintió, enrojando otra vez—. Hazlo, no pasa nada. No voy a comerte. —Sonreí.

Debería calificar eso como mentira piadosa. Quería comérmela, pero en un sentido delicioso. Con sus finas y temblorosas manos, Aurora se acercó para quitarme la camisa. Pronto quedé desnudo de la cintura para arriba. Mi sonrisa se amplió cuando me di cuenta de que le estaba ofreciendo un espectáculo que estaba disfrutando. Cuando llamaron a la puerta, Aurora fue a abrir rápidamente y dejó pasar a una apresurada Alexa. Ella también me miró y enrojó. ¿Qué podía hacer? Normalmente causaba este efecto en las mujeres, no podía evitarlo.

—Aquí tienes, ¿lo harás tú? —le preguntó Alexa.

—Sí, yo me encargo. —Aurora puso el recipiente con el agua a un lado de la cama, en una pequeña mesa. Cogió un paño limpio, lo humedeció, y empezó a limpiar la sangre seca de mi herida. Para ese momento yo ya no tenía heridas visibles, mi cuerpo las había regenerado. Aún estaba agotado y necesitaba recuperar las energías, pero ya nada era de gravedad. Tal como imaginé, Aurora se sorprendió al no ver ninguna herida.

—¿Qué ha pasado con...? —preguntó confundida.

—Magia —le dije, bromeando, aunque hablaba muy en serio.

—Qué raro... —dijo extrañada—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Keitan —respondí.

—Sé que suena raro, pero me alegro de conocerte, Keitan —me dijo con una sonrisita preciosa.

—No creo que sea raro. Aurora, el placer de conocerte es todo mío —le dije mientras la miraba a los ojos.

Placer. Esa palabra no salía de mi cabeza mientras la contemplaba.

Capítulo 3

Aurora

¡Madre mía! ¿En qué lío me había metido? No sabía qué iba a hacer con este hombre en mi cama. Y tampoco entendía nada, ¿acaso me había engañado? Estaba segura de que había visto una herida, y de repente no tenía nada. ¿Qué significaba eso? ¡Si hasta tenía sangre en el pecho! Creía que me estaba volviendo loca; esas cosas no podían pasar.

Aun así, tenía que limpiar esa sangre seca de su cuerpo. El hombre quizá no estaba herido de gravedad, pero si se veía muy débil, quizás algo febril. No me quedaba otra que hacerme responsable de él. Si lo había metido en mi habitación, no podía desentenderme.

—Aurora, tengo que ir con los demás —me dijo Alexa y yo asentí.

—Ve y cúbreme. Di que estoy enferma o algo parecido.

—¿Y tú crees que van a creerme? Lady Siena llegará en cualquier momento.

—Aún es muy temprano, hay tiempo. Ve, Alexa. Yo me encargo. —Mi amiga dedicó una mirada desconfiada a Keitan. La lógica decía que todo esto era muy extraño, quizá hasta había fingido sus heridas para entrar al castillo. Y aun así, yo confiaba en él. No parecía ser una mala persona, solo un hombre en apuros que se encontró conmigo.

En realidad, debería decir que yo tuve la suerte de encontrarme con él. Apenas se fue Alexa y cerró la puerta, caminé hacia Keitan para verlo otra vez. Me mordí la lengua despacio, sintiendo que el corazón se me aceleraba. Él me miró fijamente desde la cama y me sonrió de esa forma que hacía que todo mi cuerpo temblara. Nunca había visto un hombre como él, y menos en esa situación, tan... expuesto. Era, con diferencia, el hombre más guapo que había visto en mi vida. Dios... Y ese pecho parecía tallado por los dioses. Eso no era lo mejor de todo, sino que me miraba de una forma provocativa, me sonreía como si me correspondiera. Me había llamado hermosa, incluso.

¿Acaso estaba soñando? ¿De pronto alguien como él se fijaba en una criada invisible? Un hombre así seguro que era muy solicitado por damas bellas y elegantes, ¿y qué soy yo? Nada, solo una chica de pueblo que tiene la suerte de trabajar en un castillo.

—¿Qué pasa, Aurora? ¿Me tienes miedo? —preguntó con ese gesto tentador. Se lamió los labios mientras me miraba. Contuve la respiración.

Este hombre iba a conseguir que me diera un infarto.

—Creo que tienes fiebre —contesté, intentando mantener la compostura.

—¿Fiebre? ¿Crees que estoy caliente? —remarcó la última palabra. Yo era inexperta en muchas cosas, pero sabía qué sentido quería darle. Creo que no había en el campo tomate tan rojo como yo en ese momento. Keitan iba a volverme loca.

—Sí, lo creo, déjeme ver. —Me acerqué un paso y él soltó una risita.

—¿Vas a abusar de un hombre convaleciente? —bromeó.

—¿Qué? ¡No he dicho nada de eso! Solo quiero ver si tiene fiebre de verdad... —Sentía que la mano me temblaba, pero aun así la posé suavemente sobre su frente—. Creo que sí que tiene fiebre, Keitan.

—¿Ah, sí? ¿Estás segura?

—Tiene la frente caliente...

—Y el cuerpo también. —Él sonrió.

Suspiré. No sé en qué iba a terminar todo esto.

—Por supuesto. Si se trata de fiebre, así es. Y si a eso le sumamos los delirios...

—¿Qué delirios? —preguntó él arqueando una ceja.

—Pues anda diciendo muchas tonterías desde que lo conozco.

Se rio. ¡Pero qué hombre más descarado!

—¿Dónde están las mentiras en todo lo que he dicho? Que soy pariente de lady Siena es cierto; que necesito reposo, también. Sin olvidar la parte en la que he dicho que eres hermosa. Eso lo he dicho muy en serio. —Me guiñó un ojo y yo sonreí al instante. Me sentí bien de pronto, contenta. Solo había recibido insultos en ese castillo, y que él me dijera esas bonitas palabras me llenaba de felicidad.

—Gracias —murmuré—. Ahora déjeme cuidarlo, necesita ayuda.

—Y de ti recibiré lo que sea.

Pillo. Le sonreí.

Lo primero que hice fue ponerle un paño húmedo en la frente para bajarle la fiebre. Luego cogí más toallas y le limpié la sangre seca del pecho. Al principio lo hacía con manos temblorosas, pero poco a poco cogí confianza. Keitan se mantuvo en silencio, pero sentía su mirada clavada en mí mientras recorría su pecho para limpiarlo. Tenía que admitir que hacer eso era sin duda un placer. Si la vista de su pecho ya era una maravilla, tocarlo era mucho mejor. Era firme, como si estuviera esculpido con maestría sobre una dura piedra. O mármol. Sí, creo que eso suena mejor.

Le cambié varias veces el paño de la frente. La fiebre estaba bajando poco a poco, pero él necesitaba más que limpieza y paños húmedos: tenía que comer algo consistente que le devolviera las energías. Me excusé un momento para ir a la cocina en busca de comida.

Al salir, me di cuenta de que los sirvientes se movían de un lado a otro apresurados, serios, hasta algo nerviosos. Eso solo podía significar que, mientras yo cuidaba a Keitan, nuestra señora volvió al castillo. Ya le había pedido a Alexa que me cubriera, así que tenía que actuar rápido. Si Moira o lady Siena me veían deambulando por los pasillos sin hacer nada, estaría en serios problemas.

En la cocina encontré un caldero con caldo, el que la cocinera preparaba para la servidumbre. No era gran cosa, pero tenía trozos de pollo, patatas y algunas verduras. Cogí un tazón, serví un poco y caminé de vuelta a la habitación con cuidado. Para llegar al ala del castillo donde estaba mi cuarto tenía que cruzar un área común.

«Dios, por favor, que lady Siena no esté cerca», rogué.

Caminé lo más rápido que pude, no había nadie cerca afortunadamente. Me faltaban solo unos pasos para poder ocultarme en un pasillo y sonreí feliz porque todo estaba saliendo a pedir de boca. Y entonces... Rayos. Debía ser la persona con menos suerte del mundo. Me tropecé con la falda de mi uniforme, di un mal paso y caí de bruces con todo el plato de caldo. El solitario pasillo se llenó del ruido de mi torpe caída. Tuve ganas de llorar, ¿por qué me había tenido que pasar esto? ¿Es que nunca podía salirme nada bien?

«Tonta, tonta, tonta. Eso es lo que eres, Aurora Williams», pensé.

—¿Qué es ese ruido? —La voz era de Moira. Me arrodillé, recogí mi falda y estuve a punto de ponerme de pie. Podía darle una excusa al ama de llaves, pero no a Lady Siena. Ella, la personificación de todos los males, estaba de pie junto a Moira.

—Me he caído... —dije despacio desde el suelo.

—¿Qué significa esto, Williams? ¿Qué haces aquí? —me preguntó lady Siena, molesta.

—No es nada, milady. Me encargaré de limpiar todo esto. No se enfade.

—¿Que no me enfade? ¿Y quién eres tú para decirme lo que tengo o no tengo que hacer? Estás en mi castillo. Tú no mueves ni un dedo sin que yo te lo ordene.

—Sí, milady —respondí con la cabeza gacha. Intenté ponerme de pie,

pero ella habló.

—No te muevas. Te quedarás en el suelo mientras me dirijo a ti, ese es tu sitio. ¿Para quién era esta comida?

—Puedo explicarlo...

—No me interesan tus patéticas excusas, Williams. Mírate, eres una pueblerina ridícula que no sirve para nada, ni para hacer algo tan simple como llevar un plato de comida. No quiero inútiles como tú en mi castillo, ya he soportado suficiente tu odiosa presencia.

—Mi señora, por favor...—Tenía lágrimas en los ojos. No podía despedirme. Con lo que ganaba en el castillo podía darle una vida decente a mi pobre madre. Sin mi ayuda, moriríamos de hambre. Lady Siena tenía razón, no era más que una tonta que no merecía nada.

—¿Vas a suplicarme? —preguntó burlona—. Mírame —obedecí. Ella sonreía con malicia al verme llorar en el suelo rodeada del desastre que hice al tirar el caldo. ¿Por qué era tan malvada esa mujer? ¿Por qué encontraba gozo en mi sufrimiento?

—Por favor...—rogué de nuevo.

—Qué asco me das —dijo ella con desprecio.

—¿Se puede saber qué rayos significa todo esto, Siena? — La voz sonó tan fuerte y varonil que me hizo temblar. Me di cuenta de que lady Siena se había puesto pálida y se giró, sorprendida. Y yo también miré desencajada esa escena. Aún estaba débil, pero era Keitan el que había hablado. Lo vi tan serio que me estremecí. Él miró con fiereza a lady Siena y ella bajó la mirada con temor. Jamás habría esperado ver una cosa así—. ¿Por qué estás maltratando a esta joven?

—Ella no estaba cumpliendo con su trabajo —se excusó nerviosa, como una niña—. Llevaba comida a alguien...

—A mí. Esta chica me llevaba algo a mí. Me encontró herido y, aun sabiendo el riesgo, cuidó de mí. Ha velado por mí toda la mañana y no te permito que la trates de esta manera. Se acabó, no quiero oír ni una palabra tuya. Ve a tu habitación, hablaremos luego.

—Sí, señor. —No podía creerlo. Lady Siena hizo una inclinación respetuosa y se fue casi corriendo. Moira también se inclinó y se fue. Ahora estábamos los dos solos.

No entendía nada, ¿quién era él? ¿Por qué había actuado así con lady Siena, como si fuera más que ella, con toda la autoridad del mundo? ¿Sería él el conde del castillo? Solo podía ser eso.

Keitan caminó hacia mí. Me tendió la mano y me ayudó a ponerme de pie. Él no me soltó en ningún momento mientras me miraba a los ojos. Me quedé sin respiración cuando besó mi mano con delicadeza.

—Ella no volverá a hacerte daño. —Sin querer se me escapó un suspiro.
Este hombre era un sueño.

Capítulo 4

Keitan

Después de todo lo que Aurora había hecho por mí, le di mi autorización para que descansara el resto del día. También mandé a llamar al ama de llaves y le dije que no quería que molestaran a la muchacha.

Yo ya me sentía mejor, no estaba totalmente repuesto, pero no sería necesario que me quedara en reposo el resto del día. Esa noche esperaba convertirme en gárgola; retomar mi estado natural me ayudaría a recuperarme por completo. Pero ahora tenía otro asunto que atender, algo que era importante y la verdadera razón por la que había vuelto a Abercrombie.

Subí hasta la habitación de Siena y llamé dos veces a la puerta. Ella ni se asomó, pero cuando iba a dar un golpe más fuerte y a exigir que abriera, escuché sus pasos acercarse y segundos después la puerta se abrió. Siena me miró cabizbaja. No fue necesario que le dijera nada, se hizo a un lado y me dejó pasar. Al fin era momento de hablar.

—Has vuelto —dijo ella despacio. La miré. Ahora Siena no parecía nada a la muchacha altiva e insoportable de hacía un rato.

—Llegué anoche, en realidad. Tuve una pelea con otra gárgola, alguien más fuerte de lo que pensaba. Por eso salí herido.

—¿En serio? —preguntó ella, preocupada—. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué aquí?

—Querían hacerte daño —contesté. Siena me miró asustada un instante—. Tranquila, ya estoy aquí. Mientras esté en Abercrombie, nadie te hará daño.

—Pero, ¿cómo es eso posible? No pensaba que hubiera gárgolas capaces de enfrentarse a ti.

—Yo tampoco. Sabía bien quién era, y sabía que si quería hacerme daño solo tenía que venir a por ti.

—Ah, vaya, pareces preocupado. —Noté algo de ironía en su voz—. Hace un rato no me lo pareció.

—Siena, no juegues esa carta conmigo ahora.

—Eres tú el que ahora viene a fingir que te importa tu hija cuando hace años no vienes a verme. —Bien, tuve que admitir que eso me dolió. Sentí una punzada de culpa y la sensación se hizo peor al ver los ojos llorosos de Siena.

—Sabes que la razón por la que no he venido ha sido por protegerte.

—No tienes que repetir lo mismo de siempre, ya lo sé.

Siena era hija de mi primera mujer. La única que había amado, la que aún recordaba en mis noches de soledad. Selene, se llamaba. La amé con toda el alma y no hubo mayor felicidad que se quedara embarazada por segunda vez. Siena aún era pequeña y la noticia de que venía un hijo en camino nos hizo felices a todos. Pero el sueño se transformó en pesadilla cuando Selene murió. O, mejor dicho, la asesinaron. Alguien le hizo daño y no resistió al parto de mi hijo. Mi hijito también murió con ella.

Todo cambió para mí, fue como si la vida hubiera acabado. Estaba sumergido en un limbo de tristeza del que no podía recuperarme. Pero reaccioné; tenía que velar por Siena. Y tenía que averiguar quién había sido el malnacido que había asesinado a Selene. Así fue como averigüé varias intrigas dentro de la comunidad de gárgolas, cosa que me obligó a alejarme de mi hija. Ella sabía que todo lo que hacía era por protegerla, y aun así no podía culparla por su resentimiento. Había hecho todo lo que había podido, pero no había sido el padre que me hubiera gustado ser. Quizá la muerte de Selene me había llevado a las sombras y ya no podía regresar.

—Debes comprenderme, Siena —me excusé.

—Puedo entender que te vayas, pero no que me trates como si fuera cualquier cosa. Me has humillado delante de la servidumbre. Preferiste defender a una sirvienta antes que a tu propia hija. —Eso último lo dijo con rencor. Estaba dolida—. Esperaba al menos un abrazo, pero preferiste correr a rescatar a esa mustia. —La miré sorprendido. Esa lengua mordaz era propia de su madre y Selene era igual que ella.

—Modérate conmigo, Siena. Soy tu padre, y no acepto que te dirijas a mí de esa manera —le dije muy serio. Ella me miró firme unos segundos, pero luego bajó la mirada.

—Sí, padre —me contestó despacio.

—Estás equivocada en una cosa, Siena. Si salí en defensa de esa muchacha no fue por algún interés que tuviera en ella. Eres mi hija, eres una mujer gárgola. No debes de ser un monstruo que ataca a los más débiles, se supone que estás aquí para protegerlos. Ese es tu deber de gárgola, Siena. Me entristece ver que no lo respetas. Tenía que darte una lección.

—Esa idiota se lo merece —me dijo con desdén—. Es una torpe, debí echarla hace mucho del castillo.

—Pues ya no lo harás. Ahora estoy aquí, soy el conde de Abercrombie y el señor de este castillo. No pude educarte como me hubiera gustado, pero

eso se acabó. De ahora en adelante, aprenderás a respetar —le dije muy firme.

Ella se limitó a asentir. Lo quisiera o no, tendría que seguir mis normas.

—Está bien, padre. Y espero que te acuerdes de que soy tu hija ahora que estás cerca.

—Basta ya, Siena. Asunto concluido, ya no vamos a discutir más —dije para dar por cerrado el tema—. ¿Dónde estuviste anoche, por cierto?

—En el castillo de Davina.

Asentí. Era mejor cortar el tema ahí, no quería que empezáramos a hablar de ella. No justo hoy.

—Te veo en la cena —le dije y ella asintió. No quería que las cosas quedaran ásperas entre nosotros, así que, para su sorpresa, me acerqué a Siena y le di un beso en la frente—. Adiós, hija.

—Adiós, padre.

Después de hablar con ella, me instalé en mi antigua habitación y me dediqué a descansar un poco el resto del día. Llegada la noche, y después de la cena con mi hija, al fin fui capaz de volver a mi estado de gárgola. Surqué los cielos de mi condado con una sonrisa. Podía parecer una bestia en ese estado, pero así me sentía el rey del mundo. Mis enormes alas se elevaron tan alto como pudieron. Recorrí toda la zona, quería ver lo mucho que había cambiado el pueblo en mi ausencia.

Ya era de madrugada cuando volví al castillo. Aterricé en lo más alto, mis garras se aferraron a la piedra y desde ahí me quedé observando el paisaje oscuro. Pronto tuve que volver a mi forma de humano, y no por voluntad propia. Soy una criatura de la noche, puedo permanecer despierto el tiempo que quiera. Lo que pasó fue que escuché algo, o a alguien. Mis finos sentidos escucharon actividad en el castillo. Alguien caminaba despacio. Descendí y pude ver la luz de las velas del candelabro. Sonreí, era ella. Aurora.

Quizá algún día supiera la verdad sobre mí, pero de momento no podía permitirlo. Ya en mi forma humana, caminé despacio hasta encontrarme con ella. Al verme, Aurora se sobresaltó, hasta el punto de que casi dejó caer el candelabro. El verla me encendió de nuevo. Ese aroma especial que tenía me maravilló. ¿Qué era? ¿Por qué se me hacía tan familiar? Esta mujer tenía algo diferente y estaba dispuesto a descubrirlo.

—Keitan... —susurró ella—. Perdón, yo... disculpe, ¿puedo llamarlo así?

—Puedes llamarme como quieras, Aurora —le dije mientras la miraba

fijamente.

—Pero usted es el conde del castillo, ¿verdad?

Asentí.

—Conde Keitan McCord —le dije—. Sí, ese es mi nombre formal. Pero llegué a ti solo como Keitan, y tienes total libertad para llamarme así.

—No sé si podré hacerlo, señor. Sería irrespetuoso.

—No te preocupes por eso. —Me acerqué más. Qué bella estaba, vestida solo con un camisón blanco. Algo sencillo y fácil de quitar. Qué tentación—. Y, por cierto, ¿qué haces despierta a estas horas? ¿No te encuentras bien?

—No es eso, verá... —titubeó—. No va a creerme.

—Inténtalo —la reté.

—Anoche vi algo raro, una especie de criatura en un balcón del castillo. Era raro, grande y parecía duro. Como hecho de piedra. —Sonreí internamente, me recordaba bien—. Y hace un rato desperté, me asomé por la ventana y juraría que lo vi volar y aterrizar en el tejado. Es muy extraño, ¿no cree?

—Pues sí, nunca había escuchado nada parecido.

—¿Cree que estoy loca?

—Para nada. Creo cualquier cosa que salga de tu boca, de tus bellos labios. —Me di cuenta de que sus mejillas se ruborizaban. Podía sentir el latir acelerado de su corazón emocionado—. Aurora, ¿puedo pedirte algo?

—Sí, mi señor. Dígame.

Le había pedido que me hablara con confianza, pero no me atreví a corregirla cuando me dijo «mi señor». La deseaba solo para mí, quería ser su dueño. Su amo y señor. No debía pensar así, pero ya no podía controlarme. Sentía que me ardía la sangre de deseo. Quería aspirar el aroma de su piel y poseerlo todo de ella. Di un fuerte soplo que apagó todas las velas del candelabro. Aurora se quedó inmóvil mientras me miraba. El sonido que hizo el candelabro al caer al suelo fue ensordecedor, pero no me importó.

La tomé por sorpresa. La cogí de la cintura y la pegué contra mi cuerpo. La miré unos segundos a los ojos y supe que ella también lo deseaba. Por eso la besé, y beber el exquisito néctar de sus labios fue glorioso. Tenía los labios más suaves que había probado; no me iba a cansar de besarla. Ella temblaba en mis brazos, emocionada. Se aferró a mí y la estreché con fuerza.

—Quiero devorarte entera —susurré sobre sus labios. La escuché suspirar, ya la tenía. O eso pensaba, pero Aurora no era una mujer cualquiera. Era tímida y pura, y se separó un poco de mí.

—Señor, yo no puedo... —dijo despacio. Me deseaba, pero su pureza no le permitía entregarse tan pronto. Estaba dispuesto a respetarlo... de momento.

—No escaparás de mí, Aurora Williams.

—No quiero escapar eternamente, mi señor —respondió despacio. Sonreí. Si lo que quería era matarme de deseo, iba por buen camino.

Capítulo 5

Aurora

Esa mañana nos mandaron a llamar a todos al salón principal. Me sentía cansada porque la pasada noche no había podido dormir bien. Aun así, estaba como volando en las nubes. Él me había besado, no podía creerlo. Fue tan maravilloso que aún sentía la emoción en el pecho. Y no solo eso: el conde Keitan sentía otro tipo de deseos por mí. Enrojecí solo de pensarlo, pero no puedo evitarlo. Él me deseaba, y ojalá todo fuera tan simple como entregarme a él. Aún era doncella y tenía miedo de eso. Sabía que era mi señor y era descortés negarme a sus deseos, pero intentaría mantenerme pura. Si es que podía resistirme a él, claro.

Seguro que tenía una tremenda cara de boba cuando desperté, porque Alexa lo notó e insistió tanto que al final terminé contándole lo que pasó con el conde. Ella no se lo podía creer y terminó tan emocionada como yo. Me dijo que mi vida se iba a convertir en un sueño de ahora en adelante, que quizá Keitan me convertiría en su amante. O en su esposa. Yo no creía eso, apenas lo estaba conociendo y no sabía cómo era él en realidad. Aun así, era difícil no ilusionarse después de recibir un beso tan apasionado y escuchar su voz llena de deseo por mí.

Ya era hora de presentarnos en el salón. Llegamos tan pronto como pudimos y no esperamos mucho tiempo hasta que llegaron los demás. Finalmente, Keitan apareció. Tras él iba Siena, que mantenía esa pose altiva que tan familiar nos resultaba, pero al menos intentaba disimularlo. Sonreí internamente. Keitan había llegado para ponerla en su sitio y ya no nos iba a maltratar más.

—Buenos días a todos —saludó Keitan con esa voz tan varonil que tenía. Solo verlo ya me hacía temblar—. Os preguntaréis quién soy. Responderé vuestras dudas de inmediato. Mi nombre es Keitan McCord, soy señor de este castillo y conde legítimo de Abercrombie. —Se escucharon algunas exclamaciones ahogadas de sorpresa y pronto todos hicieron una leve inclinación en señal de respeto—. He vuelto a tomar el control de mis tierras. Siena ha estado a cargo hasta ahora. Ella sigue siendo la señora del castillo, así que os agradezco el buen servicio que le habéis brindado hasta ahora. Ella está muy agradecida, ¿verdad?

—Sí, lo estoy —respondió Siena de mala gana. Alexa y yo nos miramos

risueñas. Esto iba a ser muy divertido.

—¿Cómo has dicho? Creo que no te han escuchado los del fondo.

—Que estoy muy agradecida con el servicio de todos —dijo Siena. Se notaba que odiaba decir eso, pero no le quedaba de otra. Hasta ahora, ninguno de los dos había aclarado cuál era la relación que tenían y yo me sentía intrigada.

—Perfecto, ahora podéis volver a vuestro trabajo. Gracias por vuestra atención.

Pronto todos empezaron a dispersarse. Keitan y lady Siena subieron de nuevo y fueron cada uno al ala del castillo que les pertenecía. Alexa y yo teníamos que ir a la habitación de lady Siena para arreglarlo todo, pero justo cuando iba a subir por la escalera, Moira se interpuso.

—Ven conmigo, muchacha —me dijo de mala gana. Apenas me miraba, pero parecía molesta.

—¿Qué ocurre? —pregunté desconfiada.

—No discutas, solo sígueme.

Obedecí. El ama de llaves iba por delante y me condujo hasta la zona donde entregaban los uniformes limpios de la servidumbre. No entendía qué quería, pero entonces puso en mis manos un nuevo uniforme. Era uno mucho más delicado que el anterior, un vestido, en realidad. No sería gran cosa para una noble, pero para una mujer como yo era un lujo. Era la prenda de ropa más fina que había llevado nunca.

—¿Qué significa esto?

—He tenido que asignar varios sirvientes al servicio exclusivo del conde en su ala del castillo, y estás entre ellos. En realidad, él solicitó que tú estuvieras a su servicio. Serás su criada personal.

—¿En serio? —pregunté sorprendida, aunque quizá no debía estarlo. Enrojecí de inmediato. No podría creerme esa buena noticia. Por fin dejaría atrás a lady Siena y tendría el placer de atender a Keitan.

—Claro que sí. Seguro que estás contenta —me dijo con desprecio—. Ser la zorra de un conde es más de lo que te mereces, es a lo máximo que puede aspirar una mujerzuela como tú.

—No le permito que me hable de esa manera —repliqué molesta—. Yo no he hecho nada. Usted debe aceptar las órdenes del conde sin criticarlo.

—Lo que faltaba, la nueva zorra del conde me amenaza. Tantos años al servicio de los McCord y quizá termine en la calle por culpa de una mujerzuela —me dijo irritada y fingiendo indignación.

—¡Yo no he hecho nada! Pero si sigue hablándome así, créame que lo voy a hacer. Y eso sí ha sido una amenaza —me defendí con valor

Moira me miró sorprendida. Ya había aguantado demasiado a esa mujer y a Lady Siena. Tenía que ser firme.

—Lárgate, ve a vestirme y preséntate donde corresponde.

Recogí mi nuevo uniforme y fui a mi habitación para cambiarme.

Sonreí al verme al espejo. El delantal que llevaba era tan pequeño que ni parecía que fuera parte de la servidumbre. Keitan se había encargado de eso; él quería favorecerme porque yo lo había cuidado. Estaba emocionada, no había nada que deseara más que volver a estar a solas con él y que me tomara entre sus brazos como anoche.

Llegué al fin a los aposentos de Keitan. Los nuevos sirvientes ya se estaban poniendo en acción, limpiando y arreglándolo todo. La persona que parecía a cargo, una mujer mayor, me miró y me hizo una seña para que me acercase.

—El conde quiere un baño, vamos a prepararlo —me dijo.

—Sí, por supuesto.

Entramos las dos al baño vacío. Yo sabía exactamente lo que tenía que hacer, ya que arreglar el baño de un noble era algo que había aprendido. Puse los paños y las toallas en su sitio, el agua estaba en su punto. Cuando estuvo todo listo y me dispuse a salir para que Keitan se diera su baño, me di la vuelta en busca de la criada mayor y me di cuenta de que ya se había ido. Bien, tenía que salir yo también. Iba ya de camino hacia la puerta cuando esta se abrió y dejó pasar a un Keitan semidesnudo, con apenas una especie de túnica cubriéndole el cuerpo. Me quedé sin respiración un instante. No podía dejar de mirarlo. Su cuerpo era un sueño.

—Aurora, ¿vas a irte? —me preguntó con una sonrisa—. Necesito ayuda para el baño, te necesito a ti.

—Pe... pero... yo no... —Tendría que haberlo adivinado. Keitan quería tentarme con su exquisita figura. No era raro que un criado asistiera al baño de un noble por si necesitaba algo, así que yo estaba obligada a estar presente.

—¿Acaso no lo deseas? —preguntó seductor.

Yo terminé asintiendo. No me quedaba otra, y en el fondo creía que lo iba a disfrutar.

—Espero que esto no sea una especie de truco —advertí yo.

—¿Eso crees? Jamás te forzaría a nada.

—Voy a confiar en usted —respondí.

—Me alegro. —Cuando dijo eso, Keitan me sorprendió. Se quitó la túnica y se quedó completamente desnudo delante de mí. No reaccioné por un instante; eso no me lo esperaba. Ni siquiera fui capaz de apartar la mirada por respeto. Ya había pensado que su cuerpo parecía tallado por los dioses, y ahora lo reafirmaba. Nunca había visto un hombre desnudo y quedé gratamente sorprendida. Su firme pecho, sus piernas que parecían esculpidas de lo perfectas que eran. Y aquello que estaba al medio, esa poderosa herramienta de placer. Había enrojecido totalmente, hasta sentía que temblaba. Keitan era el hombre perfecto—. Vaya, vaya... parece que lo estás disfrutando mucho.

—Oh... cielos —aparté la mirada. Qué desvergüenza la mía—. Discúlpeme, no fue mi intención incomodarlo.

—No lo haces. —Sin agregar nada más, Keitan fue hacia la bañera que estaba lista para recibir su exquisito cuerpo. Se metió al agua y me miró fijamente desde ahí—. ¿No quieres entrar?

Qué tentadora propuesta.

Capítulo 6

Keitan

Miraba fijamente a Aurora mientras esperaba una respuesta. Casi podía intuir lo que iba a decirme, pero me encantaba verla igualmente. Tan bella, con esa inocencia tentadora. La hice mi criada no porque quisiera aprovecharme de ella o hacerla mi amante, sino porque quería descubrir lo que había en ella que me volvía loco, qué tenía ella que las demás no. Desde que perdí Selene no había sentido nada como esto y me intrigaba, porque no debería ser así. No ahora que mi raza corría peligro y yo debía cuidar de mi familia.

Aurora me miraba también. Avanzó unos pasos hacia mí y supe que estaba haciendo un gran esfuerzo por parecer firme. Sonreí de lado. Sabía que la había tentado, pero no lo suficiente para doblegar su pureza.

—Es usted un atrevido —me dijo muy seria. No pude evitar soltar una carcajada—. No se burle de mí, ¿por qué me hace esto?

—Querida, lo que menos deseo es hacerte sentir mal. Disculpa si te he incomodado.

—¿Cómo? ¿Que lo siente? Ja, no lo creo. —En eso estaba en lo cierto—. Y disculpe que le hable con tanta franqueza, sé que es mi señor y yo le debo obediencia, pero no puedo quedarme callada.

—No eres una chica sumisa, Aurora. Lo sé, lo entiendo. No espero de ti que seas una esclava corriendo a mi servicio, no te preocupes —le contesté con tranquilidad. Aunque era una gárgola de raza pura y de una estirpe legendaria, además de conde legítimo de Abercrombie, jamás había logrado sentirme superior al resto. Los humanos estaban bajo mi protección, nunca actuaría soberbio y menos los despreciaría. Por protocolo sabía que podía exigir que Aurora me sirviera, pero no iba a hacer eso. La deseaba, era cierto, pero no así. Ella vendría a mis brazos voluntariamente y gritaría de placer mientras la hacía mía. Podía grabar eso sobre piedra, jurando que así sería.

—No sé por qué siento que se burla de mí, señor —me dijo avergonzada. Pero hablaba en serio. Noté sus ojos brillantes, como si estuvieran llenos de lágrimas. De inmediato mi rostro se ensombreció. Dioses, ¿qué le había hecho a esa bella criatura?

—¿Por qué piensas eso?

—No sé qué clase de juego es, pero no tiene que fingir que es bueno

conmigo. Los nobles no son amables con la gente como yo. Conde, yo no soy nada.

—No tienes ni idea de lo equivocada que estás. —Me levanté de la bañera. Para evitar incomodarla más con mi desnudez, cogí una toalla y me cubrí. Salí y me acerqué a ella. Aurora estaba quieta, y quizá algo nerviosa. Tomé despacio su mentón y la miré a los ojos—. Entiendo que has tenido una vida dura, que te han humillado y te han hecho creer que eres menos persona. No es cierto, Aurora. Tú vales mucho.

—¿Lo cree, mi señor?

Sonreí de lado y asentí. No puedo conmigo mismo cuando dice «mi señor». Es como si un instinto primitivo de dominación se encendiera en mí.

—Estoy seguro de eso. Y tú no eres cualquier mujer para mí. —Sus ojos brillaban mientras le hablaba. Podía sentir el fuerte latido de su corazón.

—¿Por qué?

—No preguntes algo que no puedo responder, deja que te lo demuestre.

Ella cerró los ojos cuando la besé. Una vez más, sentí la deliciosa tortura que era probar sus labios. Tortura porque deseaba mucho más de ella. Quería devorarla entera entre besos, quería hundirme sin parar en su exquisito cuerpo. La dejé sin aliento en ese beso. Solo abandoné su boca para besar la suave piel de su cuello y aspirar su aroma tan familiar. La escuché suspirar, la tenía entre mis brazos y la apretaba contra mi cuerpo mojado. Mis labios bajaron lentamente por su cuello hasta su pecho, besé despacio el nacimiento de sus senos. Deseaba tenerlos solo para mí, quería enseñarle lo que mi boca era capaz de hacerle. Por eso llevé una mano a su espalda y empecé a desatar el nudo del corsé. Ella se sorprendió y se separó de mí un poco.

—¿Me dejas verte? —pregunté con la voz llena de deseo. La sola idea de que podría verla por completo desnuda me volvía loco.

—Bueno, es que... —Ajá. Conque sí quería.

—No tocaré nada si no quieres.

—Es que quizá sí quiera... —respondió con esa arrebatadora inocencia que me enloquecía.

—Entonces no te niegues a tus deseos.

—Ah, señor, pero usted me está tentando. —Sonrió. Me encanta despertar su malicia.

—Bueno, yo me mostré totalmente desnudo ante ti. Quizá deberíamos quedar empatados.

—¿Promete que no me hará daño?

—Lo juro. —Tragué saliva.

Ella se llevó las manos hacia la espalda para desatar el nudo del vestido, que pronto estuvo suelto. No hizo mucho esfuerzo para que se deslizara suavemente por su cuerpo y cayera al suelo. En ese momento, maldije la recatada ropa femenina. Sí, ya no llevaba el vestido, pero aún había una enagua que me impedía ver sus bellas piernas y un camisón blanco que cubría sus pechos. Podía ver sus bellos senos a través de la tela blanca. En ese momento, di gracias por tener cubierta la parte inferior, aunque no por mucho tiempo. Ella me miró y enrojeció totalmente.

—Señor... —me señaló. Yo miré hacia abajo y sonreí. Estaba erecto y se notaba.

—Lo siento, es que tú me pones así. —Si solo la visión de su cuerpo semidesnudo me volvía loco de deseo, no quería imaginar cómo sería tenerla sin nada de ropa.

En ese momento di un paso más para acercarme a ella, pero cuando iba a agarrarla de la cintura, alguien llamó con fuerza a la puerta. No le hice caso, pero insistieron.

—¿Sí? —pregunté molesto—. He dicho que no interrumpieran.

—Lo lamento, señor —contestaron al otro lado—. Dijo que no interrumpiera a menos que se tratara de asuntos de la familia St. Clair... Y justo de eso se trata.

—¿Qué? —pregunté sorprendido. Oh, rayos, justo ahora.

—Lord Logan y lady Davina St. Clair están aquí, mi señor.

Solté un bufido. Era momento de encargarme de eso de una vez.

—Bajaré pronto, que Siena se encargue mientras tanto.

—Como ordene, señor —La persona que llegó con el encargo se fue.

Frente a mí, Aurora me miraba intrigada.

—Ahora mismo vuelvo —le dije—. Puedes quedarte aquí mientras.

—¿No me necesitan fuera?

—No, por favor, no salgas para nada —le pedí.

Ella solo asintió. Luego le contaría la verdadera razón de mi petición, pero de momento tenía que hacerme cargo de lo que correspondía. Los tratos entre familias de gárgolas siempre son tediosos.

Capítulo 7

Aurora

No tardé mucho en volver a vestirme y, aprovechando que estaba sola en las habitaciones de Keitan, decidí hacer mi trabajo. No quería que Moira y las demás hablaran mal sobre mí. Ya había escuchado al ama de llaves llamarme la zorra del conde, Ella estaba segura de que era su amante. Era cierto que habían pasado cosas intensas entre nosotros, pero eso no significaba que yo significara algo para él, por eso me dediqué a dejar la habitación ordenada. Limpié y sequé la tina para que todo estuviera bien dispuesto para cuando él volviera. No podía olvidar mi lugar; seguía siendo una criada.

Ya había pasado mucho rato desde que Keitan se había ido. Él me había hecho prometer que no me movería de sus aposentos hasta que regresara, aunque no entendía cuál era el propósito de eso. ¿Acaso estaba pasando algo peligroso? Me moría de curiosidad, pero no podía desobedecerlo.

Me dediqué a recorrer esa parte del castillo. Siempre estuvo cerrada y solo unos pocos entraban a limpiar de vez en cuando. Ahora, con el retorno del señor, todo iba a cambiar. Apenas le había prestado atención cuando entré, pero ahora podía verlo todo con detalle. Las cosas aquí eran diferentes: había pinturas de hombres con ropa muy antigua, también esculturas de criaturas extrañas. Sentí que me recorría un escalofrío cuando vi que esas esculturas se parecían mucho a lo que había visto dos noches atrás. ¿Qué eran en realidad?

Llegué hasta un cuadro que me llamó la atención. Era muy grande, nunca había visto algo así. Me quedé con la boca abierta; era una pintura de esas criaturas aladas y que parecían de piedra. Ellas luchaban contra otros seres más monstruosos, demonios quizá. Había varias de las criaturas protegiendo a un pueblo, y por alguna razón me quedó claro que era Abercrombie. Aunque pequeña, en la pintura estaba representada la vieja iglesia del pueblo. Estaba tan concentrada viendo el cuadro que casi no me di cuenta de que había alguien detrás de mí. Cuando lo vi, él estaba tan cerca que me agarró de la cintura.

Casi grito de la sorpresa, y por un instante me emocioné pensando que sería Keitan, incluso sonreí. Pero al ver su rostro sentí que palidecía. No conocía a este hombre para nada. Él me miró y sonrió de una forma que me puso nerviosa

—Oh, ya veo la razón de que Keitan esté tan distraído. Tiene un bello entretenimiento —me pareció escuchar algo de burla en su voz. Yo seguía demasiado aturdida para reaccionar. Ese hombre había llegado de la nada y era muy rápido con las manos. Me apegó a él y sentí todo su cuerpo junto al mío. Luego me agarró de la barbilla y me miró a los ojos—. No sabía que había traído una amante a Abercrombie.

—No... Yo no soy amante de nadie —aclaré nerviosa. Apenas empezaba a reaccionar. Miré a este atrevido recién llegado. Era casi tan fornido como Keitan; mi pecho estaba pegado al suyo y podía sentir lo macizo que era. Tenía también el cabello largo. Parecía hasta algo salvaje, pero no de una forma que atemorice. Al contrario, era arrebatador. Mis mejillas se estaban tiñendo de rojo, un efecto inquietante que pensé solo Keitan era capaz de despertar.

—¿Ah, no? ¿En serio?

—Solo soy su criada, señor —le dije despacio e intenté separarme. No podía estar tan cerca de un desconocido en las habitaciones de Keitan, no era correcto.

—La gente no se busca criadas tan bellas solo para que le arreglen la habitación. Las chicas como tú son perfectas para destrozarse la cama de formas muy deliciosas. —Se lamió los labios. Oh Dios... esto estaba yendo demasiado lejos.

—Por favor, déjeme. No estoy haciendo nada malo, solo esperaba a mi señor —le pedí. Pero él no me escuchó, incluso hizo algo más inquietante: inclinó su rostro hacia mi cuello y lo olió. Lo hizo varias veces, incluso me di cuenta de que cerraba los ojos al hacerlo. Lancé un fuerte grito cuando además sentí su lengua pasarse lentamente por mi piel. Lo empujé, pero él me tenía atrapada entre sus brazos.

—Ya entiendo —dijo él con voz juguetona—. Tienes un olor exquisito, algo inquietante. ¿Cuál es tu familia?

—¿Perdón?

—Creo que he sido bastante claro, guapa. ¿Cómo te llamas?

—Aurora Williams.

—¿Williams? —dijo sin mucho interés—. No suena importante, un apellido común.

—Claro que es un apellido común, solo soy una criada. Suélteme, por favor.

Él aún me miraba sonriente. Creí que iba a dejarme en paz, pero entonces

me agarró la mano y la besó como si yo fuera una dama.

—¿Quieres saber algo, Aurora Williams? Tú no puedes ser una simple muchacha de pueblo, te han mentido.

—¿De qué habla? Está... —Chiflado. ¿Por qué me venía con estas estupideces de pronto?

—Tienes un olor peculiar, no puedes ser una simple chica.

—Por favor, déjeme en paz. —No entendía a dónde pretendía llegar este hombre y solo quería irme de allí.

—No estoy loco, Aurora. Solo una pregunta más, ¿cómo te está tratando Keitan?

—Estoy perfectamente en este castillo, solo hago mi trabajo.

—Ya sé que parece que divago, pero te estoy hablando en serio. Tu olor de hembra es especial, quizá por eso Keitan te tiene aquí. —Presté más atención. ¿Qué quería decir con eso?

—¿Olor de hembra?

—Oh... pobre criatura, no sabes nada —me dijo con algo de burla—. Pero tranquila, te vas a enterar. En este castillo nada es lo que parece.

—¿Quién es usted, para empezar?

—Cierto, no me he presentado. Soy Logan St. Clair. —Abrí la boca sorprendida. Sabía quién era él, todos en Abercrombie y en la zona lo sabían. Ese hombre era un gran líder de clanes, además del hermano de la mejor amiga de lady Siena—. Y no te preocupes, a Keitan no le va a importar que distraiga a su amante un poco mientras él cumple con su deber.

—No soy amante de nadie —repliqué molesta—. ¿Por qué piensa eso?

—Preciosa, si yo te tuviera de criada, no pasaría ni una hora sin tenerte en mi cama. Keitan no es la excepción, pero se le perdona. Solo espero que deje los deslices para después de cumplir con su compromiso.

—¿Cómo? —Logan sabía algo que yo no. Sabía muchas cosas, en realidad. No entendía bien lo que decía, pero intuía que no estaba mintiendo.

—Será mejor que no te hagas ilusiones, pequeña Aurora. Aunque seas una hembra muy deliciosa, alguien como Keitan sabe que el deber está primero.

—¿A qué se refiere? —pregunté con temor. Casi podía adivinar lo que quería decirme.

—Keitan está comprometido hace años con mi querida hermana Davina. Y ahora mismo está pasando tiempo con su prometida. Ella será su mujer porque así tiene que ser. Ella es la escogida. —En ese momento, y aunque

suene ridículo, sentí como si mi corazón se partiera en dos. Solo había visto a lady Davina una vez. Era una mujer con una belleza sobrenatural. Nunca había visto una dama tan hermosa como ella. Era finísima, rica, alta, rubia y maravillosa. Ella era la prometida de Keitan, su futura esposa. Se me hizo un nudo en la garganta y, de repente, me sentí muy tonta. Keitan había estado jugando conmigo todo este tiempo cuando ya tenía a una mujer con la que casarse. Una que, además, era todo lo que yo jamás sería. Sentí deseos de llorar. Logan St. Clair tenía razón, no debí hacerme ilusiones.

—Ah... Ya veo —contesté aún sin salir del asombro. En ese momento solo quería correr, llorar y esconderme.

—Pero deja que Keitan haga lo que tiene que hacer con mi hermana. Tú no tienes que salir perdiendo, pequeña Aurora. Yo puedo ayudarte.

—¿Cómo? —pregunté sin entender.

—Una hembra como tú no merece ser la segunda opción de nadie. Yo puedo hacerte mía. —No me dio tiempo a reaccionar, ni siquiera a golpearlo. Me cogió de nuevo de la cintura y me dio un beso. Fue uno exquisito y salvaje. Quise resistirme, apartarme. Yo no era así, yo no era una mujer fácil.

Pero pensé en la bella prometida de Keitan. En que quizá yo sí había sido un juguete del momento, un entretenimiento. Me apreté contra el cuerpo de Logan St. Clair mientras él me besaba. Quizá me apetecía vengarme de ese conde mujeriego.

Capítulo 8

Keitan

Algo de lo que me arrepentía era de haberme comprometido con Davina St. Clair. Al morir Selene sin dejarme un heredero varón para mi estirpe de gárgola, el consejo de la raza me ordenó que buscara otra hembra para tener al fin ese hijo que seguiría mi importante legado.

Lady Davina St. Clair era la mujer gárgola ideal para eso. Mi raza era longeva y, aunque no lo pareciera, Davina tenía 99 años. La edad ideal de tener hijos para nuestras mujeres es a los cien años, y Davina estaba a punto de entrar en esa etapa. Llevaba veinte años comprometido con ella, esperando su momento de fertilidad para poder desposarla y tener el hijo que el consejo me exigía.

En un principio pensaba que Davina era la mejor elección, ya que era bella y descendía de una familia de gárgolas tan pura como la mía, por lo que nuestros hijos serían maravillosos. Sí, Davina era bella, pero nunca sentí nada por ella. Lo intenté muchas veces, y era fácil sentirse fascinado por su hermosura. Y aun así no podía quererla. Era hermosa, es verdad, pero también era frívola y superficial. Estaba seguro de que las malas actitudes de Siena hacia los humanos eran culpa de Davina. Ella le había enseñado a ser egoísta con la humanidad y no podía amar a una mujer así.

Lo peor era que, justo cuando se acercaba el momento de completar el compromiso con Davina, el destino puso frente a mí a la exquisita Aurora. Quizá ella no fuera una belleza como mi prometida, pero eso era lo de menos. Sería fácil para mí dejar mi compromiso atrás si Logan no hubiera llegado a exigir que renovara mis juramentos con su hermana. Estaba en su derecho de hacerlo, ya que él como gárgola debía velar por el honor de Davina, aunque de eso ya no quedaba mucho.

Mi prometida se había vuelto más osada de lo que recordaba. Pensé que la idea de Logan de dejarnos a solas era para que habláramos y nos acercáramos más, pero Davina era... bueno... Muy tentadora. Sabía provocar a una gárgola. Antes de que pudiera reaccionar, ella estaba sobre mí, besándome con fervor mientras yo intentaba resistirme. Se había levantado la falda y ahora me provocaba aún más.

—¿No quieres probarme, Keitan? —me preguntó con voz sensual.

Me lamí los labios ante tan tentadora propuesta, y aun así fui capaz de

separarme de ella. No podía, no con Aurora bajo el mismo techo. No podía hacerle esto a ella, aunque en realidad la mujer engañada sería Davina.

—Basta, sabes que no podemos dar ese paso hasta la noche de la unión —le dije, intentando parecer muy firme y apelando a las tradiciones.

—¿Seguro? —Se mordió los labios. Asentí y la aparté de nuevo. Basta ya, no podía caer en sus provocaciones.

—Soy una gárgola respetuosa. Entiendo que tengas prisa, pero no es la manera de hacerlo.

—Me estás rechazando —me dijo resentida—. Faltan pocos meses para la noche de la unión y tú no tienes interés por mí. Nos conocemos desde hace años, Keitan.

—Ya lo sé, no tienes que recordármelo. No he roto el compromiso, no sé qué es lo que te preocupa.

—¿En serio dices eso? —dijo molesta—. ¿Acaso me tomas por una estúpida?

—No sé de qué hablas —contesté distraído. Ya sospechaba por dónde iba todo el asunto.

—Escucha, Keitan, puedo tolerar que veas a otras mujeres, sé que eso es natural para los machos de nuestra raza. Sí, eso te lo perdono.

—¿Entonces por qué estás reclamándome?

—¡Porque apestas a otra hembra! —me gritó, muy enfurecida.

Yo arqueé una ceja, sin comprender.

—No he visto a otra que no seas tú —aseguré.

—No me mientas, puedo olerla. Has estado con ella, niégamelo.

—Lo niego.

—¡Te odio! ¿Cómo puedes decirme eso? Me mientes descaradamente. —Davina estaba fuera de sí. Intentó golpearme varias veces y yo esquivé sus ataques—. ¿Es que ella sí te da lo que quieres? ¿Es por eso que no me quieres a mí? ¡Dímelo! Yo puedo complacerte como ella lo hace.

—Davina, no he visto a ninguna hembra de gárgola. Lo juro. —Ella ahora no solo estaba furiosa, sino que también tenía los ojos llenos de lágrimas. Estaba dolida.

—¿Y entonces por qué la huelo?

—Estás confundida. Y ya basta por hoy, no tengo más explicaciones que darte. Una criada te llevará a tus aposentos para que descanses. Nos veremos en la cena —le ordené.

Ya había tenido suficiente de este teatro de celos.

—Voy a llegar al fondo de este asunto —me dijo resentida y finalmente me dejó solo.

Davina no podía estar hablando en serio, yo no había estado con ninguna otra hembra de gárgola. A menos que...

Sentí que palidecía. El aroma peculiar de Aurora me había inquietado antes. Se me hacía familiar por alguna razón que no entendía, ¿acaso era eso? Pero no, Aurora no era ninguna mujer gárgola, lo hubiera sentido. Quizá no fuera de mi raza, sino otra cosa. Llegados a este punto estaba seguro de que ella no era una mujer común y corriente. Quizá debería averiguar más sobre ella. El olfato de las mujeres de mi raza es muy fino, si Davina me decía eso quizá no estaba tan equivocada. Puede que Siena la odiara justo por eso. Las gárgolas hembra son muy territoriales y no toleran a la competencia.

Sonreí. Estaba intrigado y aun así me gustaba. ¿Qué escondes, Aurora Williams? No esperaría a averiguarlo, quería verla en ese mismo momento.

Volví a mis aposentos y conforme avanzaba me sentía cada vez más ansioso de volver a verla. No sabía si ella tenía algún parentesco con las gárgolas, no sabía la clase de criatura que era. Lo único que sabía seguro era que esa mujer me volvía loco. Que la deseaba y la necesitaba.

Llegué, pero no la encontré en mi habitación. Empecé a buscarla por los pasillos y la encontré de pie en uno de los balcones mirando el paisaje del valle. Sonreí, con la intención de sorprenderla y tomarla de la cintura. Pero entonces percibí algo que me hizo sentir furioso de pronto. A Aurora la rodeaba un aroma muy familiar. Podía sentirlo alrededor de toda ella, era inconfundible.

—Oh, Keitan, estabas aquí. Te esperábamos. —La voz sonó burlona y yo fruncí el ceño. Justo detrás de mí apareció Logan. En ese momento, Aurora se dio la vuelta y me di cuenta de que estaba azorada. ¿Qué demonios había pasado?

—¿Qué haces aquí, Logan?

—Bueno, me aburría. Paseaba por el castillo y me topé con la sorpresa de que tienes a esta criada tan bella. ¿Acaso Aurora no es un encanto?

—Lo es, pero eso no es asunto tuyo. Vete de aquí —le ordené.

—Ah, vamos, no deberías ser tan extremista. Solo conversaba con Aurora, entre otras cosas. —Logan la miró divertido, con complicidad. Algo había pasado entre ellos, ahora estaba seguro.

—Basta —dije molesto—. No tienes nada que hacer aquí, Logan. Ve con tu hermana.

—Querrás decir tu prometida. —Bastaron esas palabras para hacerme palidecer. Maldito sea, se lo había dicho. Busqué la mirada de Aurora, pero ella la rehuyó. No quería que se enterara así—. Ah, que no lo sabes, la pequeña Aurora estuvo bastante sorprendida, ¿verdad? No se esperaba que su adorado señor tuviera a su futura esposa aquí —agregó el desgraciado.

—Con su permiso, conde. —Aurora hizo una inclinación y empezó a caminar hacia la salida. Antes de que se fuera percibí una mirada dolida que me afectó profundamente. No quería que se sintiera mal ni que me odiara por enterarse de la verdad. Podía seguirla, no sería difícil alcanzarla, pero primero tenía que hacerle frente a Logan. Le cerré el paso y él me miró desafiante.

—¿Qué pasa, Keitan? ¿No te gustó que me acercara a tu amante?

—Cierra la maldita boca —le dije furioso—. Escúchame bien, que sea la última vez que pones tus garras sobre Aurora.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? Tú estás comprometido, ella es libre. Y me interesa. —Eso sonó más a una advertencia. Enfurecido, le di un empujón que por poco lo derriba.

—No la mires, no la toques. Ella es mía —advertí. No me importaba que fuera hermano de mi prometida, ni siquiera que fuera una gárgola tan importante como yo. Si quería tocar a Aurora, se las iba a ver conmigo.

No le di a Logan la oportunidad de decir nada más. Fui tras Aurora y la alcancé pronto. Lo que no esperaba era encontrarla con lágrimas en los ojos. No me importaba que cayera en la trampa de Logan, sabía que Aurora era inocente. En ese momento solo quería aclarar las cosas, pero ella me apartó.

—Quiero hablar contigo —le dije, cerrándole el paso.

—Déjeme, conde. Ya cumplí con mi deber, no tengo nada que hacer aquí. Vaya con su prometida, ella lo necesita.

—Te juro que iba a contártelo.

—Y mientras tanto jugaba conmigo, ya me quedó claro. No es necesario que me dé tantas explicaciones, no las quiero.

—Quizá yo si quiera explicaciones, ¿qué te ha hecho Logan? —No podía evitarlo, estaba muy celoso.

—Eso es asunto mío, no eres mi dueño. Puedo hacer lo que desee, soy una mujer libre.

—No con él.

—Señor, yo creo que será mejor que nos distanciemos —me dijo. No tenía intención de obedecerme, al parecer—. Usted tiene a su prometida en el castillo, yo no quiero ser un juguete ni una distracción. No seré una amante ni

nada de eso, quiero que quede claro.

—Lo dices solo porque de pronto apareció Logan a llenarte la cabeza con tonterías. No quería jugar contigo, ¿acaso no he demostrado hasta ahora que me interesas y que te respeto?

—Olvidó mencionarme que se va a casar con otra —contestó aún dolida mientras se secaba las lágrimas.

—¿En serio vas a creer lo que dice Logan antes que lo que digo yo?

—Al menos él no me ha mentado.

Se alejó de mí, mientras que yo me quedé ahí sin saber qué responder a esas palabras. La verdad era que no tenía excusa. Había metido la pata al no ser sincero con Aurora desde un principio. Sentía un nudo en la garganta. La estaba perdiendo.

Capítulo 9

Aurora

Durante los días siguientes a todo lo que pasó, no me sentí del todo bien. Para disimular, fingí que estaba enferma y no salí de mi habitación para nada. Si aún hubiera estado al servicio de Lady Siena, a ella no le hubiera importado mi enfermedad y me hubiera obligado a trabajar igualmente, pero como servía en el lado del castillo que le pertenecía al conde Keitan, entonces no tuve ningún problema. Él sabía bien por qué me encontraba mal y no me forzó a nada. Supongo que debía agradecer que tuviera esa consideración conmigo después de todo lo que había pasado entre nosotros.

Esa tarde al fin salí de mi habitación. Alexa dijo que tenía la tarde libre y que podíamos ir a descansar un poco a los jardines. Me pareció una buena idea, ya que al menos ahí estaríamos tranquilas. Al verme tan triste, Alexa insistió en averiguar qué me pasaba. No pude contenerme más, necesitaba a una amiga, así que se lo conté todo. Ella escuchó con atención y, cuando terminé, parecía tan preocupada como yo.

—No sé qué hacer —le dije finalmente.

—No es muy difícil —me dijo—. Los dos hombres son unos bombones, eres afortunada —agregó con voz pilla.

—No se trata de eso —contesté algo sonrojada. No podía negarlo, tanto Keitan como Logan eran una tentación andante—. Ya has oído lo que ha pasado, las cosas no pueden seguir así.

—Lady Davina aún anda por aquí, quizá el conde Keitan no va a romper ningún compromiso

—Lo sospechaba —dije triste.

—O quizá no puede. Aurora, son nobles, ellos son diferentes. No pueden echarse atrás con sus compromisos tan rápido, algunos hasta están prometidos desde antes de nacer.

—Eso también lo sé, y no le he exigido a Keitan que deje a su prometida. Es solo que me he sentido usada. Él nunca mencionó que estuviera comprometido y me trató como si fuera la única. No me gustó eso, me hizo sentir mal.

—Sí, tienes razón. Eso no se hace. Y en cuanto a Logan...

—Ay, tampoco quiero pensar en eso. —Enrojecí aún más. Aquella vez lo besé intensamente, dejé que me tocara un poco incluso.

—¿Seguro que no pasó nada?

—Claro que no, soy virgen, no voy a entregarme a un hombre al que acabo de conocer.

—Pero lord Logan está interesado en ti.

—Eso dice...—Incluso había mandado flores a mi habitación los días que supuestamente estuve enferma. Fue un bello detalle por su parte.

—Entonces no seas tonta, Aurora. Quédate con uno de ellos, y yo apostaría por el soltero. Tienes la oportunidad de ser una mujer noble, yo que tú no la dejaría pasar.

—Tampoco quiero parecer una oportunista.

—Ah, vamos, olvida esas estupideces. ¿Acaso quieres casarte con el capataz de las minas de Abercrombie? Esta es la oportunidad de tu vida.

—Por eso no quería contarte nada, no ayudas —bromeé y ella rio.

—Solo quiero lo mejor para ti. Por cierto, ¿ya está listo tu vestido?

—Claro que sí, saldremos esta noche. Esa fiesta no me la pierdo —contesté, ya más animada. Había pasado varios días triste, pero ahora me sentía mejor. La noche de la fiesta del aniversario de Abercrombie había llegado, y de paso nuestro día libre. Era hora de volver al pueblo a ver a mi madre y a disfrutar de la fiesta con los demás.

—Ya nos tocaba un poco de descanso —agregó Alexa.

—Pues sí...—Iba a seguir hablando sobre la fiesta, pero entonces me quedé helada. No muy lejos de nosotras, y paseando muy elegantes acompañadas de sus doncellas, estaban lady Siena y lady Davina

Aunque intenté bajar la mirada, no pude evitar ver a la prometida de mi adorado Keitan. Iba vestida para un paseo casual por los jardines, y aun así parecía esplendorosa como una reina. Eso era lo que merecía el conde Keitan McCord, una mujer hermosa, una reina como ella. Debí entenderlo desde el principio: yo solo podía aspirar a ser su amante, su criada, nada más. Alexa tenía razón. Debía aprovechar que tenía una oportunidad con Logan. Él era apuesto, estaba interesado por mí. Quizá era mejor dejar marchar a un hombre comprometido.

Ambas damas pasaron cerca de nosotras, así que nos pusimos de pie para poder hacer una inclinación de respeto. Las dos se quedaron quietas. Yo no quería mirarlas, no iba a arriesgarme a que lady Siena me tratara como de costumbre.

—Williams, ¿aún sigues por aquí? —preguntó sorprendida lady Siena—. Hace días que no andas revoloteando por ahí, arruinando todo lo que

tocas, ¿qué ha pasado?

—Me sentía indispuesta, milady —contesté despacio.

—Ah... ya veo. Sigues viva, qué pena —se burló, y a su lado lady Davina se rio—. Esta es la criada de la que te hablé, la inútil. ¿Qué te parece?

—No lo sé —contestó lady Davina—. Mírame, muchacha —me ordenó. Dudé si obedecer, pero para evitarme más problemas lo hice. Davina me miró altiva, aunque su mirada furiosa me sorprendió. Ni siquiera Lady Siena me miraba así—. Tienes razón, es patética —le dijo a Siena, hablando con desprecio. No lo entiendo, ¿qué le había hecho yo a esa mujer? Ella no tenía forma de saber lo que había pasado entre Keitan y yo, ¿verdad? ¿Por qué parecía que me odiaba?

—Vaya, vaya. Así que aquí estabais. —La voz nos pilló por sorpresa. Alexa y yo hicimos otra inclinación al ver que había llegado Logan—. Querida hermana, ¿qué haces por aquí? Tu prometido te buscaba. —Me mordí la lengua. ¿Había dicho eso Logan consciente de que iba a afectarme? Ojalá no fuera—. Y tú, hermosa Siena, ¿qué haces por aquí tan sola?

—No estoy sola, Logan, me acompaña tu hermana. En todo caso no estaría tan sola si tu hermano Blair estuviera aquí.

—Ah, bueno, a él ya lo conoces. Es un aventurero y tiene deberes que cumplir por el mundo. —No sabía que los St. Clair tuvieran otro hermano. Me sorprendió saber que lady Siena estaba interesada en él—. Y mirad a quién tenemos aquí. La bella Aurora y su amiga. ¿Cómo te encuentras, pequeña?

—Ya me siento mejor, señor —contesté. Me atreví a mirarlo, él me observaba con una sonrisa arrebatadora. Me sonrojé. Y pensar que yo besé esos labios tan deliciosos.

—¿La bella Aurora? —preguntó Lady Siena con desprecio—. No sabía que tenías tan pésimo gusto, Logan. No tenía ni idea de que te gustaran las ordinarias.

—Qué mal hablas para ser una dama —le contestó Logan muy serio, cosa que nos sorprendió a Alexa y a mí. Las dos damas incluso abrieron la boca sorprendidas, sin poder creer aquello—. No deberías criticar a mujeres que no te hacen daño.

—Atrevido —le dijo lady Siena entre dientes, furiosa—. Hablaré con mi padre sobre esto. Vámonos, Davina.

—Sí, vámonos. Te has portado como un idiota con nosotras —le dijo su hermana, y finalmente las dos se marcharon.

Qué alivio. Pero ahora estábamos solas al lado de un señor como Logan. Me puse nerviosa. No nos habíamos visto desde ese día y sabía bien lo que quería de mí.

—Pero qué delicadas esas dos —bromeó Logan—. ¿Nos dejas solos, muchacha? —le pidió a Alexa.

—Por supuesto, con su permiso.

Y la desgraciada se fue en el acto. Alcahueta, eso era lo que quería.

—Al fin. —Logan se acercó más a mí con una sonrisa de oreja a oreja, me agarró de la cintura me dio un beso y sin pedirme permiso. Intenté corresponder, pero no me sentía cómoda con esta situación. Él me gustaba, pero no era lo mismo. Keitan hacía que me sintiera la mujer más bella y deseada del mundo, en cambio con Logan me sentía de otra manera—. ¿Estás bien, Aurora? Estaba preocupado por ti.

—No ha sido nada, ya estoy mejor —contesté en voz baja. Él me agarró despacio del mentón y aprovechó para volver a besarme. Esta vez sí correspondí. No podía negar que, a pesar de todo, era un hombre muy tentador.

—¿Y has pensado en lo que te propuse?

—No entiendo a qué se refiere.

Él sonrió, acercó sus labios a mi oído y habló con su voz sensual.

—Quiero que seas mía. Te sacaré de aquí y ya no tendrás que ser una criada. Podrás ser mi mujer, la señora de mi castillo. ¿Acaso no quieres eso?

—No, yo... Señor..., creo que se está precipitando —le dije nerviosa. Eso no podía ser real, ¿acaso estaba soñando?

—No es un error, te quiero para mí. Quiero ser el dueño de tu cuerpo, quiero que me pertenezcas solo a mí, ¿no lo deseas tú también?

—Tengo que pensarlo —respondí. No sabía siquiera si tomar en serio esa proposición. ¿Ser la señora St. Clair? ¿Qué clase de locura era esa?

—Te daré el lugar que te mereces, Aurora. No serás mi amante, no serás una cualquiera.

—Señor, ¿no es muy pronto para decidir eso? —pregunté desconfiada. Aquello era demasiado bueno para ser verdad.

—Tú no lo entiendes. Tienes que ser mía. —Sentí algo de temor en ese momento. Me tenía presa en sus brazos, fuertes y macizos. Tenía un cuerpo que dejaría sin aliento a más de una, era demasiado guapo para ser verdad. Aguerrido y arrebatador, un hombre como ese no se encontraba así como así. Quizá yo estaba loca por rechazarlo.

—Déjeme pensarlo —pedí otra vez. Estaba muy confundida.

—Te daré el tiempo que quieras, pero no me prives de tus besos ni del sabor de tu piel. —Empezó a besar mi cuello despacio.

Mientras dejaba que él me besara, mi mirada se posó sin querer en una habitación en lo alto del castillo. Ahí me pareció ver una silueta conocida que nos miraba con furia. Era Keitan. Me sentí mal, pero no debía. Él tenía una mujer con la que iba a casarse, no éramos nada. Entonces ¿por qué me sentía así? Quizá este dolor que sentía era por estar lejos de él. Quizá lo quería más de lo que imaginaba. No podía seguir así.

Capítulo 10

Keitan

Los días no habían pasado en vano, al menos me había dedicado a hacer algo útil. Odiaba el distanciamiento con Aurora, pero entendía su enfado y preferí no presionarla. Ella tenía derecho a estar furiosa, ya que le había hecho daño al ocultarle la información sobre Davina. Quería explicarle que las cosas no eran tan fáciles como ella imaginaba, no podía rechazar a la que había sido mi prometida desde hacía años. Había muchas cosas en juego, así que debía actuar con cuidado.

Estaba decidido a contarle toda la verdad a Aurora; ella merecía saberlo. Aunque primero me puse a averiguar algunas cosas. Desde que la conocí tuve claro que su delicioso aroma particular me volvía loco, y no era el único que había caído en sus encantos. Logan también pensaba lo mismo; ella lo atrajo sin querer. Y Davina habló de ella como si fuera otra hembra de gárgola, ¿qué quería decir todo eso? Me dispuse a averiguarlo.

Empecé por su familia. Sabía que la señora Williams era su única pariente viva. ¿Qué fue de su padre? Nadie lo sabía. En el pueblo me comentaron que fue un guerrero que llegó hace años y la madre de Aurora lo encontró herido y lo cuidó. Se enamoraron, se casaron incluso, pero luego él desapareció. O murió. No se sabía, en realidad, ni siquiera la madre de Aurora tenía idea alguna de su paradero. ¿Cuál era el nombre de ese hombre? Duncan. Nada más. Todo eso me pareció muy misterioso. Algo me decía que ese padre desaparecido no era un simple humano.

En busca de más respuestas, acudí a alguien bien conocido para mí, otra gárgola. Una noche, aprovechando que todos estaban durmiendo, volé hacia el lugar en el que podía encontrarlo. Mis enormes alas interrumpieron la calma del cielo nocturno, se agitaron con fuerza y rapidez hasta llevarme a mi destino. Ahí me recibió Blair St. Clair. Sí, mi otro futuro cuñado. Y el prometido de mi hija Siena.

A diferencia de su hermano Logan, Blair era una gárgola que se dedica a otras tareas dentro de nuestra comunidad. Logan y yo éramos guardianes de la humanidad, guerreros por excelencia. Él era guardián de secretos, dedicado a proteger la leyenda de nuestro linaje y así mantenernos a salvo. Claramente me gustaba más Blair que Logan, por algo había aceptado su compromiso con mi hija sin dudarlo. Era una gárgola espléndida, aguerrido y fuerte como

todos los de su clase. No era de aquellos que alardean de ser el más fuerte; él sabía que lo era y estaba orgulloso de su posición dentro de la comunidad.

Llegar a Blair no fue sencillo, ya que casi nunca estaba quieto en un solo lugar. Debía cumplir las misiones que el consejo le encomendaba, pero todo eso cambiaría cuando tuviera que desposar a mi hija. No exageraba al decir que me emocionaba saber que lo tendría como yerno. Blair era estupendo. Llegué al fin al lugar donde lo encontraría, y ahí estaba, tal como esperaba, en la biblioteca revisando documentos importantes. Al verme sonrió, dejó sus deberes a un lado y se acercó a saludarme. Nos dimos un fuerte abrazo fraternal, de esos que solo le das a alguien que aprecias y quieres de verdad.

—No pensaba que llegarías esta noche, Keitan. He recibido tu carta esta mañana —me dijo después del saludo.

—Me urge hablar contigo, las dudas no me dejan en paz —contesté mientras ambos tomábamos asiento.

—Ya veo, lo que cuentas es inquietante. Una muchacha que aparentemente tiene características de una hembra de gárgola sin estar emparentada con nosotros es bastante insólito.

—Solo tengo el nombre de su padre. Se llamaba Duncan.

—Ajá... —dijo pensativo—. En ese caso tendría que contactar con todos los Duncan de nuestro clan para averiguar la verdad.

—No es necesario que te tomes tantas molestias. Deben ser muchos y eso te quitaría mucho tiempo.

—Oh, no, descuida. De hecho, solo hay tres gárgolas llamadas Duncan a las que podría contactar, no es mucho. No es un nombre común para los nuestros. Si esa Aurora está emparentada con las gárgolas, lo sabremos pronto.

—Gracias, de verdad que aprecio mucho el esfuerzo.

—Descuida, te mantendré informado.

Unos días después de mi encuentro con Blair, seguía esperando noticias pacientemente. Si él decía que era probable encontrar al padre de Aurora, suponiendo que fuera de los nuestros, entonces era cuestión de esperar. Mientras tanto, yo me moría de ansias por ella. Ya no soportaba a Davina y su incesante parloteo; nada de lo que ella hiciera lograría que la deseara o la amara. Ni aunque pasaran cien años iba a sentir por ella lo mismo que por Aurora. No lograría jamás despertar esta llama de deseo tan salvaje que me corroe cuando pienso en ella. Ya dije que no quiero forzarla, no quiero

hacerle daño y no me acercaré hasta estar seguro de su origen. ¿De qué valía que la buscara cuando seguía comprometido? Ella merecía lo mejor de mí, y se lo daría.

O al menos eso pensaba. Sentí mucha rabia al verla en los brazos de Logan. Él no se cansaba; estaba decidido a tenerla sin importar cómo. Algo me decía que lo hacía solo por molestarme. Siempre había sido un maldito envidioso. Nunca me había vencido en batalla, no tenía mejor posición que yo como gárgola, no era tan bueno como creía. Y ahora quería lo que era mío, no lo iba a permitir. Estaba tan furioso que era capaz de ir a enfrentarme a ese miserable, solo estaba esperando a que llegara la noche para poder tener una batalla como corresponde. De gárgola a gárgola, sin armas, solo nuestra fuerza. No me importaba que fuera mi cuñado, lo mataría si insistía en apoderarse de mi Aurora. Ella era mía.

Al llegar la noche, cuando ya estaba dispuesto a enfrentarme a Logan, me llegó una carta de Blair. No lo esperaba, y no sabría decir si fue inoportuno o no. Me apresuré a abrir la carta, el momento de la revelación había llegado.

Keitan,

Tal como quedamos, busqué a las gárgolas vivas que se llamaran Duncan. Todos fueron bastante firmes, tienen pareja desde hace años y no han traicionado a sus mujeres. Creo en sus palabras, son gárgolas de honor, después de todo. No quería quedarme con las dudas, así que busqué en los archivos de gárgolas que han muerto en los últimos años en cumplimiento de su deber.

Me he llevado una gran sorpresa. En efecto, hubo una gárgola que fue miembro del consejo hace unos años, una gárgola pura de la primera generación, los primeros creados de nuestra raza. Lo conoces, todos lo conocimos. Su nombre completo era Darach Duncan McLeon. Nunca usaba su segundo nombre, era conocido para todos solo como Darach McLeon. O el legendario McLeon.

Hace años desapareció después de una batalla con los enemigos. No volvimos a saber nada de él, lo hemos buscado por todas partes y no está en ningún lado, por eso lo dimos por muerto. Me parece mucha coincidencia que la fecha de nacimiento de Aurora coincida más o menos con la época en la que McLeon desapareció, justo en la zona de Abercrombie.

Esto es algo delicado. Si de verdad esa muchacha es hija de una gárgola legendaria, entonces debes tener mucho cuidado. Hablaré con el consejo y

veré una forma de averiguarlo inmediatamente. Si Aurora es una de los nuestros, es realeza. Sería la única hija viva de una gárgola legendaria. Te pido que cuides de ella con tu vida si es necesario.

*Un afectuoso saludo,
Blair St. Clair.*

Me quedé inmóvil mientras leía, estaba impactado. Si la investigación de Blair era cierta, Aurora era aún más especial de lo que imaginaba. Intenté asimilar la historia, en ese momento lo importante era protegerla sobre todas las cosas. Tenía que ir a por ella inmediatamente.

Empecé a buscarla por mi castillo y me desesperé al ver que Aurora no estaba. Su habitación estaba vacía. Necesitaba hablar con alguien que me diera respuestas, y por suerte para mí encontré al ama de llaves, Moira.

—Mujer, exijo una explicación —le dije en cuanto la vi, y ella hizo una reverencia—. ¿Dónde está Aurora Williams?

—Disculpe si la joven no se ha presentado a trabajar, mi señor. Se ha sentido indispuesta estos días.

—Solo quiero saber dónde está, dímelo.

—Muchas personas han salido hoy del castillo, señor. Es la fiesta del aniversario de Abercrombie en el pueblo. —Cierto. No sabía dónde tenía la cabeza. Estos días había estado tan ocupado que apenas había tenido tiempo de pensar en esa fecha especial—. Así que supongo que la joven Williams está en el pueblo con los demás.

—Gracias por la información. —Ella hizo una inclinación y se retiró.

Ahora sabía que Aurora estaba en una fiesta y tenía que ir por ella. No me gustaba la idea de mi hermosa mujer rodeada de hombres ebrios y deseosos de ella. Tenía que protegerla. Tenía que estar a su lado, y no solo por lo que había mencionado Blair sobre su origen, sino porque la necesitaba conmigo. Ya habían pasado varios días desde nuestra pelea y quería que esto terminara. Aurora me pertenecía; puede que aún no la hubiera marcado, pero eso ya lo tenía claro. Ni Logan ni nadie iba a tocarla. Sería solo mía. Sabía que iba a ser arriesgado terminar mi compromiso con Davina, pero estaba dispuesto a hacerlo. Por eso iría por Aurora, para decirle mirándola a los ojos que solo la deseaba a ella y que a su lado quería quedarme.

Capítulo 11

Aurora

El día había llegado. A pesar de las cosas tristes que habían ocurrido esa semana, la fiesta me animó bastante y estaba deseando pasarlo bien. Aún rondaba por mi cabeza la propuesta de Logan. No sabía qué iba a decirle cuando estuviera delante de él otra vez. No creía que fuera correcto aceptar irme con él cuando apenas lo conocía, pero tampoco sabía cómo rechazarlo por lo insistente que era. Lo mejor sería que me quitara eso de la cabeza o no podría divertirme.

Después de tantos días de trabajo, al fin pude reencontrarme con mi madre. Ella se puso muy feliz de verme, no iba a ir a la fiesta porque se sentía un poco indispuesta, pero me la llevé al menos a dar un paseo al centro pueblo porque habían instalado una feria. Con música y juglares por todos lados, Abercrombie estaba muy animado esta noche.

Caminando por la plaza, mientras mamá me hablaba de algunas novedades de los vecinos, mis ojos se posaron en unas extrañas estatuas en uno de los edificios antiguos del centro. Me sentí nerviosa, aquello me parecía muy familiar. Eran como esa extraña pintura que estaba en el ala del castillo de Keitan. Oscuras, monstruosas, con enormes alas, iguales que la criatura que había visto aquella noche de tormenta. Sin querer, me quedé paralizaba observándola y mamá se detuvo a mi lado.

—¿Qué pasa, cariño? —me preguntó al notarme callada.

—Nada, solo estaba mirando esas cosas —contesté señalando a las estatuas.

—Oh... las gárgolas, ¿te gustan?

—¿Las qué?

—Gárgolas, así se llaman. Las leyendas antiguas dicen que eran protectoras de nuestro mundo, de los humanos siendo específicos. Protegían a la gente de los demonios, para eso fueron creadas.

—Jamás había escuchado hablar de ellas.

—Yo tampoco hasta que tu padre me lo contó. La gente cree que solo están de adorno, pero todo tiene su historia. A tu padre le gustaban mucho estas gárgolas.

—Entiendo —dije en voz baja. Decidí cambiar de tema. Mamá siempre se ponía triste cuando hablábamos de mi padre. Él había desaparecido y no

sabíamos si estaba vivo o muerto. Yo lo único que sabía era que ella lo seguía amando.

Llegada la noche, empezó la fiesta. Estuve con Alexa casi todo el tiempo, bailando al ritmo de la animada música. Su prometido Ewan llegó y pasé el rato con los dos. Él era un hombre muy respetuoso y cuidaba de mí, incluso vi al capataz de las minas que me pretendía, Scott. Me sacó a bailar, pero lo rechacé con educación. No quería darle esperanzas, de verdad que en ese momento ni siquiera era capaz de decidir lo que quería para mi vida. Scott no parecía muy contento con mi rechazo, pero no me importó mucho.

Con el paso de las horas, las cosas empezaron a cambiar. La gente de Abercrombie se estaba poniendo muy ruidosa y también irrespetuosa. Estaban ebrios y yo no quería seguir ahí. Lo mejor sería que volviera a casa con mi madre, así podría descansar. Quise pedirles a Alexa y Ewan que me acompañaran, pero ellos estaban muy bien juntos y no me atreví a interrumpirlos. Se amaban mucho y no se veían a menudo, así que era mejor que aprovecharan el tiempo. Además, este era mi pueblo, ¿qué podía pasarme?

Me aventuré a volver a casa sola, atravesando las calles llenas de gente animada por la fiesta. Casi llegando al final de una calle, sentí algo extraño. Detrás de mí y no muy lejos había dos hombres que reconocí, eran empleados y amigos de Scott. Me apresuré, eso no me daba buena espina. El par estaba borracho y un hombre así es capaz de las peores atrocidades. Me gritaban groserías para que me acercara a ellos. Estaba a punto de correr, pero entonces me cerraron el paso. Era el mismo Scott.

Grité cuando sin ningún pudor me pegó a su cuerpo con fuerza e intentó besarme. Le di una fuerte bofetada, pero eso a él no le importó. Estaba ebrio como sus amigos, y dispuesto a todo. Mi golpe no le dolió, pero a mí sí me dolió el suyo. Me apretó los hombros y me dio un golpe en la cara, estaba loco. Sus amigotes llegaron y me rodearon. Ahora estaba atrapada entre tres hombres. Empecé a llorar, estaba muy asustada. Sabía lo que querían de mí, me harían daño y nadie iba a salvarme.

—¿Qué pasa, Aurora? ¿Nos vas a rechazar a los tres? —se burló Scott mientras los otros se reían. Me tocaban, metían sus manos bajo mi falda y yo forcejeaba.

—Scott, estás borracho, para esto por favor... —rogué, pero él soltó una carcajada.

—Eres una mujerzuela engreída, Aurora. ¿Acaso crees que porque

trabajas en el castillo eres más que todas las mujeres del pueblo? Siempre te has creído mucho para Abercrombie, nos rechazas a todos como si fueras gran cosa. Pero ahora vas a pagar, vas a ser mía a la fuerza para que aprendas a comportarte.

—¡No, por favor! ¡Te lo ruego! —grité y lloré. No, por favor, esto no. No quería que me tocara, no quería perder mi virginidad de esta manera tan horrible. Estaba aterrada y temblando de miedo, no sabía cómo podría escapar de esto.

—¡Cierra la boca! Ahora vas a pagar por humillarme.

Hice todo lo posible por defenderme. Les escupí, arañé, golpeé con todas mis fuerzas. Pero ellos eran más fuertes y me derribaron pronto. Lloré desesperada, sabía que estaba perdida y que harían lo que quisieran conmigo. Pateé a Scott para que no me tocara, pero eso a él solo le hizo más gracia. Ellos se reían y se burlaban de mí, ¿qué podía hacer? ¿Acaso solo llorar y lamentarme por mi maldita suerte?

Ese fue mi último pensamiento, pero entonces sucedió algo increíble. A pesar de que mis ojos estaban cubiertos de lágrimas, miré hacia el cielo y lo vi. Una criatura monstruosa y enorme se acercaba a gran velocidad. En ese momento grité asustada, pero ellos no se dieron cuenta de la razón. Lo supieron cuando la criatura clavó sus garras en la espalda de Scott y lo apartó de mí en segundos. Los otros contemplaron horrorizados como ese monstruo lo elevaba por los aires y desgarraba su piel. Lo hizo caer desde lo alto. Lo había matado.

Yo no podía reaccionar de la sorpresa y el horror. La criatura, fuera lo que fuera, me había salvado, pero eso no quería decir que hubiera dejado de temerle. Los hombres que aún me mantenían prisionera me soltaron e intentaron huir asustados. Gritaron aterrorizados al saber cuál podía ser su destino. Yo solo miraba impactada aquella sangrienta escena.

Me sentía paralizada, la criatura era mortal y muy rápida. Voló hasta cerrarles el paso, se plantó firme delante de ellos. Los hombres que hasta hace un momento se burlaban de mí por ser débil, ahora lloraban y clamaban piedad. La criatura no los escuchó. Sus enormes garras destrozaron el pecho de uno de ellos, y con el otro bastó un golpe de su fuerte y duro cuerpo para que estuviera fuera del juego. Ahora solo quedaba yo.

Era incapaz de moverme. No reaccionaba, solo veía a la gárgola caminar hacia mí. Si era verdad lo que mi madre había dicho, aquella leyenda de que las gárgolas nos protegían de los demonios, en ese momento quedaba

demostrado. Él me había protegido de esos hombres, había evitado que me violaran. Ahora estaba frente a mí, y yo sin saber qué hacer. Lo miré fijamente, asustada. Había algo extraño, su figura, su rostro... Dios, me era tan familiar...

No hubo tiempo de analizar más, cuando me di cuenta la gárgola me había cogido con sus garras y me elevaba hacia el cielo. Empecé a forcejear mientras gritaba asustada, ¡me estaba raptando! ¿Qué podía querer de mí una criatura como esa? Grité aún más cuando la gárgola me soltó y caí unos segundos al vacío. Pensé que iba a dejarme caer a mi muerte, pero en realidad solo quería sostenerme mejor. Me cogió, me llevaba ahora entre sus fuertes brazos, aquellos tan macizos que parecían hechos de piedra.

¿Si estaba aterrada? ¡Por supuesto que sí! Me llevaba por el cielo oscuro de Abercrombie, ni siquiera sabía hacia dónde íbamos. Tuve un momento para pensar en lo increíble que era esto. Yo volando por los cielos con una gárgola. Una cosa de locos.

Noté que me llevaba hacia las montañas rocosas de Abercrombie. Yo me aferré con fuerza a él, los vientos a esa altura eran fuertes ráfagas. Llegamos hasta la cima de la montaña más alta. Solo entonces me di cuenta de que había una cueva ahí, un lugar al que ningún humano habría llegado. Él aterrizó, y cuando estuvimos en tierra firme, me dejó despacio sobre el suelo rocoso. Mi corazón latía acelerado, pero suponía que estaba a salvo. Miré a mi alrededor, pero el lugar estaba a oscuras. Entonces algo se encendió al fondo, una especie de fogata.

Fue así que me di cuenta de que no estaba en cualquier cueva. Este parecía ser un lugar especial para la gárgola. Un refugio. Miré con la boca abierta que había enormes estatuas de gárgolas, muy parecidas a las que había en el pueblo. Y al centro había algo que parecía un altar. Era grande, tenía símbolos extraños y había además pieles de animales, osos quizá. ¿Era una especie de cama? Tenía mis dudas.

La gárgola que me rescató estaba de espaldas hacia mí. Miraba hacia el fuego que se encendió cerca del altar, no se movía. Ya no le tenía miedo, esa criatura me había salvado y no quería ser ingrata.

—Disculpe... —dije despacio y con timidez—. Creo que ya lo he visto antes. Eh... bueno... quería darle las gracias por salvarme. —Él no contestó. ¿A lo mejor no entendía mis palabras?—. Señor, ¿es usted una gárgola? ¿Usted protege Abercrombie? —pregunté con curiosidad. Él asintió. Ajá, así que me entendía—. Quisiera darle las gracias, lo que hizo fue increíble, si

usted no llega a aparecer, quizá ellos... —No quise continuar. La idea de lo que pude pasar en las manos de esos hombres me aterraba aún—. ¿Por qué lo ha hecho? —le pregunté. No sabía si iba a responderme, pero no perdía nada por intentarlo.

—Porque no iba a dejar que te hicieran daño, Aurora. Nadie toca lo que me pertenece. —Aquella voz me hizo temblar. Me habló como si me conociera, su voz me era muy familiar. Sonó fuerte, salvaje, ese hombre bestia hizo que todo mi cuerpo se estremeciera.

—¿Acaso nos conocemos?

No contestó con palabras. Me quedé paralizada mientras veía lo que pasaba. Las alas de la gárgola empezaron a hacerse pequeñas hasta desaparecer. La gárgola medía el doble que un hombre promedio, pero empezó a encogerse hasta tener el tamaño de un hombre fornido. Su piel se ablandó, ya no parecía gris como la piedra, sino blanca y suave como cualquier humano. Ya era un hombre. Retrocedí unos pasos asustada, más aún al darme cuenta de que estaba desnudo. El corazón me latía con fuerza. Aún no había visto su rostro, pero una parte de mí ya lo sabía. Ese porte, ese cabello, ese solo podía ser...

Oh, por Dios... ¿Era real? ¿De verdad estaba viendo eso? Sentía que se me iba el aire. Cuando se dio la vuelta ya no me quedaron dudas. Era Keitan. El conde Keitan McCord era la gárgola.

Me miraba fijamente, de esa forma intensa que hacía que todo mi cuerpo ardiera de deseo. Avanzó hacia mí, pero yo retrocedí hasta que mi espalda chocó contra una estatua de gárgola. Aún estaba asustada, sentía que se me iba el aire. No podía asimilar lo que acababa de ver.

—No me temas, tú no—me pidió con su voz varonil.

Yo quería llorar, no sabía ni qué responder.

—Keitan, tú...

—Perdóname, Aurora. Tendría que habértelo dicho, tenías derecho a saberlo. —Estaba ya delante de mí. Sentía que me iba a desmayar de tantas emociones. Él fue rápido, me había agarrado las manos incluso—. Sí, soy una gárgola. Sé que es difícil de aceptar, lo entiendo. Pero juro que no voy a hacerte daño jamás, y que mientras esté en este mundo nada ni nadie te va a hacer daño. Daré mi vida y mi alma por ti si es necesario.

—Oh, Keitan... —lloré, no pude evitarlo. Pero eran lágrimas de emoción.

—Oh, mi bella Aurora. No quiero hacerte llorar —dijo él con ternura mientras secaba mis lágrimas con sus dedos fuertes—. Sé que es difícil. Lo

único que quiero saber es si serías capaz de amar a esta gárgola. Porque yo prometo hacerlo hasta el final...

Capítulo 12

Keitan

Estaba preparado para su rechazo. Lo sabía, y tenía que aceptarlo. Aurora acababa de enterarse de mi verdadera naturaleza, y además no me había visto en la mejor de mis facetas. Hice aquella pregunta con toda la esperanza, pero mi corazón ya podía sentir un duro golpe.

Cuando vi a esos hombres atacándola y a punto de tomar su honra, simplemente enloquecí de rabia y deseos de venganza. Esos miserables no merecían piedad, lo único que tenían que llevarse era el peor de los castigos y yo les di su merecido. Quizá debí moderarme un poco, no debí mostrarme así ante Aurora. Como una bestia salvaje y sin piedad.

Ahora la miraba fijamente mientras ella intentaba contener sus lágrimas. Estaba conmocionada por la situación, lo entendía. Acariciaba despacio sus mejillas, ansioso de escuchar su respuesta. Quería convencerme de aceptar su decisión si ella me rechazaba, pero también estaba seguro de que no sería capaz. La necesitaba conmigo, ella era todo lo que deseaba en este mundo.

—Keitan, yo...

—Tómame un tiempo para pensarlo —respondí, esperando que se tranquilizara.

—Dios yo... Oh, Dios... No sé qué pensar —me dijo confundida—. ¿Cómo es posible? ¿Tú una gárgola? ¿Cómo lo has ocultado tanto tiempo?

—Soy una criatura de la noche, Aurora. Es fácil esconderse entre las sombras

—Eras tú, ¿verdad? La criatura que vi esa noche de tormenta. Eras tú llegando al castillo.

—Sí —admití—. Tuve una batalla con una gárgola enemiga, por eso llegué herido y tú me pusiste a salvo.

—Oh, cielos...—respiró profundamente. Aurora estaba asimilando la historia y yo tenía que ser paciente—. ¿Siempre has sido así?

—Nací gárgola —expliqué—. Mi estirpe existe desde hace siglos, fuimos creados para proteger a la humanidad. Y somos inmortales. —En ese momento ella abrió la boca, sorprendida.

—¿Inmortales? ¿Cuántos años tienes?

—Muchos... —dije con una sonrisita, pero ella me miraba insistente

—. Bien, tengo cuatrocientos.

—¡Madre mía! —gritó escandalizada—. ¿Me quieres decir que tienes más edad que Abercrombie?

—De hecho, yo fundé Abercrombie.

—¡Por el amor de Dios! Qué cosa más... increíble —dijo, impactada por la noticia—. ¿Y acaso no pensabas contármelo?

—Claro que sí, pero estos días hemos estado distanciados, no ha sido fácil y lo sabes.

Ella asintió.

—Y entonces, lady Siena es...

—Mi hija —la sorprendí aún más, incluso soltó un grito—. Soy viudo, en realidad.

—Oh, Keitan, cuánto lo siento —me dijo con tristeza—. Disculpa, no he debido recordarte eso, soy una imprudente.

—No pienses así. Quise mucho a mi primera esposa, pero ella ya no está en este mundo. Eres tú la persona que deseo con toda mi alma que ocupe su lugar. —La vi enrojecer ante mis palabras. Aurora estaba conmovida, incluso agarró despacio una de mis manos.

—Todo esto es...

—¿Demasiado? Sí, Aurora, lo es. Lamento confundirte de esta manera, te prometo que no ha sido mi intención.

—No es eso, iba a decir que es increíble. Hasta hace un momento eras solo un conde, ahora eres una gárgola. Lo que has hecho con esos hombres... ¿Siempre es así? —Ya veía por dónde iban sus dudas y tenía que convencerla de lo contrario.

—No soy una bestia sanguinaria. Nosotros tenemos una especie de instinto que lee el alma de los humanos. Ellos eran malvados, habían hecho atrocidades peores. Tuve que acabar con ellos, no solo te protegía a ti, libraba al mundo de gente malvada. —Ella asintió. Me alegraba ver que sus dudas se iban despejando y que las cosas mejorarían entre nosotros.

—Keitan, ¿qué es este sitio?

—Es un refugio, un lugar ritual. Aquí nací, y varias gárgolas de la zona también. Existe desde tiempos ancestrales, es un sitio sagrado para nosotros. Y también fuimos concebidos aquí. —Sonreí de lado, ella enrojeció. Creo que sabía bien a lo que me refería.

—¿En serio?

—Este lugar es sagrado porque es aquí donde las gárgolas desposamos a

nuestras parejas. Y normalmente, cuando uno de nosotros quiere tener un heredero, puede venir aquí a hacerlo. Es especial, no puedes traer a cualquiera aquí. Cuando pasa, esa persona queda marcada para siempre con tu esencia, nada ni nadie los podrá separar.

—Y me trajiste a mí —dijo sorprendida—. ¿De verdad es eso lo que quieres? No soy nadie especial, solo una chica de pueblo. ¿Me quieres para siempre? —le sonreí. Me acerqué y le di un largo beso. Amaba sus labios, probarlos era como saborear el manjar más delicioso.

—Quiero que seas mía y de nadie más para siempre. No te sientas mal, no te menosprecies. Soy yo el que necesito saber si serías capaz de amar a una gárgola. ¿Me aceptarías? Es lo único que deseo.

Ahora que ella tenía las cosas más claras sobre nosotros, solo tenía que darme una respuesta. Entonces Aurora asintió y me sonrió. No pude más en mi emoción y me acerqué a ella para besarla otra vez. Sentía la más grande de las dichas. Ella me había aceptado.

—Claro que sí —me dijo emocionada—. No me importada nada más, eres lo que siempre he soñado, Keitan. Te quiero y deseo ser tu mujer. Quiero que me hagas tuya, quiero entregarme a ti.

—¿Ahora? —pregunté sonriente. No podía creer que mi deseo más grande se estuviera haciendo realidad. Me ardía la sangre de solo pensar que pronto la tendría.

—Bueno, estamos en el lugar ritual, creo que es perfecto —respondió ella con timidez.

—¿Y acaso tienes idea de lo que voy a hacerte? —le dije, con la voz cargada de ardiente deseo.

—No, quiero que me enseñes —respondió con esa tentadora inocencia. Mi cuerpo se estaba poniendo duro, en especial cierta parte de mi anatomía que moría de ansias por ella.

—¿Ah, sí? —pregunté a la vez que la agarraba de la cintura y la pegaba a mí. Ella se sorprendió un instante al sentir mi miembro duro rozándola, pero luego la vi sonreír de lado. Sabía que pronto despertaría esa fiera que ardería de deseo por mí—. ¿Te das cuenta cómo me pones?

—Oh, Keitan... esto es... excitante —susurró con voz felina. Me acerqué y le mordí el lóbulo de la oreja, gruñí despacio y le hablé con la voz cargada de deseo.

—Quiero probarte entera, Aurora. Lamer cada parte de tu cuerpo, hacerte gritar mi nombre. Quiero que me supliques más, deseo hundirme en ti y

marcarte como mi única hembra. Seremos uno solo y tus gritos de placer se escucharán hasta en Abercrombie. Me muero por probar tu sabor de mujer...

—Pruébame entonces —me pidió ella con voz sensual. Sonreí. Si mi mujer me lo pedía así, yo no iba a negarle el placer.

Entre besos y caricias, la llevé hasta el altar. Así le llamábamos a la cama ritual para las uniones de las gárgolas con sus hembras. Ahí la haría mía. No se me olvidaba que Aurora era una mujer pura y yo tenía que enseñarle poco a poco las delicias de los placeres carnales. Moría de ansias de penetrarla con dureza y hacerla delirar, pero quería ir despacio para que mi mujer lo disfrutara.

La tumbé en el altar y levanté su falda, metí las manos debajo de ella y despacio le bajé las enaguas. Era un poco fastidioso que las mujeres llevaran tanta ropa, pero me excitaba saber la deliciosa recompensa que encontraría entre sus piernas. La sentí temblar bajo mi tacto, pero ella quería seguir adelante y yo solo me detendría si ella me lo pedía. Al fin quité todas las prendas de ropa que había debajo de su falda. Separé un poco más sus piernas para deleitarme con la visión de su deliciosa intimidad ansiosa de que la probara.

Ella gimió despacio cuando sintió que dos de mis dedos la tocaban, dándole la caricia más excitante e íntima que ha recibido jamás. Estaba suave, caliente, mojada. La toqué despacio, buscando aquel punto de placer que la haría delirar. Disfruté de ver cómo cerraba los ojos y gemía otra vez. Mis dedos se movieron primero con suavidad de forma circular, luego aumentando la velocidad. Aurora se estremecía, sus deliciosos gemidos hacían eco en las paredes de la cueva. Aparté despacio los dedos. Ella me miró ansiosa, preguntándose por qué me había detenido. Lo supo cuando vio que me llevaba los dedos a la boca para lamerlos. Al fin estaba probando su esencia de mujer. Gruñí excitado. Mi hembra era la más deliciosa de todas.

—Aurora, tienes un sabor exquisito —le dije con la voz ronca—. Quiero probarte entera.

La escuché soltar un grito de sorpresa y placer cuando abrí más sus piernas y hundí mi rostro entre ellas. Oh, cielos... Esta mujer me llevaría al cielo y me llevaría a la perdición si quería. Me sentía enloquecer de deseo. Lamí con avidez toda su intimidad, poniendo especial atención en su punto más sensible. Mi lengua experta la torturaba de placer y yo me deleitaba con su sabor delicioso. Quería que se corriera para mí, necesitaba probar su primer orgasmo. El primero de muchos que le daría.

Mi lengua y mis dedos la estimulaban, ella temblaba, se estremecía, gritaba pidiendo más. Sentí sus manos hundirse en mi pelo y presionar mi cabeza contra su exquisito rincón íntimo. Me encantaba sentir que ella disfrutaba tanto como yo de este momento, que no podía controlar su deseo de ser poseída. Fue sublime verla correrse. Ella temblaba de excitación después del exquisito placer que le había dado con mi lengua.

Necesitaba estar dentro de ella, el deseo era intenso. Desde el altar, Aurora me vio avanzar hacia ella con mi virilidad erecta, lista para penetrarla. El momento había llegado, algo que deseábamos con todas nuestras fuerzas.

—¿Quieres sentirme dentro de ti? —le pregunté lleno de deseo.

—Oh, sí... Por favor, Keitan, quiero que lo hagas. Quiero ser tuya... Hazlo...—me rogó ella.

Sonreí. Antes de entrar, acaricié de nuevo su intimidad para asegurarme de que estuviera lista para mí.

Me permití por un momento fantasear con lo delicioso que sería sentir su estrechez apretando mi miembro, de penetrarla sin cansarme mientras ella me rogaba que no parase. Y así hubiera sido si las cosas hubieran salido como debían.

Los dos nos separamos de inmediato y por poco nos pusimos de pie de un brinco. La cueva temblaba. Algo terrible había pasado. Sin dudarlo, salí de la cueva y me asomé. Miré hacia Abercrombie y me di cuenta que había habido una explosión.

Y no en cualquier sitio: había sido en la iglesia de la fundación. Entré en pánico. Eso quería decir que alguien había liberado a los demonios.

Capítulo 13

Aurora

Estaba confundida, no entendía lo que estaba sucediendo. Cuando todo en la cueva empezó a temblar me asusté mucho. Jamás había sentido algo así. ¿Era un terremoto? No había habido terremotos en Abercrombie desde hacía siglos, o eso decían. ¿Era posible? Keitan parecía muy alarmado.

Me quedé sentada en ese altar mientras lo esperaba. No tardó mucho en volver y parecía aún más preocupado. Me acerqué a él y lo abracé. Keitan me estrechó entre sus fuertes brazos. Y pensar que hacía un momento había experimentado el mayor de los placeres a su lado, me había quedado ansiosa de más.

—Aurora, tenemos que irnos de aquí.

—¿Qué ha pasado? —pregunté un poco asustada.

—Una explosión en el templo de Abercrombie.

—¿La iglesia? —Él negó con la cabeza—. Pero Keitan, tiene una cruz, es una iglesia...

—Eso es reciente, antes era solo un templo. Hace muchos años, antes de que existiera Abercrombie, hubo una batalla aquí entre gárgolas y demonios.

—¿Demonios? —Eso me asustó aún más. Casi podía adivinar lo que iba a contarme.

—Nosotros protegemos a la humanidad de los demonios, pero hay algunos tan poderosos que no pueden ser eliminados por cualquiera. En aquel entonces no nos quedó otra opción que encerrarlos en el templo de Abercrombie. Pusimos un sello mágico y han estado ahí desde entonces sin que nadie los perturbara.

—¿Y esa explosión fue porque se rompió el sello?

—Exacto. Los demonios han escapado. —Se me escapó un grito de terror. De pronto entendía muchas cosas, como las figuras de las gárgolas en lo alto del templo, o esa pintura en el castillo de Keitan donde se veía una batalla. Todo era verdad, hubo una guerra entre seres sobrenaturales y ahora todo había empeorado.

—Tranquila —me dijo él con seguridad mientras acariciaba mis mejillas—. Si pudimos vencerlos una vez, lo haremos de nuevo. Están débiles de haber estado encerrados durante siglos. Los encontraremos y los cazaremos uno a uno, pero ahora debo regresar al pueblo, no puedo dejarlos escapar.

—Sí, lo entiendo.

—No te preocupes, te llevaré conmigo hasta el castillo, llegaremos rápido. Ahí estarás a salvo.

—Gracias, me da miedo quedarme aquí sola.

—No voy a abandonarte nunca, Aurora. —Bajó sus manos hasta mi cintura. Noté que sonreía de forma seductora e irresistible, me fue imposible no corresponder—. Aún siento tu exquisito sabor en mis labios, te estás volviendo mi adicción.

—Quiero ser tuya, Keitan —le dije con deseo. Lo anhelaba más que nada en el mundo, sabía que solo me sentiría completa cuando fuera suya totalmente.

—Y lo serás, no desesperes —me dijo pegándose más a su cuerpo aún desnudo. Él era todo dureza, tosco y salvaje, pero conmigo podía ser tan suave que me estremecía. Con él me sentía la mujer más dichosa del mundo. Keitan me besó con pasión. Para mí fue como si el tiempo se detuviera—. Tenemos que volver ya —me dijo—. Ya tendremos tiempo de continuar.

Asentí, no había nada que deseara más que eso.

La transformación de Keitan a gárgola fue tan rápida e increíble que me quedé con la boca abierta. Se separó de mí, observé atenta cómo su cuerpo crecía de pronto, su piel se endurecía y su rostro se transformaba. Verlo así era bastante impactante, pero no tuve tiempo de pensar en eso. Me llevó entre sus brazos como cuando llegamos, surcando los cielos con rapidez. Ahora que me sentía segura y podía disfrutar de la sensación de volar con él, era increíble.

También vi aquella explosión en el templo de Abercrombie y el miedo volvió.

Pronto llegamos al castillo McCord. Al pasar, el primero que vino a nuestro encuentro fue Logan. Noté en sus ojos la sorpresa al vernos llegar juntos. Nos dedicó una mirada furiosa, pero luego su expresión cambió. Caminó hacia Keitan, muy preocupado.

—¿Ese sonido ha sido lo que creo que ha sido? —le preguntó Logan.

—Sí —contestó mi amado—. Se ha roto el sello del templo. Los demonios han escapado.

—Maldita sea... —Solo entonces caí en la cuenta de algo. Si Logan estaba enterado de la situación y hablaba de eso con Keitan, aquello quería decir que...

—¡Tú también eres una gárgola! —grité, sin poder evitarlo. Oh vaya,

había dos gárgolas que deseaban tenerme, qué extraño era eso. Debía tener un imán que los atraía y yo sin saberlo.

—¿Se lo has contado todo a ella? —le preguntó Logan a Keitan.

—Fue inevitable, pero eso no es relevante ahora. Tenemos que ir a ver lo que está pasando y buscar a los demonios. Muévete, no tenemos mucho tiempo, es nuestro deber.

—Vamos entonces. Luego hablaremos de esto —me dijo Logan. Supongo que ya era bastante obvio que no aceptaría su propuesta. No me interesaba estar con él, ya había tomado mi decisión.

—¡Padre! —La voz nos tomó por sorpresa. Era lady Siena, que apenas vio a Keitan bajó corriendo a alcanzarlo. Ella no había reparado en mi presencia, solo tenía ojos para su padre. Cuando se encontraron, él la abrazó con fuerza. En ese momento, lady Siena parecía una niña asustada. Me pregunté qué pensaría ella cuando supiera que su padre me había escogido como su mujer, y que quizá pronto sería la señora del castillo. Su madrastra.

—Tranquila, todo irá bien. Me voy a ocupar de todo —dijo Keitan con mucha seguridad.

—Padre, ¿es verdad que ese temblor ha sido por el templo? ¿Se han liberado los demonios?

—Sí, pero no tienes de qué preocuparte. Esta lucha es nuestra, vosotras estáis a salvo en el castillo. Ellos no pueden entrar aquí.

—Está bien —dijo ella más tranquila—. Por favor, no tardes en volver. No quiero perderte a ti también. —Sentí lástima por ella. Keitan me había dicho que su esposa había muerto. Lady Siena era huérfana desde hacía muchos años. Llevaba mucho tiempo sin el cariño de una madre.

—Tengo que irme, y claro que volveré. Ve a tu habitación y descansa.

—Lo intentaré.

Padre e hija se despidieron. Yo me había apartado a un lado para no interrumpir y tampoco quise acercarme en ese momento. Lady Siena y yo no nos llevábamos nada bien, no quería que armara un escándalo al verme con su padre. Antes de irse, Keitan me miró y estuve segura de que volvería a mí. Nos quedamos solas. Siena apenas me prestó atención y subió de nuevo a su habitación. Era hora de que yo volviera a la mía también; estaba muy cansada y quería dormir.

Caminé tranquila a la habitación que compartía con Alexa dispuesta a descansar de una vez. Todo estaba oscuro, pero al abrir la puerta vi una silueta sentada en la cama de mi amiga. Era una mujer.

—¿Alexa? —pregunté confundida. No era posible que ella hubiera vuelto antes que yo al castillo—. ¿Quién eres? —Entonces ella se giró y la luz de la luna me ayudó a ver su rostro. Sentí que palidecía al reconocerla.

—No me esperabas, ¿verdad, zorrita? —me dijo con desprecio. Era lady Davina.

—Disculpe, señora. ¿Qué hace usted aquí?

—¿Acaso le debo explicaciones a una sirvienta? —empezó a caminar hacia mí, me sentía intimidada—. Este es el castillo de mi prometido, puedo entrar donde quiera.

—No quise ofenderla —dije bajando la mirada. No podía olvidar que ella seguía siendo la prometida de Keitan hasta que el compromiso se rompiera, y lo mejor era no meterme en problemas con ella hasta entonces—. Pero esta es mi habitación y no entiendo el motivo de su visita —agregué, ya que tampoco me iba a quedar callada por esta intromisión.

—¿No lo entiendes? ¿Tú eres estúpida o solo finges serlo? Debes fingir muy bien, porque de tonta no tienes ni un pelo. Mira que meterte en la cama del conde solo para tener beneficios fue bastante astuto.

—Eso no es cierto —me defendí—. Yo no me he acostado con el conde, no soy su amante. —No pude evitar sentirme molesta. Estaba harta que me trataran como si fuera una mujerzuela—. No tiene derecho a venir aquí a reclamarme algo que es mentira. —Pero lady Davina se rio, como si le hicieran mucha gracia mis palabras. Entonces pasó algo peor, no lo vi venir. Me dio una bofetada tan fuerte que me dejó aturdida varios segundos.

—¿Y acaso piensas que voy a creer en tu palabra, mosquita muerta? ¡Si él huele a ti todo el tiempo! ¡Y ahora tú misma hueles a él! ¿Dónde has estado, zorra asquerosa? Con él, por supuesto.

—No es culpa mía que él prefiera a una sirvienta antes que a usted, milady —le dije burlona. Ya no aguantaba más sus palabras. Lady Davina me miró sorprendida un instante y supe sin duda que mis palabras le habían dolido.

No tendría que haber dicho nada, porque ella me atacó. Se lanzó sobre mí, intentó darme otra bofetada, pero lo impedí. Estaba descontrolada y era más fuerte que yo. No pensaba que una mujer como ella tuviera esa fuerza. Me derribó al suelo, yo lancé un gemido de dolor, me había golpeado fuerte. Y para evitar que me pusiera de pie, me agarró del pelo y tiró con fuerza.

—Escúchame bien, mujercita patética. Ni tú ni nadie va a impedir que me case con Keitan. Él es mío.

—No es verdad. Él no te ha llevado a la cueva —contesté a pesar del dolor qué sentía.

—¿Qué? ¿Cómo sabes tú eso? —me dijo sorprendida.

—Porque a mí sí me ha llevado. Me ha escogido a mí —le dije con seguridad. Eso solo la enfureció más, gritó molesta y tiró de mi pelo con más fuerza.

—¡Él jamás será tuyo! ¡No eres nada, solo una sirvienta! ¡Una poca cosa! Yo soy una mujer de noble estirpe, soy fina, soy una dama. Soy la mujer ideal para Keitan, tú no eres nada, eres escoria.

—Pero me escogió a mí —intenté soltarme de su agarre, pero ella seguía siendo más fuerte que yo. Me tiró de nuevo del pelo, sentía que me lo iba a arrancar.

—¡Jamás! ¡Antes te mato! Tú jamás lo tendrás, él es mío, solo mío...

Tuve mucho miedo, creía en sus palabras. Lady Davina estaba histérica y era capaz de matarme solo para quedarse con Keitan. Nadie en el castillo iba a ayudarme, estaba perdida. Me sentí tan aterrada que empecé a llorar. Empecé a sentir que el aire me faltaba. Lady Davina me había soltado el pelo y ahora me estaba ahorcando. No podía respirar, me ahogaba. Ella me estaba matando. Luché como pude, intenté golpearla para que me soltara, pero ella estaba sobre mí y tenía la ventaja. Oh, Dios, no, ya no me quedaba mucho tiempo, esto era el fin...

De verdad creí que estaba muerta, pero entonces vi una luz blanca. No sabía de dónde salía, pero poco a poco recuperé el aire. Solo entonces me di cuenta con horror que esa luz salía de mí. De mi pecho. Estaba loca, quizá alucinando. Pero eso fue lo que me salvó la vida. Lady Davina salió despedida hacia un lado. Yo ya estaba a salvo. Me quedé en el suelo respirando agitada, sin entender qué había sido eso. ¿Por qué había salido luz de mí?

Lady Davina se puso de pie. Me di cuenta de que me miraba aterrada, como si ella tampoco entendiera lo que acababa de pasar. Caminé tambaleante hasta la puerta y me observó con miedo.

—Eres un monstruo —me dijo antes de salir de la habitación.

Una vez sola, empecé a llorar. Estaba asustada, no entendía nada. Casi me matan, había demonios en Abercrombie y yo necesitaba a Keitan más que nunca.

Capítulo 14

Keitan

Surcamos los cielos tan rápido como fue posible, pero tuvimos que volver a nuestra forma humana para evitar ser descubiertos por los pueblerinos que rodeaban el templo destruido. Una parte aún estaba en pie, así que Logan y yo nos aventuramos a entrar para averiguar si nuestras sospechas eran ciertas. Nuestra preocupación creció cuando vimos la piedra del sello rota en cuatro partes. Ya no había demonios ahí.

—Esos malditos han escapado —dijo Logan con rabia. Yo también me sentía furioso. Tanto que me costó encerrarlos aquí para que ahora alguien los liberara.

—No, te equivocas. Los soltaron, nos traicionaron —apreté los puños. Grité y golpeé con fuerza una de las paredes de piedra que había a mi lado. Sentí que toda la estructura temblaba.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó Logan.

—Es obvio, nos han traicionado. La razón por que volví a Abercrombie fue porque dos gárgolas traidoras amenazaron la seguridad de mi hija. Los maté, pero no fue suficiente. Logan, tú sabes que este sello solo lo puede abrir otra gárgola descendiente de los que luchamos en esa batalla.

—Cierto —dijo pensativo—. Nunca me he creído los rumores de las gárgolas traidoras a nuestra raza, pero ahora esto... Cielos, es terrible. Ya no podemos confiar en nadie. —Asentí. No podía creer lo que estaba pasando. ¿Cómo era posible que criaturas que fueron creadas para luchar contra los demonios ahora estuvieran de su lado? No lo entendía.

—¿Y sabes qué más creo? Que quizá esto lleva años. Ellos han venido a por mí, para destruir todo lo que amo.

—No querrás decir que esas gárgolas traidoras mataron a Selene y a tu hijo.

—Es lo que creo ahora. —En ese momento quería destrozarlo todo, estaba furioso. Si mis suposiciones eran ciertas, entonces esto llevaba gestándose muchos años. Quizá era el único superviviente de esa batalla, por eso habían ido a por mí. Primero fueron mi amada esposa y mi primer hijo. Quisieron hacerle daño a Siena y no lo consiguieron. Y ahora destruían el sello de los demonios, algo imperdonable. Sentía rabia, pero también mucho miedo. Si querían hacerme daño, solo tenían que quitarme lo único que me

quedaba. Siena... Y Aurora. La sola idea de que pudieran hacerle daño me desesperó.

—Tenemos que ponernos en marcha —dijo Logan. Aspiró el aroma del aire y señaló el lugar. Yo también lo sentí—. Huelo a demonio.

—No está muy lejos, andando.

Tenía razón, casi a la salida de Abercrombie encontramos al primero de los demonios que escapó. Quizá había llegado la hora de que ese ser averiguara lo que era el dolor gracias a mis garras. Logan y yo nos transformamos. Aquel demonio tenía forma humana, pero era una apariencia muy débil. Tal como sospeché, no se había alimentado de energía oscura aún y no podía luchar contra nosotros. Al vernos, su rostro cambió a una forma demoniaca y nos atacó con lo que quedaba de su oscuridad. Nosotros no tuvimos piedad con él. Lo destrozamos, y Logan quemó su cuerpo. Su existencia había acabado, pero no nuestro trabajo.

Estuvimos dos días enteros buscando a los demonios que habían huido. Habíamos encerrado a ocho de ellos, los más poderosos. Pero solo encontramos a dos; los demás quizá ya habían vuelto al infierno o estaban desatando el caos en algún lugar para alimentarse de la oscuridad. Me sentía desconsolado, la situación era terrible. Logan y yo no podíamos hacer más, así que volvimos a Abercrombie y yo envié a un mensajero para el consejo y nuestro rey. Los demonios habían escapado, era nuestro deber hacernos cargo. Todas las gárgolas tenían que estar alerta de ahora en adelante.

Después de dos días de intensa cacería, volver a mi castillo era mi más grande deseo. Mentira, lo que más deseaba en el mundo era volver al lado de Aurora. El castillo McCord estaba protegido con magia ancestral, ningún demonio podía entrar ahí. Logan volvió al castillo St. Clair. Él también tenía cosas de las que ocuparse.

Al llegar, me informé de la situación. Era de noche y mi hija estaba bien, pero durmiendo. Le di un beso en la frente y la dejé descansar, ya la vería al amanecer. Sin esperar más, fui rápido hacia la habitación de Aurora. Ni siquiera llamé, solo abrí la puerta.

El corazón se me encogió cuando escuché aquello. Mi amada lloraba en su cama cubriéndose el rostro. Miré hacia la cama de su compañera, pero ella no estaba. No soportaba verla sufrir, así que corrí hacia ella para consolarla. Cuando Aurora me vio, se quedó unos segundos mirándome como si no pudiera creer que yo estuviera de vuelta, pero cuando reaccionó se arrojó desconsolada a mis brazos. La apreté fuerte contra mi cuerpo y acaricé sus

cabellos mientras se desahogaba.

—¿Estaba tan preocupada! —exclamó entre lágrimas—. Pensaba que te había pasado algo.

—Tranquila, mi amor. Ya estoy bien, estoy aquí. He venido a por ti.

—Keitan, no tenía noticias, llegué a pensar que tú...

—Jamás te abandonaré —le dije muy firme. Acaricié sus mejillas y le sequé las lágrimas. Ya parecía más tranquila—. Pero, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Han pasado muchas cosas. Alexa fue herida en la explosión del templo, no ha vuelto hasta ahora al castillo y estoy preocupada por ella. Y yo... bueno..., tuve un incidente con Lady Davina.

—Oh... —Me sentí muy mal de pronto. Le había hecho promesas de amor a Aurora y aún no había roto mi compromiso con Davina. Eso lo tenía que aclarar ya—. ¿Fue muy serio?

—Sí —dijo ella nerviosa—. De alguna forma sabía lo nuestro, no tengo ni idea de cómo se ha enterado. Me reclamó, me dijo que me alejara de ti. Me golpeó...

—¿Qué acabas de decir? —grité molesto, no daba crédito a lo que escuchaba—. ¿Te hizo daño? ¿Estás bien?

—En realidad, la que terminó mal parada fue ella...

—¿Cómo? —pregunté sin entender.

—Keitan, es que pasó algo muy raro. Ella me estaba golpeando, dijo que iba a matarme. Supe que iba a hacerlo, me ahorcó. Perdí las fuerzas, ya casi lo veía todo negro. Pero entonces sucedió algo increíble. No entiendo nada, salió algo de mí, una especie de luz blanca.

—¿Qué? —En ese momento sentí que me ponía pálido. No podía creer lo que estaba escuchando. Era algo increíble y difícil de procesar.

—No lo entiendo, salió de mí. Como si fuera una especie de defensa, no lo sé. Keitan, estoy muy asustada. No sé qué significa eso, tengo miedo. —Me abrazó, yo hice lo mismo.

—Tranquila, todo va a salir bien.

—¿Tú sabes qué es eso? ¿Lo que me pasó?

—Lo averiguaré —prometí. Pero ya tenía una sospecha. Algunas mujeres gárgola nacen con magia; es algo extraño, no pasa muy a menudo. Sabía que mi madre había una de ellas, una gran hechicera gárgola, y no conocía a otras en esta época. Mis sospechas de que Aurora era de mi raza cobraban fuerza. Necesitaba descubrir la verdad sobre ella pronto, antes que las cosas se

descontrolaran—. ¿Y ya te encuentras bien? ¿No ha vuelto a pasar?

—No, solo esa vez.

—¿Davina no ha vuelto a molestarte?

—Se fue al amanecer del día del ataque.

—Me alegro —dije más tranquilo—. Aurora, sé que te debo una explicación sobre Davina. Eres la mujer que quiero a mi lado, ella no es nada para mí. Si dependiera de mi voluntad, rompería el compromiso ahora mismo, pero no puedo. Debo solicitarlo al consejo, no es tan simple.

—¿En serio?

—¿No me crees?

—No es eso, no sabía que había un consejo de gárgolas... Esto es más complicado de lo que pensaba.

—No quiero molestarte, ya tienes muchas preocupaciones. Solo debes saber una cosa: le pediré al consejo que anule mi compromiso con Davina. Les diré que ya he encontrado a la única mujer que quiero a mi lado el resto de mi vida, no necesito a otra. —Aurora sonrió, eso bastaba para mí.

—Hasta ahora no puedo creerlo.

—¿El qué?

—Que alguien como tú sienta algo por alguien como yo.

—Oh, vamos, no digas esas cosas, eres maravillosa.

—Soy solo una chica de pueblo.

—No lo creo. —Acerqué mis labios a los de ella, ansiaba besarla. Al fin, después de varios días sin ella, me sentía como en casa a su lado. Apenas nos separamos un poco, nuestros cuerpos estaban muy cerca.

—No quiero quedarme sola esta noche —me dijo y yo sonreí. Una tentadora propuesta—. Podemos...

—Oh, Aurora, claro que podemos hacerlo. Pero no debemos. No aquí ni ahora.

—¿Por qué? —me preguntó confundida.

—Porque cuando lo hagamos tiene que ser en la cueva. De esa forma serás mía siempre, nos perteneceremos el uno al otro hasta el final. No quiero hacerlo ahora y que seas una más, quiero marcarte como la única.

—Lo entiendo —contestó ella con una sonrisa—. Yo también quiero que tú seas el primero y el único.

—Será un honor y un placer. Pero más un placer. —A ella se le escapó una risita. Volví a atrapar sus labios en un exquisito beso. La recosté sobre la cama y me acomodé despacio sobre su cuerpo, tan suave y bello. Tenerla así

era toda una tentación, deseaba volver a probarla y unirme a ella para siempre, pero tenía que aguantar un poco más, al menos por esta noche. No era el momento de llevarla a la cueva, no cuando aún tenía una prometida y demonios que cazar. Pero una cosa era pensarlo; otra, resistirse. No podía dejar de besarla y quería seguir probando cada rincón de su cuerpo. Besé su cuello, Aurora llevaba apenas un camisón delgado que me dejaba ver sus suculentos pechos a través de la fina tela. Eran un par de tentaciones que me llamaban, me pedían a gritos que los probara.

—¿Seguro que no? —preguntó ella. Parecía divertirse al verme tan ansioso y sin poder dar el paso que tanto queríamos.

—Aurora, estás llevando al límite la resistencia de una gárgola. Esto no es sano para mí. —Ambos reímos, pero yo hablaba en serio.

—¿Podremos aguantarnos solo esta noche? —me preguntó ella en tono juguetón.

—¿Eso es una apuesta? —pregunté yo arqueando una ceja.

—Apuesto a que no aguantas hasta el amanecer sin tocarme en lugares... privados —me retó ella.

—¿Ah, sí? Pues ya veremos. —Me separé un poco. Lo difícil sería controlar mis manos y alejarlas de ella—. Eres cruel, ¿sabes?

—He dicho solo hasta el amanecer, después puedes hacerme lo que quieras.

—Ese premio me interesa. —Volví a besarla, eso no me lo prohibió. Me quedaría a dormir con ella esta noche, pero lo que de verdad quería era llevarla a la cueva lo más pronto posible. Había tanto por resolver ahora que los demonios se habían escapado que esperaba el momento no se atrasara más. Y lo más misterioso, la magia de Aurora. Necesitaba descubrir la verdad. Si demostraba ante el consejo que ella era de los nuestros, me dejarán casarme. Era así como tenía que ser.

Capítulo 15

Aurora

Desperté con una sonrisa al sentir el cuerpo caliente de Keitan a mi lado. Por la noche me sentí dichosa al estar entre sus brazos, sentir sus exquisitos besos y caricias fue maravilloso. El agotamiento me venció, pero dormí segura a su lado. Al abrir los ojos, me sentí feliz de tenerlo cerca. No podía creer que hubiéramos dormido juntos. Esta sería la primera de muchas noches que pasaría a su lado.

No quería despertarme, me gustaba estar con él. Me acerqué un poco más a su cuerpo y cerré los ojos. No tenía nada de malo descansar un rato más; estaba muy perezosa esa mañana. Estuve quieta unos segundos, pero entonces sentí que él se movía un poco. Ya había despertado

—Buenos días —me dijo él suavemente. Sonreía de una forma que me hacía temblar. No me dejó devolverle el saludo, sino que atrapó mis labios en un beso que me dejó sin aliento, de esos tan deliciosos que me solía dar. Me acomodé despacio sobre él. Me encantaba sentir su pecho firme y duro. Keitan era un hombre delicioso. Me miraba y yo me derretía; si me tocaba, perdía la compostura. Nos besábamos, pero sentí de pronto que sus duras y traviesas manos se paseaban por mi espalda y bajaban hasta mis nalgas para apretarlas. No dije nada, al menos no hasta que sentí que sus manos apartaban mi camisón de dormir y se metían debajo para tocar mi piel.

—¡Oye! —reclamé yo en broma. Él soltó una risa traviesa y no se movió ni un poco. Sus manos aún estaban sobre mis nalgas. Calientes y ansiosas, sentía que me quemaban.

—¿Qué? Te dije que no tocaría nada hasta el amanecer. He ganado la apuesta.

—Cierto —contesté, correspondiendo a su ardiente sonrisa.

—Quiero cobrar mi premio.

—¿El qué? —pregunté, fingí que no sabía nada.

—Dijiste que podría hacer lo que quisiera con tu cuerpo.

—Y puedes hacerlo. Soy toda tuya —le dije ansiosa. Oh, sí, quería que me tocara y no se detuviera. Sabía que había prometido que no lo haría hasta llegar a la cueva, pero la verdad eso no me importaba. Que me tomara donde quisiera; yo siempre sería suya y de nadie más.

—Aurora, no me provoques.

—Eso es lo que quiero —respondí suavemente, lo susurré a su oído. No sabía de dónde me salía el valor para hacer todo esto. Yo no era así, ningún hombre me había tocado jamás antes que él, pero Keitan despertaba a una fiera ansiosa de sentirlo, a la mujer sensual que vivía dentro de mí. Él había descubierto una parte de mí que ni yo sabía que existía. Se merecía disfrutarme.

Keitan no perdió el tiempo. Me puso contra la cama y en cuestión de segundos me quitó el camisón de dormir. Era la primera vez que me veía totalmente desnuda, al principio enrojecí, pero al ver aquellos ojos llenos de deseo que me recorrían, perdí todo el miedo.

Apretó mis pechos, yo gemí. Mis pezones estaban duros, ansiaba que los probara. Keitan no tardó en complacerme. Fue una delicia sentir su lengua caliente lamer mis pezones, fue aún más placentero cuando sentí sus dedos duros y largos acariciar mi rincón más íntimo, tal como lo hizo aquella noche en la cueva. Gemía y no me importaba si todo el castillo lo estaba escuchando. Que todos se enteraran de que ese hombre me transformaba en una fiera insaciable, que supieran que era suya.

Él se separó un poco, lo miré sin parpadear mientras él también se desnudaba. No era la primera vez que veía su macizo cuerpo delante de mí, pero siempre me dejaba sin aliento. Ver otra vez su enorme herramienta de placer, erguida y ansiosa de penetrarme, me ponía muchísimo. Me mordí los labios, deseaba que llegara hasta el final, pero sabía que él era una gárgola respetuosa de sus tradiciones, además de un caballero. Esperaría hasta la cueva, pero aún podíamos divertirnos de otras formas.

—¿Qué pasa, Aurora? Te noto muy entretenida —me dijo Keitan con una sonrisa provocativa, se había dado cuenta lo que estaba haciendo.

—Oh, yo... lo siento... No quería...

—Claro que querías —me dijo con la voz ronca—. Me deseas tanto como yo a ti.

—Sí —admití—. Te deseo, Keitan. Y mucho.

—No tienes que contenerte, ¿sabes?

—Es que yo... —No sabía qué contestar. Me sentí un poco avergonzada, ni siquiera sabía qué decirle. Lo deseaba y no podía hacer más—. No sé qué hacer —le dije despacio—. Lo siento, es que yo no sé, soy inexperta...

—No tienes que lamentarlo, mi bella Aurora. Te quiero así, inocente y tentadora. Me gusta que seas pura, pero me gusta más despertarte a los placeres. Quiero enseñártelo todo.

—¿Cómo puedo complacerte, Keitan?

—Tócame —me pidió mientras me miraba a los ojos.

—¿Dónde...? —pregunté, con la voz temblorosa. Él sonrió de lado y agarró una de mis manos, la posó sobre su firme pecho y la dejó ahí.

—Donde quieras, y como quieras.

Respiré profundamente. Bien, era hora de aprender un poco con el cuerpo de Keitan.

Disfruté de tocar su pecho duro, también acaricié sus pezones. Mi mano descendió por su torso y me detuve con algo de timidez. Ahí estaba su poderosa erección; quería tocarla, pero no me atrevía. Keitan no dejaba de mirarme, sabía que lo deseaba, así que lo hice. Yo también quería complacerlo y que me enseñara cómo le gustaba. Me quedé sin respiración cuando mis dedos tocaron su miembro. Lo recorrí despacio, desde la base hasta la punta. Fue un camino largo y duro. Él se mordió los labios. Me gustaba verlo temblar con mis caricias.

—¿Qué más debo hacer? Enséñame —le pedí.

—Por supuesto —me dijo él despacio—. Cógelo todo con la mano. —Obedecí. Era una sensación extraña, pero a la vez agradable. Me gustaba mucho lo que estábamos haciendo. Una parte de mí se sentía abochornada por este atrevimiento, pero a otra parte de mi mente no le importa. Al contrario, quería más.

—¿Ahora qué más?

—Te guiaré —me dijo con la voz llena de sensualidad. Keitan me enseñó cómo masajear, el movimiento que tenía que hacer. Apenas fueron unos segundos, luego lo hice yo misma. Sonreí al notar lo que estaba consiguiendo. Movía mi mano de arriba abajo, él se estremecía, gemía también. Yo iba cada vez más rápido. Al ver que eso lo enloquecía de placer no me detuve ni un segundo. Quería verlo llegar, así como él hizo conmigo en la cueva.

Lo que hacía era muy placentero para Keitan. Gimió fuerte y su semilla caliente se derramó. Yo estaba sorprendida, no podía creer lo que acababa de hacer. Darle placer a un hombre como él había sido increíble, nunca había visto algo así. Cuando terminé, él me miró con una sonrisa y se acercó a besarme. La explosión lo dejó abrumado unos segundos, pero se notaba satisfecho y eso era importante para mí.

Hubiera sido increíble quedarnos todo el día así, experimentando el placer con nuestros cuerpos, pero de pronto Keitan se puso muy serio. Estaba

alarmado en realidad, hasta me di cuenta de que olfateaba el ambiente.

—Amor mío, ¿qué ocurre?

—Huele a demonio. —Grité asustada y sin querer empecé a temblar de miedo. Oh, no, aquí no—. No tengas miedo, Aurora. No pueden entrar a mi castillo, pero si puedo sentirlos. Están cerca. Me vestiré.

—Iré contigo.

—No, quédate aquí. Estás a salvo en el castillo, aquí no te pasará nada. — Keitan se puso de pie y empezó a vestirse con rapidez. Yo no quise quedarme quieta, así que cogí uno de mis vestidos de uniforme de criada y me lo puse. Apenas estaba empezando a arreglarme cuando escuchamos los gritos.

Keitan no se detuvo a esperarme y salió disparado de la habitación. Él aún no había acabado de vestirse, pero su deber era más fuerte y no se detuvo. Me temblaban las manos mientras terminaba de vestirme, me estaba asustando mucho. Esos gritos eran de gente del castillo, algo terrible había pasado.

Apenas terminé de arreglarme el vestido, salí corriendo y fui en la dirección en la que se escuchaban los gritos llenos de terror. No era la única que iba en camino; los demás sirvientes también se acercaron con miedo. Salí hacia uno de los patios del castillo y entre toda la gente distinguí la figura de Keitan. Él era un hombre muy alto y fácil de reconocer. A una señal de él, la servidumbre empezó a retroceder. Las señoras de la cocina lloraban asustadas y se abrazaban entre sí, los hombres estaban consternados.

—¡Retroceded! —ordenó Keitan y nadie se opuso a sus designios. Yo tenía miedo, pero aun así avancé para saber lo que pasaba.

Me llevé una mano a la boca para contener el grito de horror. Las lágrimas empezaron a quemar mis mejillas, mi cuerpo temblaba de miedo. Quería salir corriendo en ese momento, pero estaba paralizada y no lograba reaccionar. Ahí, en medio del patio, estaban los cuerpos mutilados de dos de los mozos de cuadra del castillo, uno de ellos hijo de la cocinera. Y no solo eso, alguien los había arrojado desde lo alto y habían caído contra el suelo de piedra, destrozándose aún más.

Pero eso no era lo peor, sino el mensaje. Tenían el pecho desnudo y alguien había escrito en su pecho una advertencia con sangre.

«Vas a pagar nuestro encierro», decía el de uno de ellos.

«Todo lo que amas perecerá», decía en el otro.

Temblaba, estaba segura que esa amenaza era para Keitan. El hombre que amaba miraba absorto aquello. Parecía afectado y triste por lo que estaba

pasando. Sabía que era una gárgola y su misión era proteger a los humanos. Que murieran dos inocentes era todo un golpe.

—Lleváoslos de aquí —ordenó—. Dadles una sepultura decente, se lo merecen. Compensaré a sus familias.

No dijo nada más, aquello era demasiado. Keitan empezó a caminar de vuelta al castillo, y aunque yo seguía asustada, lo seguí. Logré alcanzarlo solo porque él se detuvo. Había apoyado sus manos sobre la piedra de una pared y ahí soltó un largo suspiro. Le toqué el hombro despacio y él se giró para mirarme. Se notaba que estaba muy dolido con la situación de los demonios. Yo lo abracé con fuerza. Sabía que estaba a salvo en el castillo, pero solo entre sus brazos me sentía segura.

—Debo ir al pueblo —me dijo.

—¿Como gárgola?

—No, es de día y muchos me verían, pero los demonios están cerca y no puedo permitir que sigan atacando a todos. Lo hacen solo por provocarme y vengarse de mí.

—Ellos quieren destruir todo lo que amas... —dije con temor

—Y por eso debes quedarte en el castillo, no puedo perderte por nada del mundo. Este lugar tiene magia, es seguro. Traeré a la gente del pueblo, mujeres y niños inocentes, sobre todo. El castillo es grande, aquí estarán seguros.

—Por favor, trae a Alexa y a mi madre también, no soportaría perderlas

—Ellas estarán a salvo aquí, te lo prometo. —Keitan me dio otro beso. Ahora me sentía un poco más tranquila—. Iré al pueblo, pero en cuanto pueda saldré a recorrer los alrededores como gárgola.

—Cuídate mucho, por favor.

Él asintió. Me besó antes de separarse de mí. Ahora estaba sola otra vez. Suspiré. Tenía miedo de que los demonios no nos dejaran ser felices.

Capítulo 16

Keitan

Habían pasado unos días desde que escaparon los demonios y, tal como le prometí a Aurora, traje a la gente indefensa a mi castillo como refugiados. Había un ala del castillo que siempre estaba desocupada, así que ordené que se habilitara esa zona y se proveyera comida para todos. Prefería las cosas así, de esta manera podía cuidar de mi gente. Los demonios no habían vuelto a atacar, pero eso solo me desconcertaba más. Sabía que algo planeaban, se hacían más fuertes para atacarme. Quizá estaba por venir una nueva guerra.

A pesar de todo, quien más feliz estaba era Aurora. Su mejor amiga y su madre estaban con ella, así que se sentía tranquila de tenerlas y que no les ocurriera nada fuera. Hacía siglos, cuando se fundó el pueblo y le ganamos la guerra a los demonios, las fuertes hechiceras gárgolas de aquel entonces protegieron con magia mi castillo, así que ningún demonio podía entrar. Al menos eso era algo que me calmaba, pero no podía olvidar que había también gárgolas traidoras. Ellos sí podían entrar y destruir todo lo que amaba.

Esa mañana estaba desayunando con mi hija en el comedor principal del castillo cuando, para mi sorpresa, los sirvientes anunciaron una visita inesperada. En cuanto lo supe, me puse de pie de inmediato para recibirlo. Era nada más y nada menos que mi buen amigo Blair St. Clair.

Al encontrarnos nos recibimos con un efusivo abrazo fraternal. Desde aquella visita que le había hecho no tenía noticias de él y me alegraba de verlo. Yo estaba cansado de tantas preocupaciones, él, en cambio, parecía siempre sonriente y lleno de energía, toda una gárgola ejemplar. Estaba encantado de que fuera el prometido de mi hija.

Y hablando de Siena, en cuanto ella lo vio, no dudó en correr hacia él para abrazarlo. No noté a Blair muy contento de verla, cosa que entendía; mi hija no era la persona más agradable ahora mismo. Si mi amada esposa Selene estuviera viva, estaba seguro de que Siena sería diferente. Pero la mala influencia de Davina la había transformado en una mujer frívola como ella. Ni siquiera quería ayudar a las personas refugiadas del pueblo. Esperaba que Blair lograra ablandar el corazón de Siena. No sabía si mi hija lo amaba, pero suponía que sí. Cuando los comprometí, vivía diciendo lo feliz que se sentía de tener como futuro esposo a una gárgola tan fuerte, alguien tan atractivo. Se sentía la envidia de las demás. Supongo que aún era así.

—Me alegro mucho de verte, Blair. ¿Qué te trae por aquí? ¿Alguna noticia del consejo? ¿Del rey? —pregunté yo.

—Tengo muchas novedades, en realidad, ¿podemos hablar en privado?

—Por supuesto —le contesté—. Hija, ¿puedes volver a tu habitación? Ya nos veremos más tarde.

—Claro que sí, esperaré con ansias ese momento —dijo Siena muy contenta—. Espero que te quedes a cenar, Blair.

—Desde luego, ahora tengo algunos asuntos que tratar con tu padre. Nos veremos luego. —Mi hija asintió y no tardó mucho en marcharse. Al fin estábamos a solas.

—Ven, sígueme. Iremos a la biblioteca, ahí nadie nos molestará.

—Sí, pero antes necesito que mandes a llamar a esa muchacha. ¿Cómo dijiste que se llamaba?

—¿Aurora? ¿Esta visita tiene que ver con ella? —pregunté intrigado.

—Sí, ya lo entenderás.

No perdí el tiempo. Al salir del comedor y cruzarme con un sirviente, le pedí que enviara a Aurora a la biblioteca. Subimos a esperarla y no pasó mucho rato hasta que escuchamos un suave toque en la puerta.

—Adelante —dije yo. Segundos después, Aurora se asomó con timidez. Al verme sonrió y se sonrojó, pero pronto vio a Blair y su gesto cambió. Ahora parecía desconfiada—. Pasa, Aurora.

—Buenos días —nos dijo con educación, incluso hizo una reverencia.

—Al fin tengo el placer de conocerla, lady Aurora —dijo Blair con caballerosidad. Incluso se acercó a ella y agarró su mano para besarla con educación. Mi amada mujer lo miró sorprendida, pero sonrió con cortesía.

—Disculpe, señor. Yo no soy lady, soy solo una criada. No me llame así —aclaró ella con humildad.

—¿En serio? Pues parece usted toda una dama. Apuesto a que sería toda una sensación en las cortes. Pero no es de eso de lo que he venido a hablarle, señorita —explicó Blair. Yo miraba con interés, quería saber la verdad cuanto antes—. Es acerca de su origen.

—¿Mi origen? ¿Cómo? No lo entiendo... —Aurora me miró. Ahora venía la parte dura del asunto.

—Aurora, el conde Keitan me comentó que tenías un olor peculiar que llamaba la atención de su olfato. Sé que ya estás al tanto del origen de todos nosotros.

—Querida, él es Blair St. Clair, es una gárgola. Es hermano de Logan y

Davina —le dije yo.

—Ya veo —respondió ella desconfiada. No debí mencionar a esos dos.

—Te aseguro que él es diferente, puedes confiar totalmente en él, así como lo hago yo. —Aurora asintió y le hice una seña a Blair para que continuara.

—Bueno, Keitan estuvo averiguando algunas cosas sobre usted para llegar a la verdad. Porque ambos pensamos que usted puede ser una de los nuestros. No solo eso, sino alguien importante. —Ella nos miró sorprendida, estaba impactada con la noticia.

—No, pero es que yo soy solo una chica de pueblo... Yo no... no creo que sea una gárgola como vosotros —decía nerviosa—. Nunca me he transformado, ni nada.

—No podrías —expliqué yo—. Las gárgolas hembra se transforman al cumplir los cien años, justo la edad a la que suelen ser desposadas. Tú aún eres joven, aunque al haber nacido de una humana tu crecimiento en los primeros años ha sido acelerado. Si se confirma que eres una gárgola, calculo que en apenas unos años podrás transformarte.

—Pero yo no... ¡Es que es imposible!

—Aurora, el otro día expulsaste magia blanca de tu cuerpo —le dije yo con calma—, eso aumenta nuestras sospechas. Esto no es nada malo. Al contrario, descubrir tu origen será mejor para todos, en especial para ti.

—¿Por qué creéis que puedo ser una gárgola? —nos preguntó confundida.

—Keitan me contó que el nombre de su padre era Duncan —le dijo Blair.

—Sí, así es. Pero mi padre desapareció o está muerto. No se sabe.

—Hubo una vez una gárgola legendaria y poderosa, su nombre era Darach Duncan McLeon. Y él desapareció después de una batalla hace años, justo en esta zona, y tu edad coincide con la época aproximada de la desaparición del legendario McLeon. ¿Entiendes ahora nuestras sospechas, querida? —expliqué yo. Me acerqué para agarrarla de la mano y tranquilizarla. Aurora estaba asustada y confundida. Yo lo entendía; era demasiada información.

—Solo hay una forma de averiguarlo —le dijo Blair—. Necesito un poco de su sangre, señorita. La llevaré con las hechiceras de la corte del rey gárgola. Entonces podremos saber la verdad, pero quiero que sepa que las altas esferas están muy interesadas. No se hacen hechizos así con regularidad.

—¿Es seguro hacer eso? —me preguntó Aurora y yo asentí.

—No te preocupes, todo va a salir bien. Ni siquiera tiene que ser mucha sangre, basta con unas gotas.

—Entiendo. Lo haré, yo también necesito saber la verdad. —Aunque parecía temerosa, también estaba decidida—. Pero no quiero hacerlo sola.

—Yo me encargo —le dije, y miré a Blair—. Sacaré un poco de su sangre y te la daré luego.

—No te preocupes, Keitan. También tengo la orden del consejo de ir a investigar lo que pasó en el templo. Me reuniré con mi hermano Logan y averiguaré más. Debo partir ahora mismo. Volveré por la noche. Confío en que te encargarás de este asunto.

—Sí, descuida. Está en mis manos.

Nos despedimos de Blair. Me alegraba que estuviera aquí de parte del consejo para averiguar de una vez qué había sido todo eso de la liberación de los demonios y las gárgolas traidoras. Al fin estaba a solas con Aurora.

—¿De verdad es necesario sacarme sangre?

—Apenas unas gotas en un pañuelo, nada más. —Yo tenía un pañuelo blanco entre mi ropa, así que lo saqué.

—Quizá esto sirva —me dijo ella y de entre su ropa sacó un pequeño alfiler—. Siempre lo pongo aquí para ajustar el vestido. No está hecho a mi medida y no he tenido tiempo de coserlo.

—Entonces debería verte una modista. Mandaré que te hagan el vestido más bonito de todos.

—No necesito eso, solo quiero tu amor —me dijo ella con una sonrisa. Me acerqué a darle un beso para tranquilizarla. Quizá era mi impresión, pero su delicioso aroma era cada vez más exquisito y penetrante.

—No te dolerá, y luego te recompensaré —Ella asintió. Le cogí la mano y pinché despacio su dedo con el alfiler. La sangre cayó gota a gota sobre el pañuelo, apenas un poco—. Listo, es suficiente.

—¿Y ahora?

—A cerrar la herida —le contesté yo sonriente. Metí su dedo a mi boca y lo lamí despacio—. Listo, ya está.

—Ah, vaya, eso ha sido rápido.

—La verdad es que quisiera lamer otras cosas.

—¿Y por qué no lo haces? —me preguntó ella con voz tentadora. Sin perder el tiempo, la agarré de la cintura y la pegué contra mi cuerpo.

—Porque si te toco no voy a parar, y te haría mía ahora mismo. Quizá tengamos que hacer una escapada a la cueva antes de que sea demasiado

tarde.

—Keitan, yo contigo voy hasta el fin del mundo.

—Lo sé, querida. Y que no pueda hacerte el amor no significa que no pueda darte placer.

Paseé mis manos hacia su espalda para desatar el corsé de su vestido, el cual dejé caer poco a poco. Aún llevaba otras prendas, como enaguas y una camisa, y los quité con rapidez. Quería tenerla desnuda ante mis ojos. Yo tampoco me quedé quieto, desaté mi pantalón y lo hice caer al suelo. Mi miembro se asomó erecto. Ella me miró sonrojada, yo me acerqué más para tocarla.

Sus pezones se pusieron duros, quería probarlos. Arqueó su espalda, un ofrecimiento delicioso. Besé su cuello delicadamente, sentía su piel derritiéndose al roce de mis labios.

—Oh, Aurora, quiero tocar cada centímetro de tu cuerpo, conocerlo tanto que nunca pueda olvidarme de él.

—Tócame, Keitan. Prueba lo que quieras —me dijo ella con la voz ansiosa de deseo. Me incliné hacia uno de sus pezones y lo acaricié con la punta de mi lengua. Gruñí, era una delicia. Capturé su pezón entre mis dedos pulgar e índice, ¿cómo algo tan pequeño podía provocar una deliciosa oleada de sensaciones? Aurora gimió, la tenía justo donde la quería.

—No puedo soportarlo, necesito sentir cada parte de su cuerpo —le dije con voz ronca. Ella respiraba agitada.

—Yo también quiero sentirte, Keitan —me contestó. Pegué mi pelvis a la de ella, empujé mi erección lo más cerca que pude de su intimidad tan deseada. Aún no podía penetrarla. Mi boca se adueñó de uno de sus pechos por entero, lo succioné y lamí ansioso. Sentí que Aurora me arañaba la espalda. Cuando mordí despacio su pezón, emitió un profundo sonido de placer. Los gemidos se transformaron en un frenesí pasados unos segundos. La recosté despacio sobre la cómoda alfombra del suelo y le abrí las piernas. Mi lengua acarició esa pequeña parte de su cuerpo tan sensible. Probar su sabor de mujer otra vez me volvía loco. Aurora se contorneó y suplicó. Deslicé mi lengua a más profundidad; estaba mojada y lista para mí.

Esta mujer despertaba en mí un hambre sexual primitiva, quería follarla tan duro que sus gritos me dejaran sordo. Sentía necesidad y hambre de ella. Seguí lamiendo sin parar su rincón más íntimo, me embriagué de su sabor. Quería verla llegar a un orgasmo, quería que explotara con mi lengua dándole placer. Y de verdad no tenía ni idea de si podría controlarme si ella me pedía

que la poseyera. Tampoco estaba seguro de querer controlarme...

Capítulo 17

Aurora

Hasta que conocí a Keitan no me imaginaba que existía un mundo lleno de placer esperándome. O que lo descubriría al lado de un seductor conde que escondía muchos secretos. Entre ellos, el más peligroso de todos. Era una gárgola, y considerando lo que Blair había dicho, quizá yo también lo fuera. No sabía qué iba a ser de nosotros; lo único que tenía claro en ese momento era que mi cuerpo no podía resistir más.

Keitan me lamía con un hambre sexual primitiva. Y yo lo deseaba dentro de mí. Tal como esa vez en la cueva, él me hizo llegar al límite del placer. Sentí que algo en mi cuerpo estallaba de gozo, no pude evitar gemir fuerte. Respiraba agitada. Había sido muy intenso.

—Ven conmigo, Aurora —me dijo él con la voz ronca llena de deseo—. Me hundiré dentro de ti, y solo sentirás placer. Mucho placer. Y lo que yo sienta lo sentirás tú también. Las sensaciones se duplicarán.

—¿Cómo es posible? —pregunté yo aún agitada, y ahora bastante confundida.

—En nuestra cueva eso es posible. Cuando nuestros cuerpos se unan, nuestras almas se fundirán para siempre. Sentirás mi placer, y yo el tuyo. Seremos un solo corazón.

—Eso es... precioso. —Hasta el momento no había entendido lo que Keitan deseaba de mí. Los ojos se me humedecieron de la emoción, sentí hasta ternura y acaricié su bello rostro con suavidad. Unirnos para siempre. Eso era mucho más de lo que había imaginado.

—Y todo eso lo deseo contigo.

—Entonces, amado mío, no perdamos el tiempo. Yo estoy dispuesta, y tú me deseas. Hazme la mujer más dichosa del mundo.

—Serás tú quien me haga feliz eternamente. —A pesar del intenso y sensual momento que acabábamos de vivir, Keitan era el caballero más delicado y galante que había conocido. Acarició mis mejillas con suavidad y me ayudó a ponerme de pie.

—Es lo que más quiero —le dije emocionada—. Pero, Keitan, ¿podremos volar? Es de día...

—El día está nublado —contestó y yo miré por la ventana. Vaya, tenía razón, apenas me había percatado—. Lloverá, y estas gruesas nubes nos

cubrirán. Iremos por encima, nadie nos verá.

—Ya veo —sentía la emoción invadir todo mi cuerpo. El momento de ser su mujer había llegado por fin.

—Será mejor que te abrigues, amor. En el cielo yo no tengo frío, pero tú sí lo sentirás.

—Claro, lo haré ahora mismo.

Me vestí tan rápido como fue posible, tenía prisa y él también. Cogí un abrigo de piel que él mismo me tendió y ya estaba lista. Keitan abrió la enorme ventana de la biblioteca y se asomó por el balcón. Su cuerpo inició la transformación. A pesar de que ya la había visto, no dejaba de sorprenderme. Y pensar que la primera vez que lo vi tuve miedo. Él se giró y me hizo una seña para que me acercara. Caminé hacia él y una vez más me cargó entre sus brazos. Se elevó muy alto, tal como prometió. Yo me agarré con fuerza a su macizo cuerpo y cerré los ojos. Estaba un poco asustada por volar a esa altura.

El tiempo pasó rápido; cuando me di cuenta, ya estaba en la entrada de la cueva. Contuve la sorpresa al notar que ahí adentro todo estaba a oscuras, pero al pasar, las antorchas se encendieron y me pareció ver que las estatuas de las gárgolas brillaban. Yo pasé caminando hasta aquel enorme altar y me quité el abrigo. Sabía para qué estaba ahí y ya no tenía miedo. Dejé caer mi vestido al suelo. Ahora Keitan podía apreciar toda mi desnudez.

Cuando me giré, me di cuenta de que él aún estaba en forma de gárgola. Me hizo una seña para que me acostara en el altar y así lo hice. Lo miraba absorta mientras él caminaba hacia mí. Su mirada me petrificaba. Estaba respirando agitada de la emoción y del miedo.

—Oh, sagrados espíritus —empezó a decir con esa voz gruesa y gutural de gárgola—. He traído a la mujer que he escogido amar para siempre. Sé que es la hembra que me ha sido destinada, y con vuestra bendición, he venido a reclamarla. Será mía y yo seré suyo. Ante vosotros juro que digo la verdad y nada podrá separarnos —me emocioné al escuchar esas palabras. Ya no cabía en mí más felicidad.

El cuerpo de gárgola fue cambiando hasta ser el hombre maravilloso y sensual que amaba. Yo lo miraba sin parpadear. Él llegó hasta mi lado, se subió al altar y se acercó a mí. Me abrió las piernas despacio, tal como lo había hecho la otra vez. Palpó mi intimidad. Yo sonreí, pero aún no estaba tan lista para recibirlo. Él sonrió de esa forma sensual que me volvía loca y empezó otra vez con su deliciosa labor estimulante. Yo cerré los ojos

disfrutando ese momento. Tenía cierto temor por lo que estaba por venir, pero confiaba en él.

Me sentía más mojada, todo mi cuerpo ardía. No podía resistirlo más. El pene de Keitan se abrió camino entre mis piernas y contuve la respiración. Se deslizó lentamente en mi interior, llenándome. Algo lo detuvo, él sabía que era virgen y sintió una barrera, pero en ese punto estaba demasiado excitada para preocuparme por el dolor.

—Hazlo ya —le pedí. La sensación era tan intensa como mis palabras. Me sentía inundada por oleadas de deseo, necesidad y hambre de sexo. Era algo abrumador, jamás lo había sentido. Solo entonces recordé que él me mencionó que sentiría lo mismo que él cuando nuestros cuerpos se unieran. Sí, tenía que ser eso. Este deseo salvaje era de Keitan, y ahora era mío también.

Keitan superó mi barrera con un repentino empujón. Tan excitada estaba que ni me importó el dolor. Él estaba sobre mí y mi cuerpo reaccionó arañándole la espalda. Pero fui aún más lejos. Como si de pronto supiera que hacer y lo que deseaba gracias a esa unión mental, mis manos bajaron a sus nalgas y las apreté contra mí para atraerlo más, obligándole a penetrarme con mayor profundidad.

Empezó a entrar y salir de mí lentamente, un movimiento que me hizo gemir fuerte sin poder evitarlo. Y cada vez más, la sensación de sentirme llena me volvía loca. Keitan dijo que fuera hacía frío, pero ya el sudor impregnaba nuestros cuerpos. Lo escuché murmurar palabras sensuales en mi oído. Yo apenas podía oír, estaba abandonada a la turbulencia de esta hambre sexual que me transportaba a otro mundo.

—¿Te gusta, mi hermosa mujer?

—Sí... —dije entre jadeos. Arquee mi espalda, invitándolo a probar mis pechos. Mientras se hundía en mí, sentía sus exquisitos y ardientes labios degustando uno de mis pezones, rodeándolo con su caliente lengua. Lo mordió despacio y yo grité extasiada. Abandonó mis pechos un momento, su voraz lengua subió por mi cuello hasta llegar a mi oído. Mordió el lóbulo de mi oreja. Cada vez me sentía más excitada.

—Eres mía —susurró a mi oído.

—Sí... —dije despacio. No podía decir más, apenas podía respirar.

—Dilo, quiero escucharlo.

—Soy tuya, Keitan. Tuya... Oh... —grité. No podía soportar más el placer, las sensaciones eran abrumadoras.

—Quiero que lo sientas en cada fibra de tu cuerpo —me decía con esa voz ronca, salvaje y muy masculina que me hacía temblar.

—¡Oh, sí! ¡Keitan, sí! —grité extasiada mientras él se seguía hundiendo sin piedad dentro de mí, cada vez más duro. Oh, Dios... Casi... casi... Sentía que estaba a punto de llegar a la gloria—. ¡Si! —grité y me abracé a él con fuerza para sentir mejor ese increíble momento en el que parecía que el mundo se había detenido. Contuve la respiración. Mi cuerpo se sacudía un espasmo tras otro. Me sentía desbordada por el placer. También sentí que Keitan explotaba y dejaba su semilla caliente dentro de mí.

Poco a poco empecé a relajarme y a recobrar la respiración. Lo habíamos hecho al fin, nos habíamos unido para siempre y ahora yo era su hembra.

Capítulo 18

Davina

Sentía terribles deseos de destrozar cualquier cosa que se cruzara en mi camino. Y lo hice. Intenté controlarme todo el día, pero finalmente fue imposible. No quedó nada en pie en mi habitación, lo tiré todo al suelo, destrocé todo lo que se me cruzó por delante. No podía controlarme, la rabia me dominaba y solo pensaba en destruir.

La odiaba. Odiaba con todas mis fuerzas a esa maldita mosquita muerta de Aurora Williams. Esa zorrita llegó de la nada y además se llevó a mi prometido con ella. Se hacía la santa, la muy ridícula, pero no había tardado en seducirlo y meterse en su cama.

Lo supe en cuanto me reencontré con Keitan. Todo él estaba lleno del olor de esa maldita sirvienta. Y ahora resultaba que no era solo una sirvienta, era un ser sobrenatural. No tenía ni idea de cuál era su naturaleza, pero podía afirmar sin miedo que no era humana. Ese olor especial solo lo tenía una hembra de gárgola, y además había estado a punto de matarme con magia el otro día. Fue solo una especie de mecanismo de defensa, y aun así fue más fuerte que yo. No lo entendía, ¿cómo podía una campesina corriente vencer a una señora de alta cuna como yo?

De lo único de lo que estaba segura era que no podía permitir que esa Aurora me quitara a Keitan. Él era mío y de nadie más, no lo dejaría marchar. Era mi prometido, había esperado años para tenerlo y no pensaba perderlo ahora. No cuando faltaban pocos meses para el ritual en la cueva donde debíamos emparejarnos. Al fin había llegado mi momento de convertirme en una mujer gárgola hecha y derecha. Él tenía que ser mío y no iba a dejar que nada ni nadie me lo quitase.

Desde que vi a Keitan me convencí de que nada nos separaría nunca. Lo conocí incluso cuando Selene aún estaba viva. La odiaba también, esa mujer gárgola era una insípida que seguro no podía complacer a un macho como él. La veía tan delgada, inocente y risueña que me daba nauseas. Lo peor era que Keitan la amaba así; solo tenía ojos para ella. Eran una familia feliz, los McCord. Keitan, Selene, la pequeña Siena y un niño en camino. No debía decirlo jamás, pero me alegré al saber que Selene había muerto. Esa idiota no merecía a mi Keitan, así que fui feliz de saber que tendría la oportunidad de tenerlo para mí.

Intenté seducirlo, pero él estaba muy triste por la pérdida de su esposa. Yo lo quería a cualquier precio, así que cambié la estrategia. En aquel entonces, Siena era solo una niña inocente que había perdido a su madre, mientras que yo ya sabía lo que quería, por eso empecé a frecuentar el castillo para hacerme amiga de ella, cuidarla como una hermana y darle mi protección. Así empecé a llamar la atención de Keitan, gracias a que utilicé a su hija. Por supuesto que eso no iba a bastar; tenía que asegurar un compromiso con él.

Moví mis garras y conseguí apoyo en el consejo. No había nada que una mujer hermosa como yo no pudiera conseguir, y los hombres son muy fáciles de manipular. Ni hablar de los hombres gárgola. Las gárgolas del consejo no son precisamente ancianos detestables, son hombres sensuales que a cualquier mujer le gustaría tener entre las piernas. Disfruté mucho de intimar con un par de ellos para asegurarme de que obligaran a Keitan a comprometerse conmigo, y así fue. Era capaz de cualquier cosa por él.

Sabía que el consejo no rompería el compromiso, de eso ya me ha asegurado, pero no podía evitar sentirme furiosa de saber que, mientras yo hacía lo posible por retenerlo a mi lado, él retozaba en la cama con otra mujer que no era yo. Que Keitan McCord, la gárgola de mis sueños, prefería a una humilde sirvienta. No a mí, yo que soy educada, que soy de alta estirpe. De pronto no soy digna de sus atenciones. Durante todos estos años de compromiso jamás quiso tocarme; decía que era para respetar el ritual, pero yo no le creía.

Él no me amaba, no le gustaba para nada. No sentía nada por mí, y eso me desesperaba. ¿Acaso no era la mujer gárgola más hermosa de todas? ¿No era lo que todo hombre desearía? ¿Por qué no me deseaba? Odiaba que se comportara así conmigo, y aun así lo perdonaba. Pronto lo tendría en mis garras, sería solo mío y no me importaba si me amaba o no. Esa zorra de Aurora no volvería a tocarlo. Antes la mataría.

El odio me carcomió un buen rato, pero finalmente caí rendida al suelo de mi habitación, rodeada de las cosas que había destrozado. No quería moverme, me sentía casada. Fue entonces cuando la puerta de mi habitación se abrió y vi entrar a Logan. No me gustaba que me viera así, pero ya era muy tarde.

—Demonios, Davina, ¿qué demonios te pasa? —me preguntó sorprendido mientras pasaba. Cerró la puerta tras él y yo me puse de pie.

—Cállate y no molestes.

—¿Es culpa de Keitan?

—Keitan no. La idiota esa, la mujerzuela de Aurora.

—Oh... Hablas de ese pedazo de mujer tan exquisito —dijo sonriendo de lado. En ese momento sentí asco. Ese tipo era un idiota—. Es lógico que enloquezca por ella, si hasta yo me pongo duro de solo pensar en follármela.

—Cierra la boca, ¿es necesario ser tan desagradable?

—El hecho, querida Davina, es que Aurora tiene algo. Estoy casi seguro de que es una hembra gárgola como tú. No, miento. No como tú. Mucho mejor que tú.

—¡Eres un idiota! —grité furiosa, pero él solo se rio, burlándose de mí—. ¿Cómo te atreves a decir algo así?

—Solo te digo la verdad. Ella tiene algo, no sé qué es, pero ahí está. Es lógico que Keitan la desee. Y, entre nosotros —dijo, acercándose más a mí—, tú no eres precisamente la mujer honorable que presumes de ser.

—Logan, prometiste mantener la boca cerrada —le dije nerviosa.

—Y lo haré, pero en los últimos años no te has portado bien conmigo. Las cosas tienen que ser justas para los dos, querida hermanita.

—Lo sé, pero tú tampoco tienes derecho a amenazarme, Logan. Sé cosas de ti que harían temblar a todo el consejo

—Nos conviene quedarnos callados a los dos —me dijo con molestia

—Tú has venido aquí a provocarme con tus tonterías —le contesté yo. Por alguna razón, estaba convencida de que él envidiaba a Keitan. Primero deseaba a su mujer, Selene. Sabía que incluso había intentado seducirla, pero ella jamás cedió. Y ahora que había llegado esa Aurora, también la deseaba a ella. Lo envidiaba tanto que quería todo lo que él tenía. Y si él no podía tenerlo, Keitan tampoco.

—Davina, hablemos con seriedad. Como familia, no podemos permitir que ese compromiso se rompa.

—Él no va a romper nada —le dije con seguridad—. Keitan es mío.

—Eso no es cierto y lo sabes. Keitan hace lo que quiere, y estoy casi seguro de que ahora mismo está con Aurora. Pero vamos, una cosa es que se la folle, otra que de verdad consiga comprometerse con ella, ¿lo captas? El compromiso es una cuestión de honor.

—El consejo no lo permitirá —agregué yo.

—Ojalá. Tienes que asegurarte de eso. ¿Sabes que Blair está aquí? Él influye mucho en el consejo y es buen amigo de Keitan.

—Es nuestro hermano, es obvio que no querrá que me deshonren.

—No lo dudo, pero aun así la palabra de Blair no será suficiente para mantener ese compromiso.

—Logan, aquí la única solución es la muerte. Si queremos seguir con ese compromiso, tenemos que deshacernos de Aurora. Tienes que matarla —ordené, pero él solo soltó una risa.

—Estás loca, jamás la mataría. Hay otra forma de separar a esos dos, y ambos saldríamos ganando.

—¿Ah, sí? Pues cuenta, quiero escucharlo.

—Keitan no estará tan feliz cuando vea a su mujer en brazos de otro. Conmigo, específicamente —me dijo con una sonrisa malvada.

—Esa idiota no aceptará estar contigo.

—¿Quién ha dicho que tiene que aceptar? Basta con que Keitan nos vea en una situación comprometedora, eso será suficiente. Ya me encargaré de lo demás, porque si eso resulta poco, la secuestraré.

—Así que ese es tu plan —dije descontenta.

—Aurora Williams tiene que ser mía. La quitaré del medio y tú tendrás el camino libre con Keitan. Encárgate de él, haz algo que le impida romper el compromiso.

—Solo hay una forma —contesté.

—¿Cómo?

—Un embarazo. Tengo que acostarme con Keitan como sea y quedarme embarazada. Así jamás me dejará. Incluso es posible que el matrimonio se adelante —dije con decisión. Sí, eso era lo que tenía que hacer.

—Bien dicho, hermanita. Tú fóllate a Keitan. Eres buena seduciendo gárgolas. Yo me llevaré a Aurora conmigo. Cuando acabe con ella, estará tan marcada con mi olor que Keitan no querrá tocarla jamás.

—Sí, como quieras —le dije.

Lo que él quisiera hacer era su problema. Ahora tenía mis propios planes. Solo tenía que conseguir que Keitan me dejara embarazada.

Capítulo 19

Keitan

El amanecer de aquel día nos encontró juntos y desnudos. Seguíamos en la cueva donde al fin nuestros cuerpos y almas se habían unido para siempre. Aurora dormía a mi lado, hermosa e imperturbable. La única razón por la que desperté fue porque sentí los rayos del sol cayendo en mi rostro. Me hubiera encantado quedarme aquí todo el día con ella, pero no podía desatender mis deberes.

—Aurora, despierta, mi hermosa mujer —le dije al oído. Ella se removió despacio, no tenía intención de levantarse. Y lo entendía. La pasada noche habíamos tenido mucha acción, debía de estar exhausta. Si yo fuera un hombre normal también lo estaría, pero por suerte para mí, este cuerpo de gárgola tiene mucha resistencia—. Querida, es hora de irnos —susurré de nuevo, pero no funcionaba. Se me ocurrió que quizá había una manera más deliciosa y placentera de empezar el día.

Aparté despacio la manta de piel que nos cubría en el altar, me lamí los labios al contemplar su bello cuerpo desnudo. Paseé mis dedos despacio por la piel de su brazo, bajé poco a poco paseando por su cintura y luego por las piernas. Aurora se movió un poco, algo me decía que ya estaba despierta, pero solo estaba a la espera de que yo le diera placer. Y por supuesto que complacería a mi mujer.

Como para demostrar mi teoría, Aurora se giró despacio y haciéndose la dormida, pero se acomodó para que pudiera darle placer. Volví a lamerme los labios con hambre de sexo cuando la vi abrir las piernas despacio. Lo hacía a propósito, quería matarme de ansias y lo estaba consiguiendo. Cuando al fin vi esa entrada a la gloria disponible y ansiosa de mí, avancé hasta lamerla con mi lengua. La escuché suspirar despacio, pero lo que de verdad quería era que gritara de placer. No me detuve, lamí ansioso hasta escuchar sus gemidos.

Aurora ya estaba completamente despierta, jadeando y gimiendo extasiada. Me encantó empezar el día dándole un succulento orgasmo.

—Buenos días, Keitan —me dijo con una sonrisa.

—Te estabas haciendo la dormida —contesté yo mientras avanzaba despacio hacia ella. Mis labios besaron su vientre y subieron hasta atrapar en mi boca uno de sus pezones.

—Pues se me ha ocurrido que es una excelente idea hacerme la dormida

todas las mañanas para que me despiertes así. —No contesté, estaba bastante entretenido lamiendo su pezón, pero esto aún no había terminado. Me sentía duro, y la única forma de calmar eso era hundiéndome en ella.

Abrí sus piernas un poco más, su intimidad exquisita estaba húmeda y yo más excitado. Ya no tenía ese pequeño temor de anoche de hacerle daño porque era virgen; ahora podía demostrarle lo mucho que la deseaba sin detenerme. La penetré duro y sonreí al escuchar su grito de sorpresa y placer. Empecé a moverme a un ritmo fuerte y sensual. Ella temblaba bajo mi cuerpo mientras yo la follaba sin detenerme, el deseo que sentía por Aurora era tan intenso que no podía controlarme.

—Oh sí, Keitan. Más por favor, más rápido... Sí... —me pedía ansiosa Aurora, y yo la complacía tal como ella pedía. Pero se me ocurrió algo mejor: quería que ella aprendiera algo más. Me separé un poco de ella, que me miró sorprendida sin saber qué pasaba.

—Quiero que me montes, Aurora —le pedí con la voz cargada de deseo—. Ven, preciosa. Móntate sobre mí, quiero que me cabalgues como si fuera un potro salvaje. Quiero ver tu cuerpo sobre el mío retorciéndose de placer, quiero ver tus senos saltar de un lado a otro.

—Keitan, pero yo... No sé cómo —me dijo algo avergonzada. Sonreí, a pesar de las delicias que habíamos probado, ella mantenía la inocencia que me había enamorado.

—Ven —le dije. Me acosté en el altar, mi enorme pene estaba erecto aún—. Sube, hazlo despacio si quieres.

—Claro... —Con timidez, Aurora avanzó. Cogió la base de mi miembro para acomodarlo en su interior. Yo me mordí el labio de las ansias cuando la punta rozó su entrada. No sé si lo hacía para torturarme de placer, pero todo mi cuerpo se estremecía cuando ella metía mi pene en su intimidad mojada y caliente. Iba entrando despacio, como una deliciosa tortura. Ella se dio cuenta y sonrió, siguió haciéndolo así hasta que al fin estuve totalmente en su interior—. ¿Y ahora?

—Muévete, amor. De arriba a abajo, tú puedes —pedí lleno de ansias. Aurora asintió y empezó primero muy despacio. Yo llevé las manos a sus pechos y los apreté, ella gritó y se movió más rápido. Bajé las manos a sus caderas y gemí fuerte. Aurora aprendía rápido, y eso debía ser gracias a nuestra unión mística en la cueva. Nuestras mentes de alguna forma se conectaban durante el sexo, y ella sabía cómo me gustaba. Rápido, a un ritmo frenético y sensual, Aurora me montaba como una amazona salvaje. Yo me

sentía en la gloria, pronto me correría en su interior, era lo que quería. Quería conservar estos momentos por toda la eternidad, así podría vivir siempre sintiéndola y ambos sentiríamos este placer a cada momento.

Terminamos en un grito lleno de amor y placer, nuestra respiración agitada se fue calmando poco a poco hasta volver a la normalidad. Por más que quisiéramos repetir el plato, era momento de volver al castillo McCord. Yo aún tenía varios problemas a los que enfrentarme, entre ellos el de las gárgolas traidoras. Blair fue al templo para recabar información, quizá tendría nuevas pistas que compartir conmigo y yo necesitaba saber lo que estaba pasando.

Aurora se puso el vestido de nuevo. Yo no llevaba ropa, ya que había llegado en forma de gárgola. Una vez más tendría que volar por lo alto para evitar ser descubierto. Inicié mi transformación. Aurora ya no me tenía miedo y me miraba como si fuera lo más normal del mundo. La levanté en mis brazos y emprendí el vuelo de retorno al castillo.

No tardamos mucho en llegar, y aunque tenía que volver al deber, no podía negar que deseaba volver a esa cueva donde ambos vivimos tantos placeres. Ahora las cosas cambiarían, y quizá era mejor que Aurora viniera conmigo, que estuviera en mi habitación de ahora en adelante. Solo así ambos podríamos amarnos sin temor. Nadie entraría a mi lado del castillo para interrumpir el disfrute de nuestros cuerpos

Aterricé en uno de los patios de mi castillo, dejé a Aurora en el suelo y luego volví a mi forma humana. Tuve bastante suerte, justo a tiempo en realidad. Cuando era solo un humano desnudo, uno de mis siervos entró al patio y ahogó un grito por la sorpresa. Yo no me avergoncé, pero Aurora parecía abochornada. Debía sentirse rara de que la encontraran con el conde desnudo en medio del patio.

—Muchacho, ve a traerme una capa —ordené. El siervo asintió y salió corriendo, disparado por la sorpresa de ver a su señor en una situación tan comprometedor. Cuando se fue, Aurora empezó a reír de los nervios y yo la imité. El siervo volvió con lo que le pedí, así que acomodé la capa alrededor de mi cuerpo para cubrir mi desnudez. No es que me avergonzara, pero no podía andar así por el castillo.

—¿Necesita algo más, mi señor? —preguntó él.

—¿Lady Siena ha despertado?

—Sí, mi señor. Está atendiendo a las visitas.

—Ya veo —dije pensativo. Debía de estar con Blair—. Infórmale de que

me presentaré en unos minutos en el salón.

—Como usted diga. —El hombre hizo una reverencia y se retiró. Aurora y yo estábamos solos una vez más.

—Ven conmigo, Aurora. Iré a vestirme y quiero que te pongas un vestido bello. Ya no eres una simple criada, eres mi mujer y quiero que todos lo sepan.

—Keitan, pero tú no tienes vestidos en tu habitación —me dijo con una risita nerviosa. Sus mejillas habían enrojecido al escuchar mis fervientes palabras.

—Los tengo, sí. Los que dejó mi amada esposa Selene. Son preciosos, dignos de la mujer de mi vida.

—¿Estás seguro de que quieres darme uno de ellos? Ella fue tu esposa y yo...

—Y tú pronto ocuparás su lugar —le dije. Me acerqué despacio a ella, le agarré la barbilla y la miré a los ojos—. Nunca olvidaré a Selene, ella fue mi primera mujer, el gran amor de mi vida. Me duele, pero ella ya no está más entre nosotros y no volverá nunca. Tú estás aquí, eso es lo que importa. Ella es el pasado; tú, mi presente y futuro. Selene me amaba, ella quería que yo fuera feliz. Estoy seguro de que, donde quiera que esté, está feliz de saber que he encontrado el amor y una nueva esperanza a tu lado. No quiero que la reemplaces, tú eres única y te amo por eso.

—Oh, amado mío... —me dijo conmovida—. ¡Te amo tanto y me haces tan feliz! —Nos besamos apasionadamente. Era lo que necesitaba para sellar mis promesas de amor a ella.

Nos dirigimos hacia el ala del castillo que me pertenecía. Busqué ropa para mí y ordené a una criada que le diera ropa digna a mi amada Aurora. Ahora los dos bajaríamos juntos, como señor y señora, para hablar con Blair sobre sus hallazgos en el templo. No tenía intención de hablar con Logan sobre el compromiso con Davina; era mejor hablar con Blair, ya que era una persona honorable y racional que entendería mi postura. También tenía que hablar con mi hija y explicarle que había decidido rehacer mi vida con Aurora, que era la mujer que amaba y con la que de verdad iba a casarme. Sabía que al principio será difícil para ella, pero era mi hija y tenía que obedecerme.

Todo estaba saliendo bien. Bajamos juntos y sonrientes, todo era perfecto. Pero cuando llegamos al salón, nuestras sonrisas se borraron. Blair y Siena no estaban solos. Davina y Logan los acompañaban. Se pusieron de pie de

inmediato, sus gestos de sorpresa eran perturbadores. No solo eso, me pareció ver odio en sus miradas. Esto se iba a poner feo...

Capítulo 20

Aurora

Me quedé paralizada cuando llegamos al salón. Se suponía que solo estaban lady Siena y Blair, no esos dos. Apreté con fuerza la mano de Keitan. Sentía que me temblaban las piernas. En ese momento lo único que quería era huir de allí. Estaba segura de que esta situación no terminaría nada bien.

—Padre, ¿qué significa esto? —preguntó lady Siena. No solo parecía furiosa, la conocía bien y estaba segura de que iba a tener un ataque de histeria.

—Eso mismo quisiera saber —dijo ahora Logan—. ¿Qué haces con esta mujer que no es tu prometida?

—¡Qué hace esta ordinaria con el vestido de mi madre! —gritó lady Siena. En ese momento retrocedí asustada, sin querer solté la mano de Keitan. La chica avanzó furiosa hacia mí, quería atacarme.

—Siena, no te atrevas —le dijo Keitan con firmeza, era una advertencia. Pero a Siena no le importó, ni siquiera lo escuchó. Fue más rápida de lo que imaginaba, se lanzó sobre mí y por poco me da una bofetada si no fuera porque el conde la detuvo.

—¡Maldita oportunista! ¡Zorra asquerosa! ¡Cómo te atreves a usar la ropa de una dama! —me gritó histérica mientras intentaba golpearme. Yo me aparté asustada, estaba muerta de vergüenza y quería llorar.

—¡Cierra la boca y contrólate! ¡No te permito que le hables de esta manera! —rugió Keitan molesto. Solo entonces Siena se calmó un poco, pero aún parecía dispuesta a golpearme en cualquier momento.

—¿Alguien puede explicarme qué significa esto? —La voz de reclamo fue ahora de Blair St. Clair. Lo había conocido radiante y educado el otro día, ahora tenía miedo de él también—. Keitan, ¿acaso son ciertas nuestras sospechas?

—No voy a negarlo —dijo él con total sinceridad—. Amo a Aurora. —Apenas dijo eso, Siena y Davina ahogaron un grito. La prometida de Keitan me miró furiosa. Sabía que esa loca era capaz de matarme, ya lo había intentado antes—. Intenté evitar faltar a mi honor y a mi palabra, pero fue imposible. Sé que tengo un compromiso con tu hermana, Blair. Lamento tener que decírtelo de esta manera, pero eso ya no puede seguir adelante. Me encargaré de buscarle un prometido a Davina a su altura, pero yo no puedo

casarme con ella. La mujer con la que uniré mi vida será Aurora.

—¡No! —gritó de pronto Davina entre lágrimas. Algo me decía que eran falsas—. ¡No puedes hacerme esto, Keitan! Hemos estado comprometidos durante años, he sido una mujer honorable para ti, ¡no puedes abandonarme ahora!

—¡Deshonor! —gritó Logan. Se acercó amenazante a Keitan, esto parecía el inicio de una pelea—. ¿Cómo eres capaz de hacerle esto a nuestra familia? ¿Cambiar un compromiso pactado hace mucho ante el consejo? No vamos a permitir que dejes a nuestra hermana en la deshonra.

—Jamás he tocado a tu hermana, se ha mantenido pura siempre. Si el deshonor tiene que caer sobre mí por romper mi palabra, que así sea —dijo Keitan sin inmutarse—. Soy capaz de pasar por todo eso con tal de quedarme con Aurora.

—¡Eres un monstruo! ¿Cómo te atreves a hacer algo como esto? —le reclamó Siena entre lágrimas, gritaba histérica y lloraba—. Me abandonaste durante años después de la muerte de mamá, me dejaste cerca a Davina para que me hiciera a la idea de que ella sería mi madrastra, ¿y qué haces ahora? ¡Cambiarla por una mujerzuela! ¡A una mujercita patética a la que odio! ¿Cómo puedes ser tan egoísta? Nunca has pensado en mí, solo te importa tu placer y hacer lo que te da la gana. ¡Te odio!

—Siena, no te permito que...

—¡No me vas a prohibir cosas, padre! —Siena lo enfrentó muy furiosa, incluso se puso delante de él y lo miró como si lo amenazara con la mirada—. Nunca te he importado, me tratas como si fuera un estorbo para ti y ahora me pides que acepte a esta mujer en el lugar de mi madre, ¡pues no lo haré nunca!

—¿De dónde sacas esas tonterías? Claro que me importas, eres mi hija. Esto no tiene nada que ver contigo, no te lo tomes así. Has dedicado mucho tiempo a maltratar a Aurora, pero ella no se vengará de ti porque eres mi hija. Vosotras dos podríais ser amigas, podríais...

—¡Antes muerta que aceptar a esta mujer! —le gritó. Yo en ese momento tuve miedo. Siena era hija de mi amado, y una hija es más importante que cualquier otra cosa—. Si tú te casas con ella, yo me mataré.

—No digas esas cosas. —Si hasta hace un momento Keitan parecía firme y dispuesto a todo por enfrentarse a su hija y a los demás, flaqueó al escuchar esas palabras.

—¡Prefiero morir antes que aceptarla en el lugar de mi madre! —Siena se

llevó las manos al rostro y lloró, Keitan intentó acercarse, pero ella no lo dejó. Fue Blair el que se aproximó a abrazar a su prometida y apartarla de ahí. Keitan la miraba preocupado, dolido también. Las palabras de su hija le habían afectado mucho. Yo estaba tan nerviosa y paralizada que apenas podía reaccionar, no había dicho ni una palabra. Sentí que las lágrimas quemaban mis mejillas, no podía creer lo que estaba pasando. Sabía que para lady Siena sería difícil aceptarme, pero no imaginé que sería capaz de amenazar con quitarse la vida, eso era demasiado. Lo peor era que sí la creía capaz.

—¿Es esto lo que quieres? ¿Matar a tu hija? —le dijo ahora lady Davina—. Yo iba a ser una madre para ella, pero quieres arruinarlo todo. Entiendo que quieras divertirte con otra mujer, eso es hasta normal. Pero, ¿romper el compromiso? No, jamás. Eso nunca podré aceptarlo.

—No vas a romper el compromiso —agregó Logan—. Puedes ir olvidándote de esa absurda idea.

—No puedo unirme a tu hermana —contestó Keitan—. Ya es muy tarde para eso.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Logan. Él me miró con gesto sombrío, sabía que estaba ardiendo en celos.

—Nos hemos unido en la cueva con la bendición de los ancestros. Y ya nada ni nadie nos puede separar.

—¡No! —gritó histérica Davina—. ¡Eso no puede ser verdad! ¡No es cierto!

—Pero lo es —contestó Keitan—. Lamento hacerte esto, Davina, pero no podemos estar juntos.

—¡Te odio, Aurora Williams! —La mujer avanzó hacia mí, quizá dispuesta a golpearme como el otro día, pero se detuvo cuando Keitan se interpuso entre ella y yo—. ¡Vas a pagar muy caro esto!

—Basta ya, silencio todos —dijo Blair. Aún sostenía a Siena. Ella ya no lloraba como antes, pero seguía muy mortificada—. Keitan, estoy muy decepcionado —le dijo—. Creí que eras una gárgola respetuosa del honor y las tradiciones, pero veo que no es así, que has deshonorado el compromiso con mi hermana, y se supone que nuestras familias son aliadas desde hace siglos.

—Lo lamento mucho, Blair —le respondió Keitan. Ambas gárgolas parecían dolidas. Uno por la decepción, otro por ser el causante de eso. Y yo aún peor, porque estaba en medio de tantos problemas solo por haberme enamorado—. Espero un día sepas comprenderme. A veces pasan cosas que

no pueden evitarse, va más allá de nuestros deseos. Es una llamada tan profunda que no la podemos callar. Nosotros somos criaturas de instintos, todo mi ser gritaba que reclamara a Aurora, aun a pesar del honor y lo que sabía iba a costarme.

—Sí, ya veo que esta mujer es muy importante para ti. Y lo más extraño, o quizá un punto a tu favor, es que los ancestros aprobaron vuestra unión en la cueva. Si ellos no quisieran que eso pasara, jamás se hubiera consumado el acto.

—Espera, no puedes estar justificando esto —le interrumpió Logan, molesto—. Vamos, Blair, se trata de nuestra hermana. Y este infeliz pretende dejarla por un calentón. Eres cercano al consejo, no puedes permitir esto ni como hermano ni como parte de las gárgolas dirigentes de nuestra sociedad.

—No vas a decirme qué hacer, Logan. Hace mucho que dejé de escucharte —contestó Blair con firmeza—. Claro que no voy a permitir que deshonren a mi hermana, pero no soy yo quien va a exigirle a Keitan que se case con ella. Esto debe ser evaluado por el consejo, es poco lo que yo puedo hacer. Fueron ellos quienes aprobaron el compromiso; ahora son ellos quienes deben decidir qué pasará.

—Siento mucho ponerlos a todos en esta situación —dijo Keitan—, sobre todo a Aurora, que nada tiene que ver con los problemas de nuestra raza, mucho menos con nuestros lazos familiares. Ella es inocente. Si hay que culpar a alguien, ese será yo.

—No es verdad —dije yo. No había abierto la boca en toda la discusión, pero ya era momento de que hablara—. Soy responsable también, sabía en lo que me estaba metiendo y aun así lo hice. Lo lamento, no quería causarle dolor a nadie. En especial a ti, lady Siena —le dije arrepentida, pero esta no contestó, solo me miró con rabia—. Lo digo en serio, lo que menos deseo es causar sufrimiento o muerte. Amo a su padre con todo mi corazón, quisiera estar a su lado y demostrarle mi amor para siempre. Yo también puedo ser una buena madre para ti, o una amiga si me dejaras.

—Eso jamás —escupió Siena—. Ya has escuchado lo que he dicho. Primero muerta.

—Lo sé, ya lo he entendido —dije con tristeza mientras me secaba las lágrimas. Había tomado una decisión que me dolía en el alma, pero de momento eso era lo mejor—. Siendo así, me alejaré de tu padre, milady.

—¿Qué? —dijo Keitan sorprendido. Eso no lo esperaba—. No, amor mío... No, por favor, no digas esas tonterías. Esto se va a solucionar, es

cuestión de tiempo. —Tomó mi mano y la besó. Yo sentí deseos de arrojarme a sus brazos y besarlo. Odiaba tener que decir lo que iba a decir. Aparté la mano de él y retrocedí.

—Lo siento mucho, pero no puedo hacer esto. No mientras tu hija no me acepte. No quiero ser culpable del sufrimiento de tu única hija, ella merece comprensión y amor. No seré culpable de su muerte. Volveré a ti cuando ella abra su corazón y decida aceptarme en su familia.

—Nunca —me dijo Siena—. Así que será mejor que recojas tus miserias y te largues de aquí. Nunca voy a aceptarte.

—Lo siento, Keitan. Lo siento mucho... —La voz se me quebró. No quería alejarme de él, pero tampoco podía dejar que lady Siena hiciera alguna estupidez para vengarse por nuestra unión.

—Espera... —No lo dejé continuar. Retrocedí y salí corriendo del salón con lágrimas en los ojos. Lloraba desesperada porque sabía que quizá las cosas nunca se iban a solucionar

Antes de irme, me pareció ver la sonrisa de triunfo de Lady Davina. Ella debía estar feliz de ver que había ganado, que quizá se quedara con mi amado, tal como deseaba. A mí solo me quedaba esperar a que Siena recapacitara, y quizá eso no sucedería jamás.

Capítulo 21

Keitan

Pasaron unos días desde que Aurora decidió alejarse de mí y yo me sentía mortificado. Culpable también, porque de pronto sentía que había sido un pésimo padre para Siena. Ella tenía razón al reclamarme. Yo nunca quise explicarle por qué la dejé en Abercrombie y no la llevé conmigo. Todos estos años, lo único que quise fue protegerla de mis enemigos, pero solo logré alejarla de mí. Era mi maldita culpa que Davina le hubiera envenenado el corazón, mi pequeña hija no era así. Ella era una muchacha dulce y comprensiva, quedarse sin madre le afectó mucho y debí estar a su lado para guiarla. Todo esto era culpa mía.

Estaba seguro de que Siena decía la verdad al declarar que prefería morir antes de verme con Aurora. Ella nunca superó del todo la muerte de su madre y aprendió a aceptar a Davina poco a poco. Estaba tan ilusionado con la idea de estar junto a mi amada Aurora que no me puse a pensar en las consecuencias de mis actos. Si mi hija antes tenía cierto cariño por mí, ahora me odiaba. Me dolía en el alma eso, la única hija de mi adorada Selene no quería saber nada de su padre. Me odiaba y me lo merecía.

No solo sufría por el desprecio de Siena, también me dolía en el alma la separación de Aurora. Era una mujer demasiado buena, una joya de persona. Siena la maltrató desde que puso un pie en mi castillo, y en lugar de enfadarse con ella, se sacrificaba para no hacer sufrir a mi hija. Sabía que lo que hacía era lo correcto, no podía casarme con Aurora mientras tuviera este problema con Siena, ni mencionar que aún sigo comprometido con Davina. Sí, estaría bien separarnos un tiempo mientras las cosas mejoraran, pero aun así dolía.

La deseaba a mi lado todo el tiempo, no hacía otra cosa que soñar con tenerla en mis brazos. Echaba de menos sus labios, su exquisito olor, el calor de su cuerpo, el sabor de su piel. Necesitaba hacerle el amor, la deseaba tanto que dolía. La amaba, y no sabía cuánto tiempo iba a seguir soportando su ausencia. Ella había decidido apartarse de mí para evitar inconvenientes. Se había quedado en su habitación, pero yo había ordenado igualmente que les dieran una estancia más amplia a ella y a su madre. Quizá no pudiéramos estar juntos aún, pero quería que estuviera cómoda.

Decidí intentar hablar con mi hija otra vez, ella tampoco había querido

recibirme. Había pasado unos días horribles y solitarios desde aquel maldito incidente. Davina y Logan se habían marchado indignados, clamando a los cuatro vientos que no permitirían que acabara con el compromiso. Blair no pudo quedarse más tiempo, él tenía que informar sobre sus hallazgos en el templo y pedir refuerzos para que más gárgolas nos ayudaran a cazar a los demonios. Se suponía que ese era mi deber, pero no tenía ánimos de nada. Al menos trataría de reconciliarme con mi hija.

Llamé a la puerta varias veces y finalmente ella me recibió. Al principio no sabía bien qué decirle, así que empecé por explicarle acerca de mi relación con Aurora. Ella no me miraba mientras hablaba, pero le dejé claro que Aurora no era ninguna intrusa, que ella no había intentado seducirme ni nada. Fui yo quien se acercó, ella me enamoró sin querer. Y como era importante, también le conté la razón por la que creíamos que ella y Davina la detestaban.

—Ya sabes, las hembras gárgolas son territoriales. Lo mismo te pasó con Davina al principio, no la querías cerca de mí, ¿acaso no lo recuerdas? —le expliqué y ella asintió de mala gana—. Debe ser lo mismo, Siena. Has percibido en ella una rival de raza y por eso la rechazas.

—¿Cómo puede esa criada ser una de nosotras? —me preguntó mostrando su evidente desprecio a mi amada.

—No lo sabemos aún, pero te aconsejo que te moderes. Si las sospechas que tenemos son ciertas, ella tiene un rango aún mayor que el nuestro. Sería como realeza y le debemos respeto. —Al decir eso, apartó la mirada con molestia. Se notaba que la idea de tener que respetar a Aurora no le hacía nada de gracia.

—No se trata de quién sea ella, padre. Yo no quería a una madrastra y te comprometiste con Davina. La acepté después de años discutiendo con ella, ahora lo cambias todo y traes a una mujer a la que no aprecio. Ni siquiera te importó lo que yo sentía, ¿acaso crees que es fácil ver a otra mujer en el lugar de mamá?

—Hija mía, ella no va a reemplazar a Selene jamás. Esto es diferente.

—¡Deja ya de darme excusas tontas! —gritó con lágrimas en los ojos—. Tú me abandonaste en este castillo sin darme explicaciones, me dejaste sola al cuidado de Davina y los sirvientes. Aprendí a quererla, ¿y ahora quieres quitármela? ¡Eres tan egoísta! —lloró otra vez. Odiaba ver a mi hija sufrir, pero me desesperaba que no entendiera lo que quería decirte.

—¿Quieres saber la verdad? Bien, te la diré. Lo de tu madre no fue un accidente, a tu madre la mataron —dije con dolor, y ella al escucharme gritó

sorprendida. Lloró más fuerte aún, y ahora sí me acerqué para sostenerla entre mis brazos. Oh, mi pobre niña. Nunca debí dejarla sola al cuidado de la arpía de Davina. Sería una mujer tan noble y buena ahora. Quizá aún había tiempo de enmendar su camino.

—¿Por qué me dices esto ahora? ¡Mamá fue asesinada! ¿Cómo es posible? —lloraba—. ¿Y quiénes fueron?

—Enemigos míos que aún permanecen en las sombras, quizá las mismas gárgolas traidoras que liberaron a los demonios. Tuve que apartarme de ti y dejarte a salvo en este castillo para que no te hicieran daño. No creas que no vivía pendiente de ti, siempre vigilaba Abercrombie, por las noches volvía a escondidas a sobrevolar mi castillo y asegurarme de que estuvieras bien. ¿Me entiendes ahora? —Ella asintió, al menos ahora se veía más tranquila y me comprendía en parte.

—Padre, tú no puedes casarte con esa Aurora. Eso significaría romper los lazos con los St. Clair.

—Lo lamento mucho, pero es un riesgo que debo correr.

—¿Cómo puedes decir eso! —dijo molesta—. ¿Es que no te das cuenta? Si rompes con Davina, Blair también romperá conmigo.

—Eso no va a pasar —contesté, aunque no estaba seguro de eso. Siena tenía razón, si rompía relaciones con los St. Clair, el compromiso de mi hija y Blair iba a deshacerse.

—¡Padre, yo amo a Blair! ¿Acaso quieres quitármelo? ¿No te importa lo que siento? Me diste una madrastra y a un prometido, ¿me quitarás a los dos solo por quedarte con Aurora?

—Hija, no se trata de eso. Lo voy a solucionar todo, te casarás con Blair.

—No lo creo. Y ya veo cuáles son tus prioridades, no sé para qué has venido. Déjame sola, no quiero volver a hablar contigo. —Me puse de pie, estaba harto de rogarle.

—Espero que algún día recapacites y te des cuenta del daño que estás haciéndome —le dije y le di la espalda.

Era difícil razonar con Siena, la entendía porque de pronto iba a perder el afecto de los St. Clair, pero tenía que aceptar esta nueva realidad. Me sentía cansado, dividido entre mi amada y mi hija. No podía escoger a ninguna de ellas, tenían que ser ambas. Y esperaba que esa solución se diera pronto.

Estaba caminando cabizbajo hacia mi habitación cuando un siervo apareció delante de mí. Sorprendido, vi que lo que me entregaba en una bandeja de plata era un sobre negro con el sello rojo. Una carta del consejo de

gárgolas. La recibí y fui rápido a un lugar privado para poder leerla.

El consejo estaba enterado de todo. Desde el escape de los demonios, hasta de mis intenciones de romper el compromiso con Davina. Decían tener más respuestas sobre Aurora, por lo que exigían mi inmediata presencia en la corte para presentarme no solo ante el consejo, sino ante el rey también. Eso me dejó consternado, el rey gárgola no celebraba audiencias así sin más. Estaba seguro de que mi destino se definiría pronto. Debía de partir de inmediato, pero no podía irme sin despedirme de mi amada Aurora.

Ella me pidió que no me acercara mientras siguiera el conflicto con mi hija. Amaba y respetaba a mi señora, pero no iba a obedecerla esta vez. Necesitaba estar cerca de ella, sentirla una vez más y llenarla de mí. No sabía qué pasará después de mi visita al consejo y al rey, no sabía si quizá las cosas cambiarían para siempre. Nos merecíamos una despedida, quizá momentánea, o quizá no. La amaría como si fuera la última vez.

Fui a la habitación donde la había dejado. Agudicé mis sentidos y escuché solo su respiración, estaba a solas. Entré sigiloso, pasé de una estancia a la otra y la encontré sentada al lado de la ventana mientras bordaba algo. Parecía triste, ella también sufría.

—Aurora —dije rompiendo el silencio. Ella se giró sorprendida, el bordado cayó al suelo.

—Keitan, ¿qué haces aquí? —me preguntó. Me acerqué despacio, pero ella retrocedió—. Creía que te había dicho mi decisión, lo mejor es que nosotros...

—Por favor, escúchame. Tengo que irme.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿A dónde? —preguntó ella muy sorprendida.

—El consejo ha mandado llamarme, tengo una audiencia con el rey. Me darán nuevas órdenes y también las novedades sobre tu identidad.

—Oh... ya veo. ¿Y cuándo volverás?

—No lo sé aún.

—¿Qué pasará conmigo?

—Tampoco lo sé. Nada es seguro, haré lo posible por volver pronto y que todo esté solucionado.

—Entiendo —me dijo ella con tristeza—. Solo nos queda esperar.

—Aurora, hay algo que debo decirte —me acerqué más. Agarré su mentón despacio y acaricié sus mejillas. Ella no se alejó—. No puedo asegurar que la orden del consejo sea favorable para nosotros. Quizá me ordenen que me aleje de ti para siempre.

—¿Qué? ¡Ellos no pueden hacer eso! —gritó alarmada y asustada a la vez.

—Sí pueden, y por eso he venido. Porque quizá esta sea nuestra despedida.

—No me digas eso —noté que quería llorar. Yo no estaba seguro de nada, sabía que el consejo era capaz de poner distancia entre nosotros, podían pasar muchas cosas.

—Solo quería que lo supieras. Hemos estado separados estos días y nos merecemos una despedida.

—Oh, Keitan. Yo no quería dejarte —me dijo conteniendo las lágrimas—. Pero no quería que lady Siena se hiciera daño por mi culpa, es tu hija.

—No hubiera sido tu culpa. Ella está siendo manipulada por Davina, lo sé —contesté intentando contener mi frustración—. Y no quiero que hablemos más de ella, no te atormentes. Mi hija es asunto mío, no tienes que preocuparte.

—Keitan, yo te amo. ¿Es que acaso no podemos estar juntos?

—Vamos a estar juntos pase lo que pase, y le duela a quien le duela. Te lo juro por lo más sagrado —dije acercándome más. No pude resistir la tentación de besar sus dulces labios, así que lo hice de inmediato. El beso se tornaba cada vez más intenso y apasionado, la pegué a mi cuerpo, quería sentirla. Aurora se separó un poco, quizá pensaba que no era buena idea con todo este problema de mi hija. No la solté, no podía dejarla marchar—. Aurora, te deseo con todas mis fuerzas. Cada parte de mi cuerpo se muere de ansias de ti. No me castigues, amada mía. No me mates de deseo, te necesito. Tengo hambre de ti, solo tú puedes calmarme... —le dije al oído con voz ardiente. Ella suspiró, pero aún tenía dudas.

—¿De verdad esta puede ser la última vez?

—No tengo ni idea —respondí con sinceridad. Ella me miró a los ojos, vi seguridad en ellos.

—Entonces ámame como si fuera la última vez. Hazme el amor como jamás lo has hecho con nadie.

—Como diga, mi señora —contesté con fervor.

Buscamos la cama con prisa. Antes de recostarnos, me dispuse a quitarle el vestido. Ella me dio la espalda y empecé a desatar su corsé. Besé suavemente la piel de su espalda, bajé el vestido por completo y la ayudé a quitarse las enaguas y la ropa interior. Aurora se quedó quieta dándome la espalda mientras yo me quitaba cada prenda que me cubría. Pegué todo mi

cuerpo al suyo. Mi pene caliente rozó ansioso sus nalgas, la escuché gemir. Música para mis oídos. Mis manos fueron hacia sus pechos sensibles y los apreté. Lo único que necesitaba era su cuerpo. Bajé una de mis manos hacia su húmeda entrada y la acaricié justo donde le gustaba.

No pasó mucho tiempo hasta que estuvo completamente mojada, su cuerpo temblando de excitación. Gritó cuando hundí mis dedos en ella y empecé a moverlos a un ritmo frenético. Mientras mis dedos la penetraban, la otra mano apretaba sus nalgas. Sabía que le gustaba, pero también sabía que prefería que reemplazara mis dedos por algo más grande que le diera más placer.

La tumbé en la cama, ella se acomodó mirándome de frente y abrió las piernas para facilitarme la entrada. Guie mi virilidad erecta y ansiosa hacia su entrada húmeda y la penetré sin vacilaciones. Ella jadeó, sucumbiendo al placer. Marqué un ritmo tranquilo, con embestidas largas y poderosas. Aurora se sujetó con las piernas alrededor de mis muslos y me hizo saber con su cuerpo que quería sentirme más adentro, más profundo. Necesitaba que la follara duro, más deprisa.

Estaba encantado de hacerlo. Su respiración era agitada. Ella se aferró a mí mientras la penetraba sin piedad. Estaba ansiosa de mí, pegaba sus caderas hacia mi cuerpo, disfrutando ese contacto tan intenso y profundo.

Teníamos una conexión increíble en la cama. Lo que experimentábamos juntos no era de este mundo. Nuestra conexión era única, nada podía separarnos.

Lucharía contra el consejo si fuera necesario.

Capítulo 22

Keitan

Partí con dirección a la corte de las gárgolas a la mañana siguiente. Aunque mi intención fue pasar solo un momento fugaz y ardiente con Aurora, no lograba separarme de ella. Esa mujer era mi adicción y no podía dejarla. Disfrutamos de nuestros cuerpos y del goce del amor aquel día, nos complacimos de todas las formas posibles. Me fui del castillo ardiendo de deseos por tenerla conmigo, y solo deseaba con todo mi corazón que la visita al consejo no fuera tan terrible como temía. Tenía que volver a su lado, era capaz de todo por ella.

Volé tan alto como pude, escondiéndome entre las nubes para evitar ser visto. El castillo de nuestro rey quedaba en lo alto de las montañas y lejos de Abercrombie. Al menos unos dos días de camino me separaban de mi destino. Dormí pocas horas, mi prioridad era llegar lo más rápido posible a la corte. Lo divisé una mañana, hacía mucho que no veía aquel lugar.

Construido con enormes bloques de piedra, se sabía que ese castillo era el lugar de origen de las gárgolas. Fueron los primeros de nuestra especie quienes construyeron este lugar con sus propias manos. Ellos acomodaron las piedras y con los años afinaron los detalles y estancias. Más que un castillo era una enorme fortaleza en lo alto de la montaña, escondida entre las nubes. Los humanos que vivían a las faldas de la montaña hablaban de la existencia del castillo como si fuera una leyenda. Ninguno de ellos llegaría jamás, pues era un lugar inaccesible para el hombre. Solo las gárgolas podían volar hasta ahí. Sin querer una sonrisa se formó en mi rostro al ver aquel lugar tan apreciado entre nuestra gente. No había tiempo que perder, tenía que sellar mi destino.

Me recibió una comitiva y me condujeron inmediatamente al salón del trono. Aquello me pareció raro y me convenció de que mi presencia allí era urgente. Lo normal era pasar al menos un día de descanso en alguna de las cómodas habitaciones del castillo. Fueron dos días enteros de vuelo, merecía un trato y descanso adecuados. Pero cuando el rey ordenaba, no podíamos oponernos.

Antes de entrar a la sala del trono, encontré varios rostros conocidos y que me tomaron por sorpresa. Esperaba ver a Blair ahí; después de todo, él trabajaba para el consejo. Lo inesperado fue encontrar a Davina. Apenas vi su

rostro entre las mujeres de la corte, supe que habría problemas. Mientras avanzaba entre las personas que esperaban fuera del salón, sentía las miradas de todos clavadas en mí. Eso me dio mala espina, ni siquiera Blair parecía muy optimista. Algo me dijo que sabían algo que yo no.

Las enormes puertas se abrieron y me dejaron pasar al fin. Entré a paso firme y sin mirar atrás, una vez estuve cerca al trono, me arrodillé en señal de respeto a mi rey. En el salón se encontraban algunos miembros de la guardia, un conde y un duque que conocía. Liderando el consejo estaba la gárgola Mortimer, conocido por ser implacable con las leyes. También estaban las hechiceras de nuestra raza, la representante era Ariadne. Era una de las hechiceras más antiguas, pero al ser gárgola conservaba su belleza.

—Puedes ponerte de pie —ordenó el rey. Lo miré en silencio mientras obedecía. Nuestro rey se llamaba Evan Lachland, tercero de su clase. El fundador, nuestro primer rey, murió hacía muchos años dando su vida por la humanidad al luchar contra el mismo Satanás. El padre del rey Evan se llamaba Callum y murió hacía cerca de doscientos años en otra lucha encarnizada contra los demonios. El rey Evan reinaba entre nosotros desde ese entonces, y se podía decir que era joven desde nuestra perspectiva. Era un hombre práctico, de pocas palabras, pero todos teníamos claro que era quien mandaba y a quien le debíamos honores—. Y ahora el representante del consejo va a hablar —anunció el rey. Miré con curiosidad a Mortimer, sentí su mirada fría y despiadada sobre mí. Esto tenía muy mala pinta.

—Blair St. Clair regresó con el informe de lo sucedido en Abercrombie. Estamos preocupados por la huida de los demonios. —Mortimer empezó su discurso, todo el salón guardaba silencio—. Es inadmisibles que, después de siglos de paz, de pronto suceda algo como esto. Nos consta que las gárgolas traidoras buscan a quienes participaron en esa batalla. Y usted, conde McCord, fue uno de ellos. Quizá lo que desean es venganza, y lo han conseguido.

—Sí, esas son mis sospechas —dije. Mortimer solo asintió.

—También sabemos, según Blair, que intentaron matar a su hija y por eso tuvo que asesinar a dos de los nuestros. Hemos decidido pasar por alto el crimen de asesinato de gárgolas solo porque se trataba de traidores. —No dije nada, pensé que estaban buscando una excusa para culparme de lo que pasaba.

—Fue así, no tuve alternativa —reconocí.

—Como sea —continuó Mortimer—, estamos muy preocupados, y por

eso enviaremos más gárgolas de apoyo para cazar a los demonios que escaparon. Quizá no estén muy lejos, quizá regresen para vengarse, ya se verá. Y en cuanto a las gárgolas traidoras, estamos formando un comité de investigación para encontrarlas y darles su merecido.

—Gracias, creo que es justo lo que necesitamos en este momento. —Al menos eso me daba calma. Pronto esos demonios y los traidores estarían acorralados—. Ahora pasemos a otro tema delicado. Aurora Williams. —Me tensé, sentía que todos los ojos estaban puestos en mí, mi instinto me decía que iba a suceder algo grave—. Blair nos ha hablado del aroma peculiar que desprende su cuerpo, de la magia que vive en ella, y de todas las pistas sobre su paternidad. Nos trajo la sangre de la muchacha y las hechiceras se encargaron. Cedo la palabra a Ariadne —anunció Mortimer. La gran hechicera gárgola se puso de pie y me miró directamente. Era hermosa, su belleza había vuelto locos a muchos de nuestra raza que intentaron hacerla su esposa, pero ella jamás había cedido con nadie. Decidió mantenerse pura por siempre y solo dedicarse a ser guardiana de la magia.

—Keitan McCord —me dijo al saludarme—. Gracias por presentarte aquí con tanta rapidez, lamento que Mortimer no tuviera la delicadeza de decírtelo, disculpa la falta de educación. —Intenté no sonreír, todos sabían que Ariadne no soportaba a ese miembro del consejo y que él estaba resentido con ella porque lo había rechazado varias veces.

—No se preocupe, gran señora. Estoy dispuesto a escuchar lo que sea necesario.

—Bien, entonces hablemos de Aurora Williams. No necesité mucho esfuerzo para averiguar el secreto en su sangre. En efecto, esa muchacha no es una humana cualquiera, es una de las nuestras. —Se escuchó un murmullo de sorpresa en la sala, de pronto me sentí más tranquilo al confirmar lo que ya sabía—. Pero no es cualquier gárgola. Sí, es joven, pero tiene una eternidad por delante. Su herencia de sangre es fuerte y pura, pues es hija de quien en vida fue una gárgola legendaria. Darach Duncan McLeon. —Ahora se escucharon incluso gritos de sorpresa, era algo que nadie esperaba. Incluso yo, que ya tenía la sospecha, me sentí impactado con la noticia—. Sabe lo que eso significa, ¿verdad?

—Que es una de las pocas descendientes directas de una gárgola original.

—De hecho, solo hay tres personas en la actualidad que son hijos directos de las primeras gárgolas, el resto murieron en batallas. Yo soy una de ellas. —Entendía lo que decía, porque ni siquiera el rey tenía ese nivel de

pureza. Nuestro rey actual era nieto del rey original, no su hijo. De pronto, Aurora había pasado de ser una simple doncella maltratada en mi castillo a ser una persona de mucho rango en la sociedad de gárgolas. Una princesa quizá. No, una reina.

—Ya veo, señora —dije aún pensativo.

—Al ser descendiente del legendario McLeon, también heredó la magia. Y por eso también está destinada a convertirse en una gran hechicera gárgola. Eso es todo lo que tengo que decir. —Ella se hizo a un lado, Mortimer se adelantó de nuevo. Ahora empezaba lo malo del asunto. La gente seguía murmurando alrededor, el rey se mantenía imperturbable. A una señal de Mortimer, todos guardaron silencio.

—Como es lógico, Aurora no puede permanecer en Abercrombie. Debe venir a la corte, aquí será educada y recibirá los honores que le corresponden. También empezará a entrenar su magia con Ariadne, será su aprendiz. —Yo asentí. Era un gran honor para Aurora, debería estar feliz por ella. Pero algo me decía que las cosas no eran tan buenas como parecían—. El rey ordena que la entregues lo más pronto posible. Un grupo selecto de sus guardias irá a por ella mientras preparamos todo para su llegada.

—Entiendo —dije de mala gana—. Pero hay otro asunto entre Aurora y yo.

—Ah, sí —me dijo Mortimer con desdén—. También tenemos conocimiento de eso. Que deshonró a Aurora Williams y que ahora pretende casarse con ella para reparar el daño. Y todo eso sin importarle el honor de su prometida, Davina St. Clair. —Me quedé impactado con esas palabras, los murmullos de sorpresa y desaprobación no se hicieron esperar. No podía creerlo, enrojecí de ira. No iba a permitir que ese miserable se expresara así.

—¡Yo no la he deshonrado! —grité furioso—. Yo la...

—¿Amas? ¿La amas? —preguntó con una sonrisa burlona—. Oh, por favor. Aquí todos te conocen bien. No has sido precisamente un tipo fiel desde que Selene murió.

—No te atrevas a hablar de ella, no permito que tu maldita lengua venenosa mencione a mi esposa. —Avancé amenazante hacia él, pero este ni se inmutó. Unos guardias me cerraron el paso, me quedé quieto. Ganas de transformarme y matarlo me sobraban, pero no podía hacer eso delante del rey.

—Entendemos que Aurora fue una tentación. Después de todo, su olor de hembra y su esencia pura debe ser fuerte, y aun así tus acciones son

imperdonables. La tuviste, la deshonraste, ni siquiera estabais casados y aun así decidiste tomarla como tuya.

—La amo —dije firme—. Y voy a casarme con ella, los ancestros permitieron nuestra unión. No voy a ceder en eso, no me casaré con Davina. Aurora es mía.

—Pues no lo será más. Esa muchacha no te pertenece, su lugar está aquí. Tú no vas a romper tu palabra, te casarás con Davina y honrarás el compromiso. Aurora vendrá a la corte y se casará con alguien de su altura. Ella será nuestra reina. —Sentí que me ponía pálido. Así que era eso, el rey quería a Aurora. La chica era de sangre pura, más que él incluso. Con ella como su esposa, tendrían una poderosa descendencia—. Esa hembra no es para ti, olvídala.

—No, jamás —dije tratando de que no se notara mi desesperación, pero no pude evitarlo. Sentía que todo se desmoronaba a mi alrededor.

—¿Te atreves a desafiar las órdenes de tu rey? —dijo Mortimer—. ¿Sabes lo que eso significa? La traición se paga muy caro, Keitan. Y si no obedeces, serás ajusticiado. Ni hablar del destino de tu hija. No hay perdón para la sangre traidora. —Apreté los puños. Estaba amenazado. Miré al rey, que seguía inexpresivo, pero por dentro debía de sentirse complacido. Sí, podía ser mi rey, pero no dejaría que me quitara a mi mujer.

—¿No has escuchado lo que he dicho? Lo que pasó entre nosotros fue en la cueva sagrada, los ancestros lo permitieron. Nuestra unión fue bendecida. Nadie puede desafiar a nuestros ancestros, ni siquiera un rey. —Aquello generó más murmullos. Vi que el rey Evan fruncía el ceño.

—¿Dudas de mi poder? —dijo el rey Evan al fin, e incluso se puso de pie—. ¿Crees que no puedo reclamarla? Estoy dispuesto a pasar por alto que te aprovechaste de ella y tenerla como mi reina. No eres más que un conde, Keitan. No eres un macho a la altura de ella, solo un rey puede desposarla, y eso haré. Me he cansado de escuchar tus patéticas excusas. Entregarás a esa muchacha. Fin de la discusión. Si no estás dispuesto a hacerlo, entonces no saldrás vivo de aquí.

—No voy a aceptar esto —le dije entre dientes. Me sentía herido en mi orgullo. Nunca había sentido especial aprecio por el rey, pero escucharlo decir que iba a reclamar a Aurora hizo que empezara a odiarlo. Sentía rabia, quería acabar con él.

—¿Quieres ahorrarnos el trabajo, entonces? Avísame, así ordeno tu muerte de una vez, aquí y ahora. Descuida, seremos benevolentes con lady

Siena, su muerte será rápida. —En ese momento quería destrozarlo todo. Los guardias gárgola estaban alerta para atacar. Sabía que perdería si lo retaba ahí. Estaba rodeado de gárgolas y hechiceras fieles al rey, no podría vencer y todo sería en vano. Me dolía la idea, pero no tenía opción.

—La entregaré —dije rabioso. Vi que Mortimer sonreía triunfante, el rey asintió y tomó asiento. Tenía que pensar una forma de escapar. Por supuesto que no iba a entregar a mi mujer. No quedaría otra opción que huir.

—Y yo perdonaré tus ofensas, seré benevolente esta vez —me dijo el rey. Miserable, ojalá hubiera una forma de hacerlo pagar—. Puedes irte, no tienes nada que hacer aquí.

—Que tenga un buen día —dije, dándole la espalda y caminando rumbo a la salida. Esto no se iba a quedar así.

Capítulo 23

Aurora

Los días pasaban como una tortura para mí. No sabía qué sería de mi vida, lo único que deseaba era que Keitan volviera a mi lado. Durante esos días no me crucé con lady Siena para nada, cosa que de verdad agradecía. No quería más discusiones con ella, lo único que me quedaba era esperar.

También hablaba con mamá y Alexa. Mi amiga me hacía compañía todo el tiempo que podía. Ella aún servía a lady Siena y tenía que estar cerca esperando sus órdenes. En cambio, mamá podía pasar el tiempo que quisiera conmigo. Y como toda esta situación nació de la sospecha de que yo era una gárgola, empecé a pedirle más información acerca de mi padre.

—Fue el hombre más maravilloso que he conocido —me decía con gesto soñador. Estaba segura de que aún lo amaba, aunque hubieran pasado los años sin que se supiera nada de él—. Nunca había conocido un hombre tan bello y varonil, era increíble.

—No creo que más increíble que Keitan —bromeé. Ella rio conmigo.

—¿Qué puedo decirte, hija mía? Creo que los dos tienen cierto parecido. Cuando tu padre llegó a mi vida yo no era más que una campesina. Lo encontré herido en el campo, hice lo que pude para ayudarlo. Se recuperó rápido de sus heridas, eso sí me sorprendió. —Me quedé pálida al escuchar eso. Me había pasado algo similar con Keitan. También lo encontré herido y recordaba que, cuando intenté curarlo, sus heridas ya habían sanado.

—¿Qué más pasó, mamá?

—Lo que imaginas, querida. Él no quiso irse, permaneció un tiempo a mi lado. Yo no podía creer que un hombre como él se hubiera fijado en mí, pero acabé por creérmelo cuando estuvimos juntos. Nos enamoramos, fue inevitable.

—¿Él supo que estabas embarazada? —pregunté y mamá asintió.

—Sí, y estaba muy ilusionado. Solo que un día pasaron cosas extrañas en Abercrombie y él tuvo que irse.

—¿Cosas extrañas?

—Apariciones, fantasmas. Algunos dijeron que eran cosas demoníacas. Dijo que solo él podía detener lo que estaba pasando. Le creí, él juró que volvería. Pero eso nunca pasó... —Mamá se llevó las manos al rostro y lloró. Yo la abracé fuerte. Entendía lo que había pasado, o eso creía. Quizá papá sí

fue una gárgola y tuvo que partir a combatir a unos demonios. No logró vencerlos y acabaron con él. Quise llorar, esos malditos demonios me habían robado a mi padre.

Los días pasaban y yo moría de angustia esperando a mi gran amor. Lo único que quería era que llegara a mí. Tenía miedo de que él nunca volviera, de que me pasara lo mismo que a mi madre. No podía más con esa situación, lo necesitaba como a nadie.

Una noche estaba sentada al lado de la ventana mientras terminaba un bordado. La luz de la luna iluminaba el patio central del castillo, pero noté algo raro. Una silueta sobrevolaba. Era una gárgola. Pero no cualquiera, era mi amado. Me asomé a la ventana y aun en la distancia reconocí su aguerrida forma de gárgola. Sonreí, mi corazón palpité emocionado. Él había vuelto y yo solo quería correr a sus brazos. Dejé mi bordado a un lado y salí a buscarlo.

Llegué a la planta principal, sabía que él aparecería por ahí. No me equivocaba; la imponente figura de Keitan avanzaba desde el pasillo que daba al patio. Lo noté cabizbajo, triste, pero al verme, su rostro se iluminó con una sonrisa. Corrí hasta él, Keitan me sostuvo entre sus fuertes brazos. Nos besamos con ansias locas, él me apretaba contra su cuerpo, lo sentía ansioso de mí. Yo también lo estaba, un día sin él era como si pasaran diez años. Lo necesitaba, y ardía de deseo de que me hiciera el amor.

—Has vuelto —le dije despacio, sonreía de la felicidad de tenerlo a mi lado. Keitan se separó apenas poco de mí, me miró a los ojos y noté que quería decirme algo.

—He vuelto por ti —me dijo—. Tenemos que hablar de algo, y es urgente.

—¿Qué ocurre? —pregunté un poco preocupada.

—¿Insistes aún en poseer a esta mujer? —La voz nos pilló por sorpresa, no estábamos solos. No podía creerlo, era lady Davina. ¿En qué momento había llegado? Nos separamos apenas un poco. Keitan me puso a su lado, parecía muy molesto por ese comentario—. ¿Acaso no has entendido las órdenes del consejo, conde McCord? Eres mío y yo soy tuya. Nos vamos a casar le duela a quien le duela. —Al escuchar aquello sentí como si me clavaran un cuchillo en el corazón. No quería creerlo.

—¿Cómo has llegado, Davina? ¿Acaso te crees con derecho a entrar a mi castillo como si nada?

—Es mi derecho, en realidad. Pronto seré tu esposa, no puedes seguir

negando la realidad —dijo ella muy segura, muy creída de su triunfo.

—Deliras —respondió molesto Keitan—. Y no has respondido a mi pregunta, ¿cómo has llegado tan rápido?

—¿Importa eso? Aquí lo grave es que no aceptas la realidad y sigues involucrándote con esta mujercita. Ella nunca será tuya, deberías aceptarlo ya —se burló.

—¿Cómo has llegado? —insistía Keitan—. No puedes volar ni transformarte aún, ¿cómo es posible que me siguieras tan rápido?

—El responsable soy yo. —Desde el pasillo que venía del patio se escuchó la voz firme y varonil de Logan St. Clair. No venía solo: unos cinco hombres lo acompañaban. Todos eran altos y parecían aguerridos, como soldados de una guardia real. De inmediato, Keitan se puso en alerta. Yo me asusté y me escondí detrás de él. No entendía nada de lo que estaba pasando—. Mi hermana me ha pedido que la traiga al castillo de su futuro esposo y no he podido negarme. No deberías estar tan sorprendido, Keitan. Supuse que después del anuncio del consejo ya tenías claro que Davina es tu futuro.

—No eres tú quien manda en mi vida, Logan. Este es mi castillo, y mientras yo mande aquí no acepto intromisiones, mucho menos que llegue gente sin ser invitada —le dijo molesto—. ¿Quién os ha dado derecho a entrar sin mi permiso? ¿Estos son los modales de la guardia real?

—Verás —le dijo Logan mientras avanzaba con toda confianza—, en cuanto te fuiste, el rey ordenó que parte de su guardia te siguiera. Yo los guiaba. Quieren asegurarse de que cumplas con tu palabra.

—¿Qué palabra? —pregunté yo confundida, algo me decía que se referían a mí—. ¿Podéis explicarme de qué estáis hablando?

—Oh, dulce Aurora, ¿es que aún no lo sabes? Keitan prometió entregarte a la guardia real de las gárgolas. Tú ya no vivirás aquí, tu destino es nuestra corte.

—¿Mi qué? —pregunté sorprendida, hasta molesta. No podía creer lo que estaba diciendo—. ¿En serio vas a entregarme?

—Tiene que hacerlo —dijo Davina—. Así nos desharemos de una vez de esta insoportable mujerzuela. Te has metido en mi compromiso, pero eso se acabó. Al fin te largas de aquí.

—Contrólate, Davina. Le estás faltando el respeto a tu futura reina —le reprochó Logan. Yo ahogué un grito, ¿qué acababa de decir?

—¿Reina? —pregunté, buscando la mirada de Keitan. Estaba nerviosa y no entendía nada. Para mi sorpresa, Keitan me agarró la mano, la besó y se

puso de rodillas. Los miembros de la guardia real hicieron lo mismo, hasta Logan se inclinó.

—Tienes sangre real, Aurora. Está comprobado. Por orden de nuestro rey, deberás ir a la corte para recibir la educación que mereces. También serás una gran hechicera, serás entrenada.

—Has olvidado decirle lo más importante —le dijo Logan con burla—. Que ahora es la prometida del rey Evan Lachlan.

—¿Qué? ¡No, eso no! —exclamé sorprendida—. No voy a irme de aquí a casarme con otro hombre que no seas tú, ¡no lo acepto! —grité. Quería llorar de impotencia en ese momento, sentía que mi futuro estaba escrito y era poco lo que podía hacer.

—No puedes oponerte, querida —me dijo Logan—. La guardia te sacará mañana mismo de aquí, son órdenes del rey. Deberías sentirte honrada por el privilegio que tendrás.

—¡No me importa! —grité—. Keitan, no puedes hacerme esto. No puedes entregarme a otro hombre. Por favor, no lo hagas. No me apartes de ti, te lo ruego... —Lloré, sin poder controlarme. Me sequé las lágrimas, y al mirar a un lado vi que Davina sonreía. Esa miserable disfrutaba de mi dolor.

—Son órdenes, Aurora —me dijo Keitan con mucho pesar—. Y no tengo otra opción que cumplirlas. Quería escapar de aquí. Llegar, explicarte las cosas e irnos junto con mi hija lejos de este lugar. Empezaríamos una nueva vida, quizá perseguidos por los demás, quizá me considerarían traidor, pero eso no me hubiera importando si tú estabas a mi lado.

—Oh, Keitan, por favor... ¡No me digas esas cosas! ¿Acaso no hay esperanza para nosotros?

—No la hay —dijo Davina con burla—. Nunca debiste acostarte con un hombre comprometido, ahora pagarás las consecuencias. Aunque serás premiada convirtiéndote en la reina de las gárgolas. No me parece justo, pero es lo que pasará.

—Deje de meterse en esto, lady Davina. No le he pedido su opinión —le dije molesta. Ya no aguantaba más a esa mujer.

—Pero tranquila, muchacha —seguía burlándose—. El rey Evan es un pecado andante, te va a encantar revolcarte con él. Vas a ver cómo te olvidas de mi prometido después de un par de polvos con él. Eres una zorrilla fácil, te encantará probar a otro hombre, lo vas a disfrutar mucho. Será mejor que te hagas a la idea, Keitan. Serás mío y tu querida Aurora pasará el resto de su vida en la cama de otro.

—¡Cierra la maldita boca, Davina! —le gritó Keitan furioso—. No quiero oírte más, lárgate. Quiero a todo el mundo fuera de aquí, no quiero veros.

—No podemos irnos —le dijo uno de los miembros de la guardia—. Son órdenes del rey, no nos vamos sin la joven Aurora.

—Entiendo, pero debéis estar cansados de tanto volar. Buscad a mis siervos, les ordenaré que preparen habitaciones cómodas para vosotros. Ya he entendido cuál es mi destino, no huiré a ninguna parte. Vosotros tendréis a Aurora, pero no la obligaréis a irse cuando queráis. Si le debéis honores, si es la futura reina, vais a esperar su decisión. Ella irá cuando se sienta preparada. —Los guardias parecieron dudar, pero finalmente asintieron. No tenían opción: Keitan era un conde y había dado una orden. Y yo tenía sangre real, no podían pasar por encima de mí.

Los guardias se retiraron y poco después los siguieron los insoportables hermanos St. Clair. Keitan y yo nos quedamos solos, pero tampoco teníamos mucho tiempo. Yo estaba nerviosa, no podía creer el giro que había dado mi vida de un momento a otro.

—¿De verdad vas a dejarme, Keitan? —pregunté con tristeza. Él negó con la cabeza y, para mi sorpresa, me agarró de la mano y me llevó hacia un rincón.

—No quiero que nadie escuche esto —dijo en voz baja—. Si lo escuchan, los guardias intentarán matarme. O peor, matarán a mi hija para amenazarme. Lo que voy a hacer es considerado traición.

—¿Quieres que huyamos? ¿Es eso? —Él asintió, un rayo de esperanza iluminó mi corazón.

—No te entregaré jamás a otro hombre. Te amo. Y quiero que vengas conmigo, ¿estás dispuesta a dejarlo todo para seguirme?

—Contigo iré hasta el fin del mundo —le dije, muy segura. Él respondió con un beso intenso que hizo arder todo mi cuerpo.

—Retrasa tu partida todo el tiempo que puedas —me pidió y yo asentí—. Di que no estás segura, que quieres despedirte de tus familiares y amigos, no lo sé, cualquier cosa. Yo sacaré a Siena de aquí, la enviaré a un lugar seguro. Luego huiremos tú y yo, nada ni nadie nos podrá separar.

—Que así sea —respondí esperanzada. Ya teníamos un plan, ahora solo quedaba esperar de todo corazón que las cosas funcionaran como queríamos.

Capítulo 24

Keitan

Los días habían pasado y la guardia real seguía en mi castillo. Habían recibido órdenes de tratar a Aurora como la futura reina que era, así que no le reprochaban nada. Ella siguió el plan y mintió diciendo que necesitaba unos días más antes de irse. Dijo que quería despedirse de sus amistades, y que además no iría a ningún lado sin su madre. Mientras, yo me dedicaba a arreglar las cosas para que mi hija Siena estuviera a salvo y no sufriera la ira del consejo en cuanto me fugara con Aurora.

Pronto Abercrombie se llenó de gárgolas. No solo la guardia real que llegaba a encargarse del traslado de Aurora, también llegaron otros en busca de los demonios. Sabía que era necesario que estuvieran aquí, los demonios estaban rondando y aún había gárgolas traidoras que ajusticiar. Pero no me confiaba, sabía que todos eran fieles al rey Evan, que si yo me atrevía a traicionarlo llevándome a Aurora las cosas iban a ser muy difíciles. Quizá no saliéramos vivos de esta.

Vi la solución en cuanto apareció Blair. Venía a visitar a su familia y decidí confiar en él. Una de esas tardes mientras patrullábamos la zona en busca de los demonios, nos separamos un poco del grupo. Yo retomé mi forma humana y él me imitó, quizá intuía que tenía algo que decirle.

—Blair, necesito pedirte un favor —le dije. Sentía temor, si Blair no aceptaba estaba en todo su derecho de denunciarme ante el consejo.

—Sí, Keitan. Dime lo que ocurre —me pidió él.

—Siena es tu prometida —asintió—. Sé que no estás entusiasmado con casarte con ella, y lo entiendo. Es mi hija, pero ha cambiado mucho. No es la muchacha dulce con la que te comprometiste.

—No hablaré del honor de una dama, Keitan, así sea mi prometida y tu hija. Siena es una joven mujer gárgola, una muchacha. Y como bien dices, las cosas han cambiado. Pero tengo un juramento con ella que cumpliré pase lo que pase, será mi esposa y no daré marcha atrás. —Asentí. Eso era lo que quería escuchar.

—Y siendo tu prometida, ¿la protegerás hasta tu último aliento?

—Hasta la última gota de mi sangre —me dijo con convicción. Yo asentí, ahora era mi turno de hablar.

—Porque será necesario que lo hagas. Siena pronto se enfrentará a un

peligro, aunque sea inocente. Te pido que la lleves lejos, a las tierras de los dragones.

—¿Los dragones? —me preguntó sorprendido—. ¿Será necesario recurrir al apoyo de nuestros aliados más antiguos?

—Todos nacimos con magia ancestral, todos queremos proteger a la humanidad. Pero ellos son los únicos que podrán proteger a Siena de la ira del consejo. —Blair me miró incrédulo, pero había captado a la perfección lo que quería hacer.

—Huirás con Aurora —dijo, y no lo noté muy sorprendido—. Por eso quieres que ponga a Siena a salvo, solo los dragones podrán protegerla de Mortimer y la ira del rey Evan. —Yo asentí, no había nada que ocultar—. ¿Por qué, Keitan? Eres la gárgola que más admiro y respeto en el mundo, ¿por qué quieres hacer esto? Eres un gran conde, un gran señor, una poderosa gárgola, ¿Por qué arriesgar tu vida entera?

—Por amor, Blair. Es solo eso —dije sin dudar—. Porque Aurora es la mujer que amo... No, miento, no es solo eso. Es el fuego que me consume, es pasión, ternura, es el aire que necesito, el agua de la que siempre quiero beber. Ella es mi vida entera, y solo quien conoce el amor y la pasión como yo lo he hecho con ella podrá entender mi decisión. Es mi hembra para toda la eternidad, nos pertenecemos, y la palabra del rey no significa nada. —Blair me miraba perplejo mientras hablaba. No dijo nada durante varios segundos y, finalmente, asintió.

—Llevaré a Siena con los dragones. A la corte —asentí. Me sentía aliviado de escuchar que me daría su apoyo.

—Con la familia Ragon —le dije—. Ellos son viejos aliados en la lucha contra las fuerzas demoniacas. Estoy seguro de que recibirán a mi hija.

—Lo haré, le propondré a Siena partir mañana mismo.

—Muchas gracias, no tengo palabras para agradecer lo que haces por mí —le dije con mucha sinceridad. Me acerqué a darle un fuerte abrazo fraternal que él correspondió. Me sentía muy aliviado en ese momento.

—No me lo agradezcas aún, no podemos cantar victoria.

—Pero confío en ti, y sé que todo irá bien. —Él sonrió de lado, ya teníamos un trato y ahora solo tenía que actuar para sacar a Aurora de Abercrombie.

En el castillo, Siena recibió contenta la noticia de viajar hacia tierra de dragones, al otro lado del país. Blair lo hizo pasar como una misión diplomática y le dijo que estaría encantado de llevar a su prometida con él.

Mi hija hasta se olvidó de nuestra pelea cuando le di permiso de viajar con Blair, hizo todos los preparativos para irse y no reprochó nada. Al menos por ese lado todo estaba resuelto. Ahora tenía que encargarme de Aurora.

Con tanta gente vigilando, prefería no arriesgarme. Con discreción, mandé a que le entregaran una carta a su amiga Alexa y que ella se la diera. Le dije que teníamos que huir la noche siguiente, que se preparara para escapar. Le prometí que cuando estuviéramos a salvo mandaría a buscar a su madre, que no tenía nada de lo que preocuparse. Ahora solo quedaba esperar a que las cosas salieran bien.

Pasé un día entero ansioso, fingiendo que no pasaba nada, pero contando los minutos para escapar con mi amada. Tampoco la vi, ella me evitaba para no levantar sospechas, era mejor así. Mi hija y Blair partieron a tierra de dragones, la familia Ragon se encargaría de su bienestar mientras Aurora y yo nos escondíamos del rey Evan.

Llegada la noche, seguí con mi rutina habitual. Me presenté en el comedor y esperé a que me sirvieran la cena. Esta noche estaba solo, pensaba en mi hija y en cuándo volvería a verla. Bebía con tranquilidad el vino que siempre tomaba, mi favorito. Estaba terminando de cenar, cuando vi que alguien aparecía en el comedor sin anunciarse. Fruncí el ceño al ver que era Davina.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con desconfianza.

—¿Esa es forma de saludar a tu futura esposa, Keitan? —me preguntó mientras avanzaba seductora hacia mí. Noté que llevaba también una copa de vino.

—Voy a retirarme de la mesa, Davina. No sé en qué momento has llegado, pero será mejor que te vayas —me sentí un poco extraño de pronto. Entrecerré los ojos, sentía los párpados pesados. Me estaba empezando a sentir mareado.

—Claro que no, amor mío —me dijo ella burlona. Avanzó hasta llegar a mi lado y, para mi sorpresa, se sentó en mis piernas. Lo peor no fue eso, sino que no fui capaz de apartarla. Mis brazos no respondían, estaba débil. No entendía nada.

—¿Qué está pasándome? —me pregunté, sentía que el temor me invadía. ¿Por qué de pronto había perdido todas las fuerzas?

—Keitan, querido, ¿de verdad crees que Aurora es la única con magia en sus venas? ¿Acaso crees que yo no la tengo?

—Maldita, ¿qué me has hecho? —Davina rio y se bebió lo que quedaba

del vino. Lamió mis labios, tampoco pude reaccionar a eso. Me quedó claro que me había dado una especie de pócima en el vino, solo podía ser eso. Ahora yo estaba por completo a su merced.

—Tú solo disfruta, amor. Es lo mejor que puedes hacer en este momento, no te opongas o será peor.

—No... Aurora... —Sentía que se me iba el aire, mi cuerpo ya no respondía. No tenía ni idea del secreto de su magia, lo había ocultado bien hasta ese momento. Su pócima había reducido mi fuerza y me hacía esclavo de su voluntad, era muy potente. Davina dejó la copa de vino a un lado, se sentó en mi regazo y levantó su falda. Todo mi cuerpo estaba a su merced, no podía defenderme.

—No te preocupes, no tardará mucho en llegar. —En ese momento ya no pude responder, la lengua tampoco me respondía. Solo me sentía desesperado mientras Davina me besaba. Hizo que la rodeara con mis brazos como si yo la estuviera apretando contra mi cuerpo, cosa que jamás iba a suceder.

Pronto entendí el significado de sus palabras. Mis oídos lograron escuchar cómo la puerta del comedor se abría. En algún momento, Davina se separó un poco de mí solo para que pudiera darme cuenta de cuál era su verdadero plan. En la puerta estaba Aurora, con lágrimas en los ojos, mientras contemplaba la escena sin darse cuenta de que todo era un teatro organizado por Davina.

Se fue corriendo mientras lloraba y yo no pude seguirla. El mundo se desvaneció a mi alrededor...

Capítulo 25

Aurora

Esa tarde Alexa me llevó una nota de Keitan diciéndome que el día había llegado. Blair lo había ayudado a sacar a Lady Siena del castillo y ahora que ella estaba fuera de peligro, nosotros éramos libres para fugarnos y ser felices. Ese mismo día empecé a preparar mis cosas con discreción. No llevaría mucho, solo un vestido y un abrigo. Empezaríamos una nueva vida y no necesitaba llevar más. Le prometí a mamá que pronto volvería a por ella.

Llegó la noche y yo moría de ansias. Habían pasado días sin ver a Keitan, la guardia real que envió el rey Evan siempre estaba cerca. Para contentarlos, les dije que ya había tomado una decisión y partiría al amanecer de ese día. Eso los relajó, hasta me sonrieron agradecidos. Sin ellos vigilándome todo el rato, se me ocurrió que quizá podría ir a ver a Keitan. Tuve mis dudas, tal vez era mejor no arruinar el plan.

Decidí volver a mi habitación, pero entonces me quedé quieta. Cerrándome el paso estaba Logan. Lo miré desconfiada. Sabía que él no era bienvenido en el castillo de mi amado, ¿qué hacía aquí? No podía traer nada bueno.

—Mi bella Aurora, ¿qué haces tan sola por aquí? ¿Te ha abandonado Keitan? —me preguntó con una sonrisa maliciosa en los labios.

—Déjame en paz, no deberías estar en el castillo —repliqué.

—Oh, ahora quieres echarme. Ya no recuerdas cuando te ofrecí el cielo y la tierra para estar contigo, cuando quise sacarte de la miseria de ser una criada y convertirte en una gran señora.

—Pues eso nunca fue necesario. Ahora seré tu reina y no quiero que me dirijas la palabra.

—No te pongas brava, mi reina —me dijo haciendo una reverencia exagerada, era obvio que se burlaba de mí—. Siempre me has gustado, Aurora. Las cosas pudieron ser diferentes.

—Logan, de verdad que no quiero saber nada de ti. Será mejor que me dejes en paz.

—Te gustaban mis besos, Aurora. No lo niegues ahora. Aún recuerdo el sabor de tus labios y cómo te estremecías ante mis caricias. —Se acercó más a mí, empecé a ponerme nerviosa.

—Eso no significó nada para mí.

—Lo sé, por eso te revolcaste con Keitan. Una aventura que duró bastante poco, ahora vas a casarte con el rey Evan.

—Eso no te importa, es asunto mío y déjame en paz.

—Ah, vaya, entonces no te quieres casar con el rey. ¿En serio vas a despreciar semejante honor? Y todo por una gárgola traidora que no vale la pena...

—Deja de hablar así de Keitan —le dije, eso no lo iba a tolerar—. Él no es ninguna gárgola traidora, es la mejor de todas.

—¿En serio? —me preguntó con una sonrisa burlona.

—¿Qué estás insinuando?

—Nada, Aurora. Tú sabrás. —Fruncí el ceño, Logan sabía algo que yo no y lo usaba para burlarse de mí.

—No entiendo de qué hablas ni me interesa saberlo, deja de seguirme. —Intenté alejarme de él, pero no me dejaba.

—Oh, querida, eres tan inocente e ingenua, deberías agradecer que el rey Evan se case contigo aunque ya que te hayan quitado la virginidad. Con Keitan no ibas a llegar a nada.

—Él me amaba y se iba a casar conmigo —respondí.

—¿Y de verdad le creíste? —soltó una carcajada.

—Claro que le creí. Es una gárgola honorable y me dio su palabra.

—Aurora, por favor, deja de actuar como una niña estúpida. Keitan solo quería follarte, es lo único que quiso desde que te vio. Lo hizo, te folló las veces que quiso y te mintió con lo del matrimonio para contentarte. Ahora que el rey Evan le quitó un peso de encima está más tranquilo. Podrá casarse con Davina, que es su prometida, después de todo.

—Eres un mentiroso —le dije dolida. Esas palabras me hicieron sentir mal—. Keitan es una buena persona, jamás me haría algo así. Y él jamás amó a Davina, nunca quiso casarse con ella.

—Sí, bueno, quién sabe. Pero no duda en gozarla siempre que puede.

—¿Qué estás insinuando?

—¿En serio crees que entre mi hermana y Keitan nunca hubo nada? Claro que disfrutaba de los placeres con ella. ¿He hablado en pasado? Aún lo hace —me dijo con burla.

—No, eso no es verdad —le dije lo más firme que pude, pero ya empezaba a dudar.

—No tengo que mentirte, Aurora. Puedes ir tú misma a comprobarlo, no te diré nada más.

Logan se alejó, yo me quedé quieta sin saber qué hacer. Era un mentiroso, Keitan jamás me había traicionado, yo sabía que me amaba y huiríamos juntos. Aun así, tuve dudas, quizá era mejor ir a verlo. Quizá no encontrara nada sospechoso, pero podría advertir a mi amado de la presencia de Logan y sus mentiras, así él lo echaría del castillo y no volvería a molestarnos. Sin saber lo que podía encontrar, fui hacia su ala del castillo en busca de Keitan. A esa hora él debía de estar cenando. Era muy meticuloso con eso. Caminé tranquilamente por los pasillos, nadie me cerró el paso.

Cuanto más me acercaba empecé a percibir el ruido. Escuché una voz femenina que se me hizo muy familiar y aceleré el paso. La voz venía del comedor y, aunque estaba asustada por lo que podría descubrir, me arriesgué a abrir la puerta.

Lo que vi me dejó perpleja. Davina estaba sobre Keitan, besándolo con pasión. Y él la tenía sujeta. Por la posición de sus cuerpos, estaba segura que querían hacerlo, que él no la había rechazado. Davina apretaba su cuerpo contra el de él. Parecía que lo disfrutaban. Mis ojos se llenaron de lágrimas, no podía creer esta traición. Logan tenía razón, todo era una trampa. Keitan jugó conmigo todo el tiempo. Mientras yo lo esperaba, él se veía con Davina a escondidas.

No pude soportar aquella escena y corrí para alejarme de él. Lloraba, no podía creer lo que acababa de pasar. Cuando me detuve, intenté calmarme. No podía seguir llorando de esta forma. Sentía mucho dolor en el alma por lo que acababa de ver y no quería creerlo. Keitan y yo nos amábamos, estaba segura de eso. Nos unimos en la cueva ante los ancestros, nuestro amor era puro. ¿Qué significaba lo que había visto? No podía ser real, no lo aceptaba. En ese momento pensé que quizá era una trampa. Davina y Logan eran malvados, aquello era muy posible. Una trampa maldita para que yo creyera en una traición. Aún me sentía muy dolida, pero la única forma de averiguarlo era regresando ahí y enfrentando la situación.

Sequé mis lágrimas y volví al comedor dispuesta a hacerle frente a esa descarada de Davina y a Keitan. Si era el cretino que me pareció, entonces no iba a perdonarlo nunca. Caminaba decidida, de vuelta al ala del castillo del conde, cuando justo cerca de las escaleras alguien me cerró el paso. Era lady Davina.

—¿Qué buscas aquí, mujercita? —me dijo con desprecio.

—Apártate, Davina. Voy a entrar ahí y nadie me lo va a impedir —le dije con firmeza. No iba a dejar que me maltratara, menos ahora que sabía que era

una gárgola pura, no como ella.

—¿En serio? No podrás contra mí, ¿acaso no recuerdas lo que te hice la última vez?

—Seré la reina, Davina. Será mejor que te apartes.

—¿Mi reina? Sí, claro. Eso jamás pasará. Es obvio que no tienes intención de ir con el rey Evan, no estarías aquí de lo contrario. Vienes a por mi prometido.

—Quiero hablar con Keitan, no vas a prohibirme eso, no tienes derecho.

—Claro que lo tengo, él es mío. Tú no eres nada para él, ¿acaso no te ha bastado lo que has visto? Mientras tú estabas en tu habitación, nosotros nos estábamos acostando —me dijo con burla—. Keitan es muy apasionado, eso ya lo sabes.

—Pues no voy a creerte nada hasta que él me mire a los ojos y me lo diga. Muévete —le ordené. Ya no estaba para juegos.

—Ilusa, ¿acaso crees que no sé lo que planeabais hacer? Esa tontería de huir iba a terminar mal de todas maneras, nunca podríais escapar del rey.

—¿Qué dices? —pregunté con temor. ¿Cómo sabía ella de nuestras intenciones?

—Además, todo lo que Keitan te dijo eran puras patrañas. Así huyera, jamás escaparía de su responsabilidad.

—No te entiendo —dije confundida, y también asustada. Ahora estaba en manos de esa miserable que sabía nuestro secreto.

—Keitan es responsable, lo es aún más con su sangre. Y un bebé gárgola es sagrado, merece todos los cuidados.

—No hay ningún bebé gárgola aquí.

—Lo habrá —dijo llevándose la mano al vientre. Palidecí. Pronto entendí lo que quería decirme. Entonces era verdad lo que había entre ella y Keitan. Lo que vi tenía que ser real porque ella estaba embarazada.

—No puede ser cierto... —dije despacio. Sentía que las lágrimas querían salir otra vez.

—Pero lo es, y Keitan es el padre. Si te atreves a apartarlo de mí, su deber con nuestro hijo lo hará regresar. Así son las cosas, Aurora. Lo mejor será que te vayas con el rey de una vez, porque jamás podrás ser feliz con Keitan. Él es mío, su vida y su cuerpo me pertenecen. Tú has sido solo un desliz, un pasatiempo.

—Eso no es verdad —dije conteniendo las lágrimas—. Él me ama, íbamos a irnos juntos, tú lo sabías. Él quiere estar conmigo, eres una

mentirosa —dije, aunque mi corazón se partía en mil pedazos. No podía fiarme del todo de Davina, era una tramposa. Necesitaba ver a Keitan, quería que él me diera una explicación.

—No seas ilusa, Aurora. Keitan y yo nos íbamos a casar, llevábamos muchos años compartiendo muchas cosas, incluyendo el lecho. Él no se podía resistir, ya sabes cómo es. Un hombre tentador y apasionado, ¿en serio crees que resistió tanto tiempo sin tocarme? —No quería creerlo, pero pensé que podía ser verdad. Era cierto que Keitan era una gárgola apasionada, era difícil resistirse a él—. Ahora estoy embarazada, él aún no lo sabe. Eso solo acelerará nuestra boda, así acabará esto. Es cierto que te desea mucho, odio con todas mis fuerzas esa idea, pero es la verdad. Incluso estaba dispuesto a enfrentarse al rey, perdió la cabeza por ti.

—Porque me ama —dije, sin poder contener las lágrimas—, y tus mentiras no van a separarnos.

—No me interesa si no me crees, mosquita muerta, la cuestión simple. Puedes huir con él a pesar de todo si eso quieres, pero si os atrevéis a hacer eso daré aviso a la guardia real. Les diré dónde está Siena y Blair será considerado un traidor, ¿eso es lo que quieres?

—¿Le harías eso a tu propio hermano? —pregunté sorprendida.

—Haré lo que sea con tal de retener a mi hombre conmigo, no lo dudes. Y para que no te queden dudas de lo que soy capaz, mataré a tu madre y a tu amiga Alexa, ¿está claro?

Grité horrorizada. Davina estaba loca de verdad.

—Eres un monstruo —dije con temor.

—Un monstruo precioso —dijo con orgullo—. Ahora es tu decisión, ¿aún quieres quitarme a mi hombre y sufrir las consecuencias? —Sentí miedo, Davina era una loca peligrosa que me amenazaba sin temor, no podía permitir que se saliera con la suya. Sabía que Keitan me buscaría de todas maneras, entonces aprovecharía para hablar con él y decirle lo que Davina planeaba. Solo me quedaba fingir que me había rendido.

—No haré nada —le dije—. Mañana me iré a la corte de las gárgolas y no volverás a saber de mí. Quédate con Keitan si es lo que te place.

—Así me gusta —me dijo con una sonrisa—. Ahora lárgate, no quiero verte.

Di media vuelta. Aún estaba nerviosa por este encuentro y lo que podía pasar. Según el plan de Keitan, en unas horas podríamos huir juntos, solo tenía que esperar. Pero justo cuando di unos pasos para alejarme al fin de

Davina, sentí que me agarraba de los hombros con fuerza. Más que eso, sentí sus dedos como si fueran garras. Ella era una mujer gárgola después de todo.

—No me puedo fiar de ti, mujercita. Será mejor que te mueras y así nos ahorramos problemas.

No me dio tiempo a reaccionar. Davina era muy fuerte y en ese momento me empujó hacia las escaleras. Solo grité e intenté agarrarme a algo. La caída fue estrepitosa, me golpeé mientras caía y no podía detenerme. Cuando me di cuenta me golpeé en la cabeza y todo el mundo se nubló a mi alrededor. No había nada que pudiera hacer, todo había desaparecido...

Capítulo 26

Davina

Mi obra maestra estaba casi terminada, todo había salido exactamente como lo planeé. Incluso aún mejor, porque había conseguido matar a la zorra de Aurora. Yo estaba en la cima de la escalera mientras contemplaba su cuerpo al final de la misma. Estaba inconsciente, o muerta quizá. Esa caída había tenido que matarla. La miré con una sonrisa de satisfacción. Sabía que esto no era parte del plan de Logan, pero no me importaba. Nadie me había visto, podían decir que se resbaló y nadie jamás sabría la verdad.

Ahora todo el camino estaba libre para poder quedarme con Keitan tal como siempre quise. Desde que me enamoré de él fui capaz de las mayores locuras para tenerlo. Incluso fue necesario que quitara a Selene del medio. Esa insípida mujercita no merecía el amor de mi adorado Keitan, él merecía a una mujer como yo. Por eso, cuando las gárgolas traidoras la persiguieron, yo fingí que la ayudaba. La pobre idiota huyó conmigo, pero yo esperé el momento preciso para deshacerme de ella. La herí de muerte, y finalmente la dejé en bandeja de plata para las gárgolas traidoras. Ellos no me hicieron daño porque los ayudé en su misión de dañar lo que Keitan más amaba, y yo reí satisfecha mientras ella moría.

Si fui capaz de todo por Keitan en el pasado, ¿cómo no hacerlo ahora? Él era todo lo que amaba y deseaba en el mundo, con la desgraciada de Aurora viva jamás podría tenerlo. Con ella muerta, tenía el camino libre para quedarme con él y no dejarlo nunca. Fue necesario mentirle a Aurora sobre mi embarazo, y creo que fue una buena idea. Keitan estaba enfermo de amor por Aurora, pero cuando llevara a su hijo en el vientre las cosas cambiarán. Tenía que encontrar una forma de quedarme encinta.

Decidí regresar al comedor donde había dejado a Keitan desmayado por mi pócima. Pensé en llamar a Logan y pedirle ayuda para dejarlo en la cama, así podría mentirle diciendo que los dos compartimos el lecho. Luego sería fácil inventar un embarazo.

Sí, todo estaba saliendo a la perfección. Yo me iba alejando de la escena, cuando de pronto escuché un grito de auxilio.

—¡Oh, Dios mío! ¡Ayuda! ¡Necesitamos ayuda urgente! —gritaba alguien desesperada. Sus fuertes gritos se escucharon por todo el castillo. Yo me escondí tras una columna, no podía dejar que me vieran ahí o

sospecharían de mí. La mujer que gritaba lo hacía tan fuerte que pronto las gárgolas de la guardia real llegaron a la escena.

—¡Por los dioses! ¿Qué ha ocurrido? —gritó uno de ellos.

—No lo sé, la encontré así, creo que se ha resbalado al bajar las escaleras —dijo la mujer que la encontró, que lloriqueaba al lado del cuerpo de Aurora—. Por favor, decidme que está viva... No puede morir.

—Calma, muchacha. Todo va a ir bien, ¿cómo te llamas?

—Alexa —contestó. Ajá, así que era su amiguita. Lo único bueno de todo esto es que nadie sospechaba la verdad, que Aurora fue empujada.

—Alexa, tu amiga está viva aún —declaró uno de ellos, y yo por poco grito de la rabia y la impresión, ¿cómo rayos era eso posible? ¡Maldita sea! Fallé y no logré matar a Aurora—. Ha perdido sangre —agregó el guardia. Eso me alivió en cierta forma, quizá aún podía morir.

—¿Y se salvará? —preguntó Alexa.

—No lo sabemos. Ahora la pondremos a salvo. Muchacha, ve a buscar a alguien que cure sus heridas, necesitamos salvar a nuestra reina.

Antes de que me descubrieran, decidí huir y esconderme. No iba a arriesgarme a que me descubrieran y sospecharan de mí. Volví con Keitan; él aún dormía. Empecé a ponerme nerviosa, quizá las cosas no iban tan bien como pensé en un principio. Cuando la puerta se abrió, temblé pensando que quizá era la guardia real, pero suspiré aliviada al ver a mi hermano.

—¿Lo has conseguido? —me preguntó.

—Sí, Aurora nos vio juntos y huyó llorando de aquí. No ha vuelto, y dudo de que desee hacerlo.

—Quizá se lo creyó, pero las cosas no han ido tan bien —me dijo serio.

—¿Por qué? ¿Alguien sospecha? —pregunté fingiendo inocencia. No podía dejar que Logan se enterara de lo que había hecho.

—No, cuando se fue lloriqueando de aquí cayó por las escaleras. Hay todo un alboroto, está inconsciente y no saben si despertará.

—Oh... entiendo —dije fingiendo sorpresa—. Supongo que ya los dioses lo decidirán, ha sido cosa del destino.

—Y tú debes de estar más que contenta.

—No voy a negarlo, ha sido oportuno. Ojalá se muera, pero eso ya no es asunto mío. Ahora tengo que asegurar mi matrimonio con Keitan, algo que nos conviene a los dos.

—Bien —dijo de mala gana—. ¿Qué quieres que haga?

—Vamos a llevarlo a su cama, yo despertaré a su lado. Tengo planeado

decirle que estoy embarazada, ya me las ingeniaré. Si Aurora sobrevive, él no podrá abandonarme si llevo a su hijo.

—Eso suena bien —me dijo ya más convencido. Lo bueno era que había logrado que no sospechara de mí, eso era lo principal—. Ahora mismo lo llevo.

Ya que Logan era fuerte, levantó a Keitan sin mucho esfuerzo y lo llevó tranquilamente hasta su cama. Ahí lo recostó. Estaba dormido sin posibilidad de despertar hasta el amanecer.

—Iré a ver cómo está Aurora —me dijo Logan.

—Y yo te acompañaré, creo que es mejor que los dos finjamos preocupación. —En realidad solo necesitaba saber si moriría o no. Tenía que encontrar la forma de sacarla de aquí, porque si despertaba y me señalaba como la culpable de todo estaría perdida.

—Bien, andando.

Los dos fuimos hasta la habitación donde cuidaban de Aurora. Esa sirvienta idiota de Alexa me miró mal, pero apenas le presté atención. Los guardias parecían preocupados, había llegado una sanadora a revisar a Aurora y por su rostro deduje que las cosas no iban nada bien. Tuve que hacer mucho esfuerzo para contener la sonrisa, ella moriría en cualquier momento, solo tenía que asegurarme de eso.

—No hay nada que hacer, señores —les dijo la sanadora—. Ahora está en manos de Dios.

—No puede decirnos eso, esta mujer es muy importante para nuestra gente, no puede morir.

—¿Qué puedo hacer yo? El golpe ha sido fuerte, no reacciona. He visto estos casos, es probable que nunca despierte, o que muera en el transcurso del día. —Se hizo el silencio total. La sanadora hizo una inclinación y se retiró, ya había dejado claro que no había nada que hacer.

—No podemos permitir que muera —dijo un guardia—. Oh, cielos, ojalá hubiera una hechicera aquí...

—Aquí no, pero aún hay esperanzas. —El que habló fue Logan. Lo miré de reojo, molesta, ¿qué pretendía ese estúpido?

—¿Qué quieres decir? —preguntó un guardia.

—Ella no sobrevivirá aquí, tenéis que llevarla con una verdadera hechicera. Estoy seguro de que solo Ariadne puede salvarle la vida —dijo Logan. Contuve mi indignación. El desgraciado se había puesto en mi contra. Yo solo quería que Aurora muriera, pero Logan quería sacarla de aquí. Lo

peor era que tenía razón. Si llegaba a las manos de esa bruja miserable de Ariadne se iba a salvar.

—Quizá no sobreviva al camino —le dijo un guardia.

—Es mejor arriesgarse a que muera aquí y el rey os culpe por no cuidar a su reina como se supone tuvo que ser. —Al escuchar eso, los guardias temblaron. Era su responsabilidad mantener a Aurora a salvo, pero no lo habían conseguido. Y ahora entendía lo que quería mi hermano. Así como yo deseaba apartar a esta mujer de mi amado, él quería apartarla de Keitan porque la deseaba. No tenía ni idea de cómo Logan pretendía robarle a Aurora al rey, pero no me importaba. Solo me quedaba rogar para que Aurora muriera en el camino.

—Bien, vamos a llevar a Aurora a la corte para que Ariadne la salve —dijo decidido el líder de los guardias—. ¿Dónde está el conde McCord? Seguro que él querrá saber sobre esto. Tenemos que informarle de lo que está pasando.

—Olvidadlo —dije yo—. El conde no tiene interés en esta muchacha, ya no. Ahora mismo duerme después de lo que pasó entre nosotros. —No fue necesario entrar en detalles, ellos entendieron perfectamente lo que había querido decir.

—La prioridad es que os vayáis de aquí de una vez, hay que salvar a Aurora —les dijo Logan—. ¿De verdad vais a esperar a que ese conde desvergonzado despierte? Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

—No vamos a esperar —dijo el líder de las gárgolas—. Vamos a salvar a la reina cueste lo que cueste. La llevaré en mis brazos, volaré día y noche sin descanso. Ella tiene que vivir.

—Bien dicho —los animó Logan—. No hay tiempo que perder.

Me sentía inquieta. Me alegraba que se llevaran lejos a Aurora, pero sabía que si ella sobrevivía, yo estaría perdida. Ella iba a acusarme por intentar matarla, me iba a meter en problemas. Lo único que me quedaba era esperar que muriera en el camino.

Pasó buen rato hasta que vi a las gárgolas partir con Aurora. También se llevaron a la madre de la chica. No sabía en qué iba a acabar todo esto, pero tenía que asegurar mi parte. Corrí a la habitación donde Keitan aún dormía gracias a mi pócima. Me desnudé y me recosté a su lado. Dormiría y al amanecer él me encontraría entre sus brazos.

Capítulo 27

Keitan

Sentía los párpados muy pesados, no podía abrirlos. Al fin había despertado y al principio no conseguía recordar qué rayos había sucedido y cómo había acabado en esta situación. Sabía que estaba en mi cama, sentía la comodidad del lecho y de los finos almohadones. De pronto sentí que alguien se movía a mi lado, su piel rozó la mía y sin querer sonreí. Me sentía adormecido y por un instante pensé que era Aurora la que estaba a mi lado.

Pero luego mis sentidos se aclararon y el olor de otra mujer llegó a mi nariz. Bastó reconocer su aroma para despertar por completo. Reaccioné al fin y casi me levanté de un brinco de la cama. Abrí los ojos sorprendido al ver a Davina desnuda en mi cama. Estaba tan turbado que al principio no reaccioné. Miré hacia la ventana y vi que ya había amanecido. Me alarmé, había quedado con Aurora en huir durante la madrugada y la hora ya había pasado. En ese momento Davina se despertó, se incorporó y me miró con una sonrisa. Todo me parecía irreal.

—Amor mío, vuelve a la cama. Ven conmigo.

—¿Qué demonios está sucediendo? —pregunté molesto.

—¿Acaso no lo recuerdas? —me preguntó ella sonriente. Me dolía la cabeza, y mucho. Me llevé ambas manos a la cabeza y cerré los ojos intentando recordar. Las imágenes acudieron a mí por partes. Recordaba que cenaba solo cuando de pronto llegó Davina. La siguiente imagen era de ella sobre mi regazo, nos estábamos besando. Y luego vi a Aurora en la puerta del comedor, sus ojos estaban cubiertos de lágrimas y huyó llorando. Grité de rabia, ¿cómo era posible todo eso? ¿Cómo demonios terminé en la cama con Davina? No conseguía recordar esa parte, pero empecé a desesperarme, Aurora nos había visto juntos y yo no hice nada por detenerla, eso no podía ser cierto—. Ya veo que recuerdas la apasionante noche que hemos pasado juntos —me dijo Davina. Se había incorporado de la cama y avanzaba hacia mí con el cuerpo desnudo.

—¿Qué me echaste en el vino? —pregunté molesto y la agarré fuerte por los hombros—. ¡Responde ahora mismo!

—¡Suéltame! —gritó ella haciendo un gesto de dolor—. Solo te di un afrodisiaco y tú perdiste el control, solo querías follarme. Lo hiciste, no me dejaste descansar en toda la noche. Ni siquiera te importó que Aurora nos

viera, me abriste de piernas en el comedor y mis gemidos se escucharon por todo el castillo. Ella los escuchó.

—No... no... ¡Eso es imposible! ¡No lo recuerdo! —dije desesperado. No podía ser verdad, yo jamás haría algo así, ¿y por qué no conseguía recordar nada? Davina podía estar mintiendo. Pero ¿cómo explicaba que despertara junto a mí en la cama? ¿Qué todo su cuerpo oliera a mí? Maldita sea, quizá fuera cierto y pasó algo entre nosotros.

—Tranquilo, no estuvo nada mal. Eres maravilloso en la cama —me dijo con una sonrisa. Pegó todo su cuerpo al mío, pero yo le di un empujón que la hizo caer de espaldas a la cama

—¡No te atrevas a acercarte a mí, mujerzuela! —grité furioso—. ¿Cómo pude pensar alguna vez que eras una mujer decente? ¿Cómo pude aceptarte como mi futura esposa? Y además dejé que te acercaras a mi hija y envenenaras su corazón. Eres un monstruo, Davina. No importa lo que hagas, jamás estaré contigo. —Ella me miró con el ceño fruncido. Cogió una sábana y se cubrió el cuerpo. Estaba muy molesta.

—Y no importa que intentes huir, eres mío. El consejo jamás romperá nuestro compromiso, nos vamos a casar lo quieras o no. Jamás dejaré que te quedes con Aurora, antes muerta —decía.

—Estás loca —le espeté con desprecio antes de salir de la habitación.

No quería verla más, pero tampoco podía salir desnudo por el castillo. Por suerte, mi vestuario estaba en otra estancia. Cogí una camisa y un pantalón sencillo. Escuchaba que Davina vociferaba algo desde la habitación, pero me vestí rápido y me puse las botas. No quería volver a cruzármela. Salí corriendo hacia la habitación de Aurora. Grande fue mi sorpresa cuando la encontré vacía.

—Oh no... —dije preocupado. Empecé a recorrer las habitaciones cercanas y no la encontré. Temí lo peor, ¿dónde estaba Aurora? Bajé a la planta baja, quizá los sirvientes del castillo supieran algo, pues ni siquiera su madre estaba. Por suerte para mí, me encontré con la criada amiga de Aurora, esa muchacha llamada Alexa.

—Mi señor —me dijo ella haciendo una leve inclinación.

—Alexa, necesito saber dónde está Aurora, no la encuentro por ningún lado —le dije preocupado, y ella me miró incrédula.

—¿Es cierto lo que dice, señor? Porque anoche, mientras ella pasaba el peor de los tormentos, usted dormía —sentí algo de rencor en su voz, cosa que me sorprendió.

—¿Tormentos? ¿Qué le ha pasado? —pregunté lleno de preocupación.

—Tuvo un accidente, cayó por las escaleras. No sé cómo ocurrió, quizá huía de algo. Al caer se dio varios golpes, pero el peor fue en la cabeza. No despertaba. La sanadora dijo que no había esperanzas, que moriría en cualquier momento —contestó Alexa con lágrimas en los ojos. Yo palidecía mientras escuchaba sus palabras.

—No... por todos los dioses del cielo... No...—decía mientras sentía que todo mi mundo se desmoronaba. Ya entendía lo que había pasado. Aurora se había ido corriendo cuando nos vio a Davina y a mí juntos, tropezó y cayó hasta darse un golpe mortal. Todo era culpa mía, me dejé engañar por la víbora de Davina y no pude proteger a mi amada—. ¿Dónde está? Por favor, responde, necesito saberlo —le dije como si estuviera rogando. Era obvio que Aurora no estaba en el castillo, se la habían llevado a otra parte.

—¿De verdad le importa? Anoche lady Davina dijo que estaba con usted, que Aurora ya no era importante en su vida.

—¡Eso no es verdad! —grité desesperado—. Todo fue una maldita trampa de Davina, ella me puso algo en la bebida y me durmió, era uno de sus trucos para atarme a ella. Aurora es la mujer de mi vida, es mi hembra, nuestros destinos están atados para siempre. Jamás le haría daño, la amo con todo mi corazón. Alexa, necesito que me digas donde está. No me importa si tengo que ir hasta el fin del mundo para encontrarla, haré lo que sea necesario. —Ella me miraba perpleja mientras hablaba y finalmente asintió. Mis palabras lograron convencerla.

—Le diré la verdad. La guardia real se la llevó a la corte —dijo para mi sorpresa—. Dijeron que la única forma de salvarle la vida era llevándola con una hechicera, y el señor Logan sugirió a una tal Ariadne. Así que no discutieron más, se la llevaron para salvarle la vida.

—Entiendo... —dije pensativo, pero también preocupado. Era verdad que, si la herida de Aurora era muy grave, Ariadne era la persona indicada para ayudarla. Pero se la habían llevado a la corte del rey Evan y nunca saldría de ahí. Supondrían que había llegado para casarse con el rey. Tenía que ir a por ella, no podía permitir algo así. No me importaba lo que tuviera que hacer para recuperar a mi mujer. Era capaz de afrontar todos los riesgos por tenerla a mi lado.

—¿Irás a por ella? —me preguntó Alexa con curiosidad.

—Por supuesto —contesté—, partiré inmediatamente. El castillo quedará a cargo del ama de llaves hasta que vuelva. Alexa, por favor, llama a los

criados, necesito hablar con ellos antes de partir.

—Claro, señor —dijo ella antes de inclinarse y hacer lo que le había pedido.

Los criados no tardaron mucho en reunirse. Yo tenía que dejar todo ordenado. No podía olvidar mis deberes con Abercrombie. El pueblo estaba bajo mi protección y había muchos refugiados en el castillo a causa del ataque de los demonios. También había gárgolas que envió el rey para cazar a los enemigos, así que de momento la zona era segura. Ordené a mis criados que atendieran a los refugiados tal como lo habían hecho hasta ahora, que si las gárgolas enviadas por el rey llegaban en busca de descanso, también debían ayudarlos. El castillo era grande y había espacio para todos. Eso sí, les dije que, salvo Blair, ningún miembro de la familia St. Clair era bien recibido. Logan y Davina tenían prohibida la entrada.

Después de dejar todas las indicaciones, me decidí a partir por fin. Subí a la parte más alta de mi castillo e inicié en segundos la transformación. Como gárgola, me sentía más fuerte, invencible. Desplegué las alas y empecé el vuelo por el cielo de Abercrombie. Volaba tan rápido como podía, no me importaba si no dormía en el camino. Necesitaba llegar a Aurora y asegurarme de que estuviera bien. Confiaba en las artes mágicas de Ariadne, pero no estaría tranquilo hasta verla. Y, sobre todo, necesitaba explicarle la situación. Que ella no pensara que la engañé con Davina, porque yo jamás haría algo así.

Después de unos días de vuelo, divisé una vez más el majestuoso castillo real de las gárgolas. Suponía que Aurora ya había llegado. Si ella había salido unas horas antes que yo, seguro que Ariadne ya la estaba atendiendo. Al aterrizar en el castillo, varios me miraron con desconfianza. Cuando solicité mi ingreso al castillo, el heraldo del rey me miró de pies a cabeza sin entender qué hacía yo allí.

—Conde McCord, su presencia no ha sido requerida por su majestad, ¿qué hace aquí? —me preguntó.

—¿Acaso ya no soy bienvenido? —pregunté molesto. No podía creer que me trataran de esa manera—. ¿Acaso ya no estoy en la gracia del rey?

—Eh... conde, no quiero ser maleducado —me dijo en un tono más servicial—. Pero usted y la futura reina tienen cierta historia, todos lo saben. Y se prefiere poner distancia entre ambos, no puede presentarse así en el castillo. Compréndame, yo solo recibo órdenes.

—¿De quién? ¿Del rey acaso?

—Pues... —el heraldo me iba a contestar, pero entonces una puerta se abrió. Fruncí el ceño cuando vi llegar a Mortimer, el líder del consejo.

—Keitan McCord —me dijo casi sin mirarme.

—Conde Keitan McCord —le corregí. No podía tolerar esa falta de respeto.

—Ah... sí, por ahora —me miró con una sonrisa de burla. Entonces entendí lo que estaba pasando. Quizá Mortimer aconsejó al rey que me quitara mis títulos, olvidando que fui yo quien fundó Abercrombie y quien combatió a los demonios para hacer de ese lugar un sitio habitable. No iba a permitir que me trataran de esa manera.

—No eres el rey, así que no te debo respeto, sabandija —le dije mirándolo amenazante. Noté por un instante el temor en su mirada—. No podéis negarme la entrada. Este lugar es el hogar de todas las gárgolas del mundo, todos tenemos derecho a venir.

—Sí, eso es en parte cierto —contestó Mortimer—. Pero considerando que abusaste de la inocencia de nuestra futura reina, no creo que sea bueno que te pasees por aquí. Ella ha llegado hace unas horas y Ariadne la está atendiendo. Herida en tu propio castillo, y se supone que la protegías.

—Fue un accidente, a cualquiera puede pasarle —le dije, pero aun así me sentí muy culpable por lo que le había sucedido a mi amada.

—No a la reina —contestó con frialdad—. Y ni siquiera estuviste ahí para socorrerla. Los guardias reales nos informaron de tu... interesante actividad con Davina St. Clair —me dijo burlón. Yo contuve la rabia. Esa maldita de Davina había conseguido lo que quería—. Así que después de todo teníamos razón; solo jugaste con ella, te aburríste y ahora vienes a fingir preocupación.

—¡Cierra lo boca! —grité colérico. No pude contenerme más y lo agarré de las solapas—. No vuelvas a repetir algo como eso, soy capaz de matarte.

—Será mejor que te calmes, Keitan —me dijo en el mismo tono. Y, para mi sorpresa, respondió a mi ataque. Me dio un empujón que por poco me hace caer. Mortimer siempre se mostraba pasivo, para cualquiera era fácil olvidar que era una gárgola antigua y poderosa, casi tanto como yo —. ¿Acaso quieres declararle la guerra al líder del consejo?

—No te atrevas a desafiarme, Mortimer. Más de uno estaría contento de verte fuera del consejo, así que será mejor que te calles.

—Y el rey estaría muy contento de verte fuera de la sociedad de gárgolas. Quizá alguien influya para eso...

—¡Silencio los dos! —No me había dado cuenta de que habíamos armado

un escándalo. Al girarme vi a la hechicera Ariadne mirándonos con el ceño fruncido—. ¿Qué clase de pelea es esta entre dos caballeros? Parecéis bárbaros.

—Lo lamento, señora —dije yo y solté a Mortimer.

—Lo siento, querida. No era mi intención molestarte —dijo él.

—No soy tu «querida», no me llames así —le contestó y luego me miró—. Conde McCord, no pensaba verlo tan pronto aquí, considerando lo que se dice de usted.

—Nada de eso es cierto, y estoy de verdad preocupado por Aurora —le dije con sinceridad. Ariadne me miró a los ojos, sentía como si estuviera leyendo mi alma. En momentos como ese, entendía por qué Mortimer había perdido la cabeza por ella, y también entendía que ella lo rechazara tajantemente. Alguien como Ariadne no podía sentir nada por alguien tan miserable como él.

—Lo sospechaba —me dijo. Quizá ella no confiaba en la versión de Davina, quizá al ver a mis ojos notó el verdadero amor que sentía por Aurora—. Venga, conde, sígame.

—¿Podré ver a Aurora? —pregunté esperanzado.

—Ella aún duerme, pero puedes verla. No te preocupes mucho, solo necesita un poco de descanso. Estuvo al borde de la muerte, pero gracias a mi magia se recuperará.

—Oh... no sabes cuánto me alegra escuchar eso —dije aliviado. Mortimer se hizo a un lado. Ya había notado que sobraba allí.

—Adiós —dijo y se retiró.

Seguí a Ariadne por el castillo. Ella me llevó hacia un área donde normalmente descansaban algunas hechiceras gárgolas. En una de las habitaciones estaba Aurora. Descansaba sobre una cama, había algunas velas a su alrededor, que seguramente Ariadne había usado para su magia. Parecía solo dormida. Me enternecí al verla, me acerqué y acaricié sus mejillas. Aún dormida, deposité un suave beso en sus labios. Solo me quedaba rogar para que se recuperara pronto. Después de unos minutos, Ariadne me hizo una seña y yo salí tras ella.

—Keitan, en realidad no puedes estar aquí —me dijo—. Mortimer no mintió, el rey también cree que lo mejor es mantener las distancias entre Aurora y tú. Ella va a casarse con el rey.

—No si yo lo impido —contesté con decisión. Ella me miró sorprendida y temí que quizá me delatara ante el rey.

—Yo no sé en qué acabará todo esto, pero solo digo que, si de verdad os queréis, el amor triunfará —dijo para darme esperanzas—. Y ahora salgamos, que nadie más te vea aquí, es muy peligroso.

—Está bien, y gracias por traerme.

—De nada. —Miré una vez más hacia Aurora. Necesitaba amarla y tenerla entre mis brazos otra vez, pero ahora ya no podíamos huir. Solo quedaba esperar.

Capítulo 28

Aurora

Antes de abrir los ojos me sentía bastante extraña. Había algo diferente en la forma de sentirme, como si algo fluyera dentro de mí, esto era algo que jamás me había pasado. Me sentía bien, demasiado bien, por increíble que pareciera. Pero todo cambió al abrir los ojos y mirar a mi alrededor. No tenía ni idea de dónde estaba, no reconocía el lugar. Me incorporé rápido y miré asustada sin entender. ¿Dónde se suponía que estaba?

La cuestión empeoró cuando la puerta se abrió y vi aparecer a una mujer que no conocía. Estaba asustada, no sabía quién era y atacó. Fue por instinto, ni siquiera fui capaz de controlarme. Me sentía amenazada y levanté las manos. Me pasó como aquella vez que Davina intentó matarme, liberé esa extraña energía blanca. Esa magia. Noté los ojos sorprendidos de la mujer que entró, pero la que acabó más sorprendida fui yo al ver que ella fue capaz de detener mi ataque. Ella también levantó las manos y lo contuvo, luego lo disipó.

—Aurora, cálmate —me dijo con voz serena. Había algo extraño y diferente en ella. No era una mujer cualquiera, era una gárgola. ¿Cómo lo sabía? Su olor, sí, eso era. ¿Cómo podía de repente percibir el aroma de una gárgola si jamás había sido capaz de hacerlo con Davina o lady Siena? —. Estás a salvo, no es necesario que hagas eso.

—¿Dónde estoy? —pregunté aún con temor. No entendía nada, y empezaba a dolerme la cabeza.

—En el castillo real. —Me dio miedo de solo escuchar esas palabras. No podía ser, justo el lugar de donde quería huir.

—¿Cómo he acabado aquí?

—Te trajeron las gárgolas de la guardia real para atenderte. Habías tenido un accidente y traerte a mí fue la única forma que encontraron de salvarte la vida.

—Oh... —dije sorprendida. Así que eso era—. Disculpa, ¿quién eres tú?

—Ariadne —contestó. Al verme más tranquila, la hechicera gárgola se acercó a mí. De alguna forma no la sentía como una amenaza, había algo en su aura que me daba paz.

—Keitan me habló de ti —le dije. Era cierto, mi amado me había contado brevemente que pensaban ponerme bajo la instrucción de Ariadne, una

hechicera pura que podría ayudarme mucho.

—Me alegro —me dijo con una sonrisa—. ¿Cómo te encuentras después del accidente? ¿Te duele algo?

—Solo estoy confundida. Y hay una cosa que debo decir. Lo mío no fue un accidente, no me caí. Intentaron matarme.

—¿Quién? —me preguntó sorprendida.

—Davina St. Clair —dije entre dientes. Nunca había sentido tanta rabia hacia ella como en ese momento. La odiaba y quería destruirla. Quería tenerla delante para destrozarla, golpearla hasta que no quedara nada de ella. Esa zorra se lo merecía.

—Debí sospecharlo —me dijo Ariadne—. Esa gárgola está loca por Keitan desde hace mucho, haría cualquier cosa por tenerlo.

—Ya lo creo, si fue ella misma la que me empujó por las escaleras. Quiero... quiero matarla... —dije furiosa. El odio me carcomía por dentro, como si un instinto primitivo y salvaje hubiera despertado.

—Aurora, debes mantener la calma —me dijo Ariadne con suavidad. Solo entonces lo percibí. Todo en la habitación estaba temblando, como si fuera un terremoto. Y yo era la causante de eso. Solté un grito de sorpresa, respiré hondo varias veces hasta lograr que ese extraño movimiento se detuviera.

—Oh, Dios... ¿Eso lo he hecho yo? ¿Por qué? No sé... no entiendo nada. ¿Qué me está pasando? ¡Me siento tan diferente desde que me desperté! —grité asustada, pero Ariadne me agarró las manos para calmarme. Las apretó despacio, como si fuera una especie de técnica de relajación.

—Tranquila, no te pongas así —me dijo con suavidad al oído. Su voz era como un sueño que daba calma, era mágica. Solo eso logró que me tranquilizara por completo, me sentía muy nerviosa—. La razón, Aurora, es que tu magia y tu naturaleza de gárgola al fin han despertado. Tuve que romper el sello.

—¿Qué sello? —pregunté sin entender.

—Oh, dulce criatura, no tienes ni idea, ¿verdad?

—Sé que mi padre fue una gárgola original, alguien legendario, pero nada más.

—Exacto, y por eso tu poder es grande. Por eso, quizá tu padre o alguien más, te puso un sello mágico que contenía tus poderes de gárgola y tu magia. Quizá lo hizo para alejarte del peligro y protegerte, es lo único que se me ocurre. Cuando llegaste aquí lo sentí, por eso me esforcé en romper el sello

para así curarte, y déjame decirte que no fue nada fácil. Pero ahora al fin tu verdadera naturaleza fue liberada, eres una gárgola completa.

—Cielo santo... —dije sin salir de mi asombro. Así que era eso. Esta sensación de fuerza, el odio intenso y salvaje hacia Davina, incluso mi magia, todo era al fin libre. Al fin podía ser una gárgola—. Pe... pero yo nunca me he transformado —le dije aún sorprendida.

—Ya lo harás, no te preocupes. Yo te enseñaré cómo, necesitas a una buena instructora y estaré aquí para ti —me dijo dulcemente. Le sonreí, Ariadne no solo era una hechicera gárgola amable y buena, también increíblemente hermosa. Era muy agradable y, a pesar de la confusión, me alegraba saber que pasaría mucho tiempo con ella aprendiendo magia.

—Solo quiero saber algo, ¿Keitan está aquí?

—Sí, él ha venido a verte. Está en el castillo desde hace dos días esperando a que despiertes. Viene todos los días a verte a escondidas.

—Quiero verlo, por favor, necesito verlo —rogué. Mi corazón latía con fuerza, ahora que me sentía una gárgola real, también podía percibir otra cosa. Nuestras almas estaban unidas, y yo lo deseaba más que cualquier otra cosa. Lo único que deseaba era estar entre sus brazos y olvidarme del mundo.

—Calma, dijiste que Davina fue la culpable de tu caída. Pero según la versión de los guardias, ella y Keitan estaban juntos cuando pasó.

—Sí, quizá eso es cierto. Pero estoy segura que fue una trampa, lo sé. Keitan jamás me engañaría, mucho menos con ella.

—Es exactamente lo que él dijo —contestó Ariadne—. Que Davina le dio una pócima para adormecerlo y por eso los encontraste en aquella situación.

—Lo sabía —dije furiosa. Estaba dispuesta a destrozarle ese bello rostro a Davina por atreverse a tocar a mi hombre. No a mi hombre, a mi macho. Él era mío y no iba a dejar que ella me lo quitara. Iba a defender lo que me pertenecía y la iba a destrozar. Por un instante me sentí abochornada de mis pensamientos, pero no podía controlarme. Ahora entendía por qué Keitan decía que las hembras gárgolas son muy territoriales.

—Tramó todo eso para apartaros, pero no lo consiguió.

—Yo creo que sí —le dije con amargura— Me han traído aquí para casarme con el rey, estoy más lejos de Keitan que nunca. —Ariadne calló, parecía que no le agradaba mucho el tema—. ¿Por qué tiene que ser así? ¿Por qué el rey quiere casarse conmigo?

—No quiere —dijo para mi sorpresa—. Es lo que tiene que hacer. Él es relativamente joven para nuestra raza, hay quienes no lo respetan. Por eso

existen las gárgolas traidoras, porque le han dado la espalda a su rey y quieren el poder para ellos. Cuando se case contigo será diferente, eres hija de alguien legendario para nuestra raza. Eso le dará legitimidad en el trono. Es solo política —me explicaba ella.

—Pues no quiero ser parte de esa política. A nadie le importa lo que siento, nadie me ha preguntado si quiero ser reina. Eso a mí no me interesa, yo ya tengo una vida. La única persona con la que quiero casarme es con Keitan —le dije muy segura. Ya estaba harta de ser una marioneta indefensa. Si de verdad era tan importante para las gárgolas, entonces quería poder de decisión. No iba a casarme con el rey, no podían obligarme.

—Yo te entiendo, querida. Ojalá las cosas fueran más simples. Para el rey esto también es difícil, aunque no lo creas.

—No lo parece —le dije. Ya no estaba tan molesta como hacía un rato. Quizá Ariadne conocía muy bien al rey, por eso me decía todo eso —. Ariadne, quiero saber una cosa. ¿Dónde está mi madre? ¿Keitan está aquí?

—Tu madre vino contigo, está bien. Te cuento que es de noche, así que debe estar durmiendo ahora mismo. Si lo deseas, puedo despertarla.

—Oh, no, que descanse. Hablaré mañana temprano con ella —contesté. Lo bueno era que mamá estaba cerca, pero yo tenía otro asunto pendiente —. ¿Y Keitan? —pregunté sin esperanzas. Ariadne era fiel a su rey, quizá era traición que dejara que viera a mi amado.

—Sabía que preguntarías eso —contestó tranquila—. Y puedo ayudarte, solo por esta vez. ¿Puedes caminar?

—Lo intentaré. —De inmediato aparté las mantas y me puse de pie. Di unos pasos, al parecer todo estaba en orden—. Todo está bien.

—Entonces sígueme.

Ambas salimos con discreción de aquel cuarto. Ariadne me guiaba por los pasillos del castillo, no tenía ni idea de a dónde íbamos. Mi corazón latía con emoción de saber que me reencontraría con Keitan, necesitaba estar con él. Llegamos hasta el otro lado del castillo. Ariadne me hizo una seña y avancé hasta llegar a una amplia y silenciosa terraza. Lo increíble era que yo ya sabía que él estaba ahí, podía sentir y reconocer su aroma mientras me acercaba. Lo vi de espaldas y mi corazón palpitó con fuerza. Él también me sintió, pues de inmediato giró hacia mí. Me miró perplejo. Estaba bastante sorprendido de verme ahí.

No pude contenerme más, corrí hasta llegar a él y me abandoné en sus

brazos. Keitan me estrechó con fuerza y buscó mis labios desesperado. Yo correspondí con ardor, eso era lo único que quería. Ahora que estaba a su lado, no quería separarme de él por nada del mundo.

—Estás bien, amor mío —me dijo emocionado—. Pensé que no volvería a ver tu sonrisa.

—Aquí estoy, he vuelto a ti —le dije intentando contener las lágrimas.

—Aurora, tengo que explicártelo. Lo que viste no fue real, fue Davina, ella...

—Shh... no digas nada, no tienes que excusarte. Sé que fue ella. Y ahora debes saber otra cosa. Lo mío no fue un accidente, no me caí. Davina me empujó, ella quiso matarme.

En cuanto le conté eso, Keitan ardió en rabia. Estaba furioso y lo entendía; yo también lo estaba. Quería destrozarse a esa mujercuela con mis propias manos. Los dos sentíamos deseos de escapar de ahí para hacer justicia, pero sabíamos que eso era arriesgado. No podía huir sin más, y si escapaba con Keitan, él podía ser acusado de traición. Ahora era más difícil que antes.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le pregunté a Keitan—. No podemos quedarnos aquí con los brazos cruzados.

—Esa miserable intentó matarte y seguro que Logan tiene algo que ver en todo ese ridículo plan para separarnos. Te juro que cuando lo encuentre no tendré piedad —decía furioso.

—Disculpad —dijo de pronto Ariadne. Estábamos tan concentrados en nuestro reencuentro que apenas reparamos en su presencia. Enrojecí sin querer, ella me había visto en los brazos de Keitan de una forma íntima. Eso era un poco extraño—. Si me permitís, tengo una idea.

—Claro que aceptamos cualquier tipo de ayuda, Ariadne —le dijo Keitan—. Eres una respetada hechicera, seguro que será una magnífica idea.

—Veréis, creo que tenemos que engañarlos —nos dijo ella mientras se acercaba—. Tenderles una trampa. En realidad, todo estaría en manos de Aurora.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata? —pregunté con curiosidad.

—Solo yo sé que Aurora ha despertado. Y como se ha dado un fuerte golpe en la cabeza, quizá podemos decir que perdió la memoria.

—Claro —dijo Keitan pensativo—. Eso nos ayudaría a ganar tiempo. El rey esperaría a que se recuperase y retrasaríamos la boda. Pero, ¿cómo podemos derrotar a los hermanos St. Clair?

—Mmm, creo que ya lo sé —dije yo—. Davina pensará que estará a salvo si he perdido la memoria, después de todo no podré delatarla por su intento de asesinato. Y Logan se acercará seguro, pensará que no lo detesto.

—Exacto —me dijo Ariadne—. Quizá logres que ellos mismos confiesen la verdad, porque si el rey ordena su captura, ellos huirán y será difícil atraparlos.

—Y ahora tengo la fuerza para enfrentarme a ellos —dije con una sonrisa. Me sentía segura, ya era una gárgola y me sentía capaz de todo.

—Calma —me pidió Ariadne—. Es cierto que has despertado como gárgola, pero aún no controlas tus poderes. Ellos han practicado sus habilidades durante años, pueden hacerte daño. Deja que el conde Keitan y yo nos hagamos cargo.

—¿En serio? —preguntó Keitan sorprendido—. ¿Te arriesgarías así por nosotros?

—Haría cualquier cosa por atrapar a ese par de traidores —dijo Ariadne muy segura—. No sabes la rabia que me dan. Logan es un idiota, un presumido que no merece los honores que tiene. Y Davina siempre odió a mi amiga Selene. —Aquello me sorprendió, no tenía ni idea de que Ariadne y la esposa de mi amado se habían conocido—. Ella la envidiaba porque estaba contigo y nunca me tragué su cuento de que la ayudó cuando los traidores la mataron. Después de lo que ha hecho con Aurora, creo que fue capaz de dañar a Selene, de matarla para quedarse contigo. —Vi en el rostro de Keitan un gesto de tristeza y dolor. Rabia también. Y ahora yo creía que tenía motivo: Davina estaba demente y quizá sí había sido capaz de dañar a Selene.

—Si es así, lo vamos a averiguar —dijo Keitan muy seguro.

—Yo estoy dispuesta a ayudar —les dije. Si tenía que fingir ser una desmemoriada para capturar a ese par, entonces lo haría.

—Perfecto —dijo Ariadne con una sonrisa—. Aurora fingirá no tener memoria, eso aplazará el matrimonio con el rey. Mientras, yo la entrenaré. Así ganaremos tiempo.

—Y yo encontraré la forma de traer a Davina y a Logan aquí, que se sientan confiados —dijo Keitan—. Entonces conseguiremos su confesión. De aquí no saldrán, estarán acorralados. —Parecía que todo ya estaba arreglado. Contaba con la ayuda de Keitan, que era fuerte y maravilloso. Él podría enfrentarse a Logan si era necesario. Y con la ayuda de Ariadne, una gran hechicera gárgola. Sí, todo parecía que iría bien. Pero...

—Hay una cosa —interrumpí yo—. ¿Qué será de nosotros? —le pregunté

a Keitan con tristeza—. ¿Acaso debo fingir que no te conozco y que no te amo? —Me dolió hacer esa pregunta. Aquello quería decir que tendríamos que separarnos. O amarnos a escondidas. Keitan me miró y acunó despacio mis mejillas, acercó sus labios a los míos y me dio un beso tierno.

—Te prometo que será por poco tiempo —me dijo él.

—No habrá otra alternativa por ahora —nos dijo Ariadne—. Yo... eh... tengo algo que puede ayudaros —nos dijo, aunque parecía algo temerosa de decirlo—. Un ungüento que ayudará a Aurora a hacer desaparecer el olor.

—¿Qué olor? —pregunté sin entender.

—El de Keitan. Porque lo tendrás por todo tu cuerpo mientras él esté aquí, ¿verdad? Todos lo van a notar. Y eso también le servirá al conde. —Enrojecí un poco. Aún me avergonzaba de hablar de sexo así, pero ella tenía razón. Con ese ungüento nosotros podríamos disimular que nos veíamos. Nadie sospecharía nada.

—Gracias —le dijo Keitan con una sonrisa cómplice—. Esto es más de lo que esperaba de ti, Ariadne. No tienes el deber de hacer todo esto por nosotros.

—Pero quiero hacerlo —dijo ella con seguridad—. Y ahora os dejo. La noche es corta y creo que debéis aprovechar cada momento que podáis. El castillo es grande.

Ariadne no nos dio tiempo de despedirnos. Se esfumó rápido y nos dejó a solas. Ella tenía razón, solo tendríamos esta noche para estar juntos antes que empezara la misión. Aunque yo no creía que eso fuera posible. Deseaba a Keitan con fuerza, y ni un compromiso con el rey me iba a persuadir de estar con él. Era su hembra y él era mi macho. Ahora lo tenía más claro que nunca.

Capítulo 29

Keitan

Aurora y yo nos escabullimos en la oscuridad de la noche. Escogí ese lado del castillo porque era silencioso y los sirvientes no molestaban, pero teníamos que llevar cuidado para evitar ser descubiertos. Sabía que si nos encontraban juntos ella podría ser castigada, y quizá ordenarían mi ejecución por traicionar al rey. Se suponía que ahora Aurora era su prometida y yo estaba tocando la fruta prohibida. No me importaba lo que ellos dijeran, ella me pertenecía. Y saber que hacíamos esto a escondidas era de alguna forma más excitante.

Avanzamos por los pasillos aprovechando la oscuridad. El tiempo me parecía eterno, tenerla tan cerca sin poder tocar cada centímetro de su cuerpo. A más nos acercábamos a la habitación, más ansioso me sentía. Sabía que pronto estaríamos a solas y podríamos disfrutar de nuestros cuerpos.

Cuando al fin abrí la puerta de la habitación que me habían asignado, sentí que estábamos a salvo. Solo quedaba rogar que nadie nos descubriera. Aparentemente nadie nos había visto, habíamos tomado todas las precauciones. Aseguré la puerta con llave y cerré las cortinas. Ahora sí, al fin estábamos a solas y no había riesgo de que nos descubrieran.

—¿Cómo te sientes ahora? —pregunté acercándome a ella. Acababa de despertar después de su accidente, pensé que quizá necesitaba más descanso. Lo sorprendente fue ver en su mirada la llama del deseo. Cuando estuvimos el uno frente al otro, ella fue quien se pegó a mi cuerpo y me atrajo para besarme. Sentí incluso que mordía mi labio inferior. Sonreí internamente. Aurora estaba hecha una fiera—. Te noto diferente —susurré sobre sus labios cuando nos separamos.

—Me siento mejor que nunca —contestó ella sonriente—. He despertado al fin, me siento una mujer nueva.

—Lo eres —dije yo acariciando sus mejillas. Ahora incluso podía sentir su olor de hembra más penetrante. Me estaba volviendo loco—. Eso quiere decir que te encuentras muy bien.

—Sí, y dispuesta a todo por ti. Ya has escuchado a Ariadne: tenemos que aprovechar esta noche para nosotros. Quién sabe cuánto tiempo tardará nuestro plan. —Yo asentí. La tentación de tenerla era fuerte, en ese momento lo único que deseaba era arrancarle el vestido y hundirme en ella. Acerqué

mis labios a su cuello y marqué un delicioso camino por ahí hasta llegar a sus pechos. Ella estaba escasamente vestida, podía ver sus hermosos senos a través de la tela. Los apreté. Ella gimió despacio—. Oh... Dios... —dijo por lo bajo.

—¿Qué ocurre? —pregunté extrañado.

—No lo sé, lo noto diferente ahora. Como si fuera más intenso. Más delicioso. —Ella se lamió los labios. Yo hice lo mismo.

—Es cierto, porque ahora que tu verdadera naturaleza se ha desatado, podrás sentir sin limitaciones el deseo.

—Quiero sentirlo ahora mismo —me dijo con voz felina. Seductora y provocativa. Me gustaba mi exquisita e inocente Aurora, pero también me encantaba verla hecha una fiera ardiente por mí—. Hay que hacerlo ya, te necesito.

—Aurora, eso sería arriesgado —le advertí—. Si te follo ahora, gritarás tan fuerte que todo el castillo lo escuchará. Vas a despertar al rey con tus gemidos —bromeé. Pero no pensaba detenerme.

—Te juro que no gritaré. Házmelo, seamos silenciosos. Podemos hacerlo, ¿verdad?

—Sí, podemos. —Aunque no estaba seguro de eso. Nunca había sido capaz de contener mi deseo con Aurora. Ella desataba a la fiera que había en mí.

—Y si el rey nos descubre, no me importa. Que se entere de que soy tuya y de que él jamás me tendrá.

—¿En serio? —sonreí. Me fascinó verla tan decidida, dispuesta a todo por estar a mi lado. Eso emocionaba mi corazón y encendía mi cuerpo.

—Si se atreve a casarse conmigo aunque yo no quiera, será un cornudo el resto de sus días. Jamás voy a dejarte marchar.

—Ni yo. Eres mía para siempre, Aurora. Y ahora quítatelo todo, te necesito como nunca antes —le dije con la voz ronca cargada de lujuria.

Ella obedeció de inmediato a mi súplica. Se levantó la túnica que llevaba y me dejó ver su exquisito cuerpo desnudo. Se acercó a mí como una gata fiera y desabrochó despacio los botones de mi camisa. Si quería matarme de deseo, lo estaba logrando. Aurora inclinó su rostro a mi pecho y yo me mordí la lengua para no gemir cuando sentí su deliciosa boca besando mis pezones. Su lengua húmeda hacía un buen trabajo. Mientras desabotonaba los botones de mi camisa, bajaba besando mi pecho. Aurora quedó de rodillas frente a mí y yo me quité el cinturón de los pantalones para bajarlo. Mi miembro erecto

estaba frente a ella. Desde abajo, Aurora me miró con una sonrisa pícara.

Ya lo había hecho antes, así que lo repitió. Lo cogió con su mano y empezó a estimularme. Entrecerré los ojos. Era difícil no hacer ruido cuando lo único que quería era que destrozáramos todo ese lugar con nuestra pasión. Me gustaba y me excitaba lo que Aurora hacía, pero quería más. Solo tenía que guiarla.

—¿Te gusta, mi amor? —me preguntó con voz melosa.

—Oh, Aurora... sí... quiero más... —dije yo con voz ronca.

—¿Qué quieres que te haga, mi amor?

—Métetelo en la boca —le pedí. Ella se detuvo un instante y me miró. Yo acaricié sus cabellos y cogí mi pene para mantenerlo firme.

—¿Eso te complacería?

—Mucho.

—Entonces... —Para mi sorpresa, la lengua de Aurora lamió la punta de mi miembro. Luego lo recorrió desde la base hasta la punta despacio. Era una deliciosa tortura—. Voy a complacerlo, mi señor.

Aurora estaba aprendiendo aún, pero eso no me importaba. Estaba fascinado de verla así, lamiéndome, dándome placer. Las sensaciones eran más fuertes, y me encantaba sentirme así. Me iba a correr en cualquier momento, pero lo que en realidad deseaba era derramar mi semilla en ella. Que me sintiera quemando sus entrañas. Estaba excitado de sentir su bella boca rodeando mi duro miembro, la suavidad de su lengua lamiendo con avidez mi piel sensible.

—Aurora, quiero follarte —le dije excitado. Ella se detuvo entonces y me miró desde abajo con una sonrisa tentadora.

—Hazme lo que quieras —me pidió y obedecí de inmediato.

No podíamos ir a la cama, haríamos mucho ruido, pero en el suelo había una alfombra de piel cómoda y suave que recibió a nuestros sudorosos y excitados cuerpos. Aurora se recostó y yo empecé a acercarme despacio, como un felino. Mis labios pasaron por sus piernas firmes y luego llegaron a su húmedo rincón. Bebí de ella como si fuera un sediento que busca saciar sus ansias de agua. Su esencia me volvía loco, no podía parar de lamer, no lo haría hasta que se corriera para mí. Ella apretaba con fuerza la piel de la alfombra, la veía luchar para contener sus gritos y no hacer ruido.

No le daba tregua a su cuerpo, la deseaba como nunca. Sabía que sus sensaciones eran más fuertes, que el placer que sentía era incontrolable. Cuando la penetré al fin como tanto deseaba, a Aurora se le escapó un grito.

Nos miramos asustados un instante por el temor de ser descubiertos, pero pronto eso pasó. Aurora cogió una de las prendas de ropa que nos quitamos en medio de nuestra pasión y la mordió. De esa forma se desquitaba para no tener que gemir ni gritar gracias a mis potentes embestidas. La penetraba sin piedad, y yo también me mordía la lengua para que no se escucharan mis gruñidos. Nuestras sensaciones estaban al límite, vibrábamos extasiados con esta unión. Por primera vez estábamos juntos como gárgolas y era sublime. El éxtasis nos llegó casi a la vez, fue como rozar el cielo. Me recosté a su lado sobre la piel de la alfombra. Ahí nos quedamos quietos recobrando la respiración.

Iba a luchar por ella aunque me costara la vida. Todo el cuerpo de Aurora olía a mí, la había llenado por completo. Esperaba que ese unguento de Ariadne fuera lo bastante potente para quitarle mi esencia de encima. No lo creía, en realidad, y pensé que el rey estaría furioso al saber que no tenía forma de poseerla cuando era totalmente mía.

Días después...

No podía quitarme la huella de pasión que quedó en mí después de una noche juntos. Antes, cuando Aurora tenía sus poderes sellados, era una humana que se cansaba pronto. Ahora como gárgola era una fiera incansable, ansiosa de mí. Los dos éramos iguales, eso era lo mejor de todo. Nos amamos hasta el amanecer, pero fue necesario que nos separáramos. Nos juramos que esto duraría muy poco tiempo, solo lo necesario para ejecutar el plan y conseguir la confesión de Davina. Ahora yo también quería saber si ella había matado a mi preciosa Selene. Si era así, sumado al intento de asesinato de Aurora, jamás se lo iba a perdonar.

Tenía muchos asuntos pendientes en Abercrombie. Al llegar, las gárgolas del rey que rastreaban demonios me dijeron que solo habían logrado capturar a uno de ellos, que habló bajo tortura con una herramienta mágica que les facilitó Ariadne. La luz y la armonía dañaba a los demonios, así que cuando la luz salió de esta, al demonio se le hizo insoportable. Era un demonio menor, para nuestra desgracia, pero antes de morir carbonizado, dijo la verdad. Que los demás demonios no volverían a Abercrombie por ahora, que quizá no aparecerían en un tiempo. Se estaban fortaleciendo. Habían pasado siglos dormidos, por eso no nos harían frente hasta que tuvieran la fuerza suficiente para enfrentarnos.

Eso me daba rabia, porque el tiempo pasaba y no podíamos atraparlos. El escuadrón de gárgolas cazadoras me dijo que quizá los traidores estaban ayudando a los demonios a ocultarse, solo podía ser eso. Maldita sea, ya no podíamos estar seguros de nada. Muchas gárgolas se habían asociado a sus enemigos y se habían convertido en lo que lucharon por destruir. Lo único bueno de esto era que mi pueblo estaba a salvo de momento, así que ordené se reconstruyera lo que fue arrasado por el paso de los demonios y que la gente volviera a hacer su vida. Siempre serían bienvenidos en mi castillo, eso sí.

Revisé mi correspondencia y vi sorprendido una carta de Blair. Me alegré mucho, él era el único de la familia St. Clair que valía la pena. Me contó que mi hija Siena estaba muy bien y feliz de conocer a los dragones, que incluso hizo amistad con muchachas dragonas de la familia Ragon. Eso me alegraba; Siena estaría a salvo hasta que acabara esta pesadilla. Me pareció justo que Blair supiera la verdad de lo que sucedía aquí, así que le escribí contándoselo todo, a pesar de la decepción que se llevaría. Le hablé sobre la treta que organizaron sus hermanos, de que Aurora por poco murió y de nuestras sospechas de traición por su parte. Me entristecía, pues Blair era una buena gárgola, pero su carrera en el consejo se vería manchada y su honor caería por culpa de esos dos. No lo merecía.

Ahora yo tenía que ejecutar mi parte del plan, y cuanto antes fuera, mucho mejor. No soportaba estar separado de Aurora y, aunque sabía que ella fingía que había perdido la memoria y el rey retrasaría los planes de boda, me daba rabia pensar que el rey Evan la rondaba galante como si fuera su prometido, como si quisiera conquistarla. Oh, no, eso nunca iba a pasar.

Corrí la voz de que el conde estaba de vuelta en el castillo y ella no tardó mucho en aparecer. Como le había prohibido la entrada, tuve que autorizar que pasara antes de que armara un escándalo. Sentía asco de solo mirar a Davina después de todo lo que había hecho. No lograba verla como la mujer hermosa que era, solo como un monstruo capaz de todo.

—Has vuelto por fin —me dijo ella, animada.

—He vuelto, no porque quisiera, sino porque es mi deber —dije yo con amargura.

—Te fuiste por ella, por esa mosquita muerta.

—Vigila tus palabras, hablas de nuestra futura reina. Ella ya está prometida con el rey Evan —dije fingiendo mucha tristeza. Quería que Davina creyera que estaba destrozado.

—¿En serio? No sabía que había sobrevivido... —Ella también fingía preocupación.

—Sí, sobrevivió. Y aun así la he perdido. Estarás contenta.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso te rechazó en cuanto vio al rey? —se burló.

—No. Ella ha perdido la memoria. No recuerda nada de su vida pasada, y menos a mí. No me recuerda... No sabe que me amó —me lamenté. Noté a Davina sorprendida, estaba con la boca abierta—. El golpe en la cabeza le borró la memoria, ya no es la Aurora que conocimos.

—Oh... ya veo —dijo ella, intentando esconder su sonrisa. Yo hice como que no me daba cuenta—. ¿Ni siquiera recuerda su accidente?

—No, no sabe nada. Ahora está contenta de saber que será reina, ya no quiere saber nada del pasado. La he perdido...

—Entiendo. ¿Sabes? No diré que lo lamento, eso sería hipócrita por mi parte.

—Debes estar muy feliz.

—Claro que sí, al fin serás solo mía —me dijo con una sonrisa triunfante.

—Eso no lo sabemos aún. Después de todo lo que ha pasado, el consejo y el rey deben reafirmar la orden de nuestro compromiso.

—¿Ah, sí? —dijo ella incrédula—. ¿Y qué tenemos que hacer?

—Presentarnos en el castillo, y Logan deberá ir contigo —le dije. Era lo que habíamos acordado. Sabíamos que ninguno de los dos se presentaría en el castillo por temor a ser descubiertos. Me enteré de que el muy cobarde solo acompañó a la guardia real que llevó a Aurora al castillo hasta cierto punto. Los llevaríamos a ese territorio y conseguiríamos la confesión que necesitábamos.

—No veo problema —me dijo muy segura.

—¿Y crees que renovarán nuestro compromiso?

—Por supuesto, sobre todo después de lo que pasó entre nosotros.

—No pasó nada —mascullé—. No inventes cosas.

—¿En serio? —dijo ella burlona—. Pues ya lo veremos. Te vas a sorprender.

—Basta ya, Davina. Si quieres partir al castillo y hablar con el consejo, lo haremos apenas esté aquí tu hermano esté. Antes no.

—No te preocupes, no tardaré. —Ella tenía prisa por casarse, eso era ideal para el plan. Cuando estuvieran en el castillo, les tenderíamos la emboscada. Esperaba que Ariadne y Aurora hicieran progresos con su magia.

Se acercaba una época difícil.

Capítulo 30

Aurora

Los días habían pasado y se podría decir que todo estaba en orden. Pasé los primeros días fingiendo sentirme muy indispuesta, pero a escondidas entrenaba mi magia con Ariadne. Aparte de ella, solo mamá sabía que yo sí tenía mis recuerdos. Me prometió que fingiría muy bien para ayudarnos y yo confiaba mucho en ella, así que acepté.

Como no podía quedarme para siempre en la habitación, tuve que salir a presentarme en la corte ante el rey. Me condujeron a otras estancias más amplias y cómodas. Me vistieron con la ropa más fina que jamás había tocado, incluso me pusieron una tiara. Me puse nerviosa, no sabía cómo sentirme. Había pasado de ser una simple criada a ser una persona importante para las gárgolas. No me casaría con el rey, pero eso no cambiaba quién era.

Intenté actuar con naturalidad, pero me quedé sorprendida y nerviosa cuando, al presentarme en el salón del trono, las demás gárgolas agacharon la cabeza a mi paso. Y ahí, sentado en su trono, estaba el rey Evan. No pude evitar enrojecer, más aún con su intensa mirada. Era alguien muy atractivo. Si yo jamás hubiera conocido a Keitan, sin duda estaría contenta de ser su esposa. Aunque el rey se mostró muy complaciente conmigo, notaba cierta indiferencia por su parte. No parecía prendado de mí para nada, ni mostró particular interés por mi olor. No, su cabeza parecía estar en otro mundo. En ese momento me convencí de que Ariadne tenía razón. El rey no quería casarse conmigo, era todo una cuestión de conveniencia.

El hecho de haber perdido la memoria y sentirme aún indispuesta era una excusa excelente para retrasar los planes de boda. Ariadne insistió ante el consejo que yo no podía casarme en un estado de total ignorancia y que, si iba a ocupar un lugar como reina de las gárgolas, necesitaba primero aprender más sobre ellas, además de controlar mis poderes. Todos estuvieron de acuerdo, excepto un tal Mortimer. Por alguna razón, me parecía que no se llevaba bien con mucha gente, pero el rey lo escuchaba. Aun así, quizá por conveniencia del mismo rey Evan, este aceptó la idea de Ariadne de instruirme primero antes de la boda. Teníamos tiempo suficiente para ejecutar nuestros planes.

Echaba mucho de menos a Keitan. Sabía que el camino de vuelta a Abercrombie era largo y que él tenía que hacerse cargo de muchas cosas, no

podía ser impaciente. No era solo que no me gustara estar lejos de él, sino que lo necesitaba. Mi cuerpo y mi alma clamaban por él, era un deseo difícil de controlar. Tenía que ser paciente, nada más.

Las lecciones de Ariadne eran buenas para distraerme. No pensaba que hubiera tanto por aprender, la magia era increíble. Tenía que controlar la energía que salía de mí, además de aprender algunos encantamientos y hechizos específicos. Este entrenamiento me llevaría años, y de momento Ariadne se limitaba a enseñarme formas de atacar y defenderme para salir bien parada en caso de un ataque.

Los días pasaron sin novedades mientras yo entrenaba y aprendía más sobre las gárgolas, hasta que Ariadne me llevó la noticia. Keitan, Davina y Logan ya estaban en camino. El corazón por poco se me sale del pecho cuando lo escuché. Estuve esperando aquello durante días, pero al saber que la hora de la verdad estaba cerca, me sentí asustada.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté temerosa.

—Ha enviado una misiva, justo un día antes de salir de Abercrombie. Así que se supone que llega mañana. O quizá hoy mismo por la noche.

—Oh... vaya —dije aún nerviosa—. No sé cómo sentirme.

—Tranquila —me dijo con voz serena—. Solo debes tener mucho cuidado, no sabes qué esperar de esos dos.

—Sí, tienes razón. —Tenía que calmarme. No podía olvidarme de que todo eso tenía como objetivo mi venganza y no iba a detenerme. Davina tenía que pagar todo el daño que había hecho.

Esa noche casi no pude dormir y al llegar el día recibí la noticia de que el conde McCord, su prometida y Logan St. Clair estaban allí. Yo tenía que demostrar que había perdido la memoria, así que me vestí muy elegante y me puse la tiara. Entré caminando tal como Ariadne me había enseñado. Altiva y grácil, como si fuera una gran señora. O una reina. Cuando vi a Davina, hice lo posible por controlar mi rabia hacia ella, solo la observé de reojo con desdén. Al menos eso sí era real. Lo difícil era mirar a los ojos a Keitan y fingir que no lo amaba, así que evité hacerlo. Tenía que tratarlo como a uno más. Lo mismo en cuanto a Logan. Lo miré con indiferencia, pero él me miraba fijamente, hasta sonrió con malicia.

—Mi señora —habló Mortimer, del consejo—, supongo que habrá oído hablar de estas personas. Ellos son de Abercrombie, el lugar donde nació.

—Sí, algo me han contado —contesté yo con indiferencia—. Me han dicho que serví en el castillo del conde y que él sospechó sobre mi origen, así

ordenó una investigación.

—Fue exactamente así, mi señora —dijo Keitan con humildad. Él sí que era un buen actor.

—Solo quiero agradecerle. De no ser por eso, yo no estaría aquí —dije tranquila. Noté aun así que Davina me miraba con desprecio. Por supuesto, con o sin memoria, ella jamás me aceptaría.

—Y a nosotros nos alegra mucho que no recuerde nada de sus días en Abercrombie —dijo Mortimer. Había algo de malicioso en su voz, incluso generó un murmullo en el salón.

—Qué comentario más desagradable —dijo Ariadne con fastidio. Solo al escuchar eso, el rey intervino.

—Algún día deberás enterarte de los pormenores de tu vida en Abercrombie, querida prometida —me dijo el rey—. Pero ahora mismo agradezco que estés a salvo y recibiendo instrucción de Ariadne. Pronto estarás preparada para ser mi reina.

—Es lo que más deseo, majestad —respondí yo con educación.

—Y me alegra saber que el conde McCord recapacitó y retomó un buen rumbo —le dijo el rey Evan a mi amado—. ¿Es verdad que estás aquí para solicitar el consejo reafirme tu compromiso con lady Davina St. Clair?

—Sí, majestad —le dijo Keitan. Noté que Davina sonreía triunfante. Yo me tuve que contener mordiéndome la lengua. No podía dejar que notara mi rabia, se suponía que para mí ellos tres eran desconocidos.

—Entiendo —continuó el rey—. En todo caso, ese asunto no recae en mis manos. Mortimer, aquí presente, podrá daros una respuesta sobre el compromiso.

—Es muy sencillo, majestad —contestó Mortimer—. Todo depende de ellos. Lord Logan St. Clair, ¿acepta entregar a vuestra hermana como esposa del conde, a pesar de las ofensas y agravios?

—Sí, acepto —dijo el desgraciado—. Si el conde Keitan ha cometido ofensas contra mi familia, la mejor forma de compensarnos será cumpliendo su palabra y honrando el compromiso con mi hermana.

—Bien —continuó Mortimer—. Lady Davina St. Clair, ¿acepta al conde Keitan McCord como su prometido?

—Por supuesto que sí —dijo Davina muy contenta—. Lo amo con todo mi corazón y lo honraré hasta el fin de mis días. —Yo ardía de rabia. Esa zorra no tenía derecho a hablar de amor después de todo lo que había hecho.

—Y, por último, conde Keitan McCord, ¿acepta de nuevo el compromiso

con lady Davina St. Clair y promete honrar el sagrado compromiso?

—¿Acaso tengo otra alternativa? —preguntó Keitan con amargura, provocando un murmullo general en el salón. Yo incluso fingí sorpresa, aunque por dentro me reía. La cara de vergüenza de Davina al escuchar ese rechazo fue sublime—. Debo aceptar, no hay más opciones.

—Bien —continuó Mortimer—. Siendo así, se reafirma el compromiso. Queda menos de un mes para la noche de la luna roja y deberéis consagrar vuestra unión en una cueva ceremonial. Así se ordena y así debe ser.

—Gracias, Mortimer. Eso ha sido muy eficiente por tu parte —le dijo el rey Evan sin interés—. Ahora, con este asunto resuelto, creo que podemos dedicarnos a relajarnos un poco.

El rey dio una orden y pronto llegaron músicos y juglares a la corte. El ambiente se tornó festivo, incluso empezaron a repartir vino y algo de comida. Sabía muy poco de bailes de salón, pero podía defenderme en el baile. Obviamente tuve que bailar con el rey al ser él mi prometido. Miré con mucha discreción a Keitan, que danzaba sin ganas con Davina. Sentí tristeza, porque deseaba estar entre sus brazos bailando, pero cuando la música cambió de ritmo, me llevé una desagradable sorpresa. El rey le cedió una canción a Logan. Tenía que ocultar mi desagrado como fuera, él no tenía que notar nada. Odiaba estar tan cerca de él y que me agarrara las manos, pero solo me quedaba aguantarme.

—Estoy contento de que se encuentre bien, mi señora —me dijo con fingida humildad mientras bailábamos—. Y me alegra mucho más saber que pronto tendremos una hermosa reina.

—Gracias, lord Logan —dije con una sonrisa amable cuando por dentro moría de asco. Y pensar que alguna vez dejé que me besara.

—¿Cómo la han tratado en el castillo real?

—Excelente, señor. Todos han sido muy amables y pacientes conmigo. Ya sabe, esto de perder la memoria no es fácil.

—Por supuesto, debe ser todo un enredo.

—Lo es —dije despacio.

—Y apuesto a que le gustaría conocer más de su pasado.

—Desde luego.

—Quizá yo podría ayudarla —me dijo con una sonrisa. Algo me dijo que eso significaba peligro, un instinto de alerta se encendió en mi interior.

—¿En serio? —pregunté haciéndome la ingenua—. ¿Cómo?

—Visité Abercrombie y la conocí, mi señora. Puedo contarle muchas

cosas de usted. Aunque le advierto que muchas no van a gustarle —me dijo muy serio.

—Oh... entiendo.

—No quiero incomodarla, solo si usted está de acuerdo se lo contaré todo. Pero, eso sí, debe ser a solas.

—Entiendo. —Ahora sabía que quería apartarme de los demás, algo tramaba. Era peligroso, pero esa era la oportunidad idónea que esperaba para obligarlo a confesar sus crímenes—. Yo creo que estoy preparada para escucharlo, por más decepcionante que sea.

—Bien, muy valiente por su parte, mi señora —me dijo con una sonrisa—. Debemos aprovechar el momento. ¿Qué tal si nos vemos en media hora en la segunda planta? Ahí están las habitaciones que nos han asignado.

—Perfecto —dije con tranquilidad. La canción había terminado y al fin nos separamos—. Ahí estaré —agregué antes de separarme y buscar a Ariadne con la mirada. Tenía tiempo suficiente para avisar a la hechicera de que empezábamos con el plan en media hora, que ella y Keitan tenían que estar alerta.

Encontré la manera de acercarme discretamente a Ariadne. Nadie tenía que sospechar nada; total, todos sabían que ella me instruía en la magia. Le conté el plan de Logan y ella solo asintió. Conforme se acercaba la hora del encuentro, yo empezaba a sentirme más nerviosa. Miré a mi alrededor con discreción. Logan ya no estaba. Y Davina tampoco. Estaba segura que todo eso era una maldita trampa, pero lo que ellos no sabían era que nosotros llevábamos la delantera.

Cuando llegó la hora, yo me disculpé diciendo que me sentía un poco indispuesta. El rey, siempre amable, contestó que no había problema y que yo era libre de irme de la fiesta a descansar. Me alejé y caminé hacia la segunda planta, al lugar pactado para el encuentro con Logan. La música se escuchaba cada vez más lejana. Las gruesas paredes de piedra ya no dejaban pasar el ruido, estaba en completo silencio. Empecé a concentrar mi energía tal como me enseñó Ariadne. Ahora tenía que lograr que Logan se revelara como el traidor que era y así podríamos acusarlo ante el consejo.

Lo vi de lejos y caminé firme hacia él. No dejaría que me viera titubear. Él me observaba fijamente, más que eso, me miraba con deseo. Cuando llegué frente a él, me hizo una seña para que entráramos a una habitación.

—Muy bien, lord Logan, diga ya lo que tiene que decir.

—Milady, debe saber que usted ha vivido una mentira desde que llegó

aquí. —Arqueé una ceja. ¿A dónde quería llegar? ¿Qué mentira iba a inventarse?

—Explíquese —exigí.

—Le dijeron que el conde Keitan cuidó de usted mientras estuvo en su castillo. Eso es mentira, fue todo lo contrario. Intenté sacarla de ese castillo, y usted por poco acepta, pero ese maldito conde es muy astuto. Él... —se cortó, como si tuviera algo terrible que contarme. Me quería poner en contra de Keitan, y quizá si yo hubiera perdido la memoria en verdad hubiera caído en su trampa.

—¿Qué?

—Es difícil lo que voy a decir.

—Dígalo, quiero saberlo.

—Él abusó de usted —dijo para mi sorpresa. Al menos eso no tuve que fingirlo—. Disculpe que se lo diga de esta manera, pero es la verdad. Se obsesionó con su belleza, la sedujo y abusó de su condición. Él es un conde, usted era su empleada. La usó a su antojo.

—Oh, por Dios, no puedo creer algo así... —dije consternada. En serio no podía creer esa bajeza, lo que ese miserable era capaz de inventar.

—Milady, lamento informarle estas cosas. Ahora debo informarle de otra cosa, pero necesito que venga conmigo.

—¿A dónde? —Eso no estaba en los planes. Tenía que cambiar de tema, hasta ahora él no había confesado nada importante.

—Será rápido, es por aquí. —Caminó hacia un ventanal. No entendía nada, pero lo vi abrir la cortina y mostrarme algo. Caminé y miré por la ventana. Lancé un grito de sorpresa, pero más que eso, de horror. Había una gárgola allí fuera que sostenía a mi madre entre sus garras. Mamá me miró y gritó. Estaba llorando de miedo. Me quedé paralizada por lo que estaba pasando. Miré bien a esa gárgola, me resultaba familiar. Era más delgada y pequeña que una gárgola normal, pero tenía los colmillos largos y afilados. Era una gárgola hembra, y no cualquiera. Era Davina.

—¿Qué... qué significa esto? —pregunté aterrada—. Suelten de inmediato a esa mujer. —Quería llorar, pero no podía abandonar el plan sobre mi pérdida de memoria. También pensé en atacar, pero temía hacer daño a mi madre.

—Quizá no la recuerda, milady, pero esa mujer es su madre. Y si usted hace cualquier movimiento en falso, ordenaré a mi hermana que la suelte al vacío. No sobrevivirá.

—No... No podéis hacer eso. —Estaba nerviosa, sabía que eran capaces de eso y mucho más. Logan hizo una seña y Davina voló llevándose a mi madre—. ¡No! ¡Parad! ¡Dejad a esa mujer!

—Si quiere que su madre esté a salvo, deberá acompañarme.

—¿A dónde?

—No tiene que saber eso. ¿Viene o no? —Tenía miedo, todo mi cuerpo temblaba. No sabía a dónde se había llevado Davina a mamá. Keitan y Ariadne no venían. En ese momento estaba sola y tenía que actuar para salvar a madre. Ya no era la mujer de antes, estaba segura de que con mi magia podría salvarla. Y no me quedaba más remedio que aceptar.

—Voy contigo —dije finalmente. El destino estaba escrito.

Capítulo 31

Keitan

Todo estaba listo para ejecutar nuestro plan. Aurora había conseguido acordar un encuentro a solas con Logan, así le sonsacaría la verdad. Empecé a preocuparme cuando Davina, que pasó toda la fiesta a mi lado sin soltarse, de pronto se excusó minutos antes del encuentro de Aurora con su hermano. Eso no podía ser una coincidencia. Tenía que mantenerme alerta, conocía a ese par de sabandijas como para no confiarme a estas alturas.

Cuando Aurora se fue del salón, Ariadne y yo nos miramos de reojo. Ella asintió despacio para darme la indicación, pues ya era el momento de actuar. Me excusé y traté de salir del salón, pero entonces sucedió lo inesperado. Dos gárgolas mensajeras entraron en tropel al salón, parecían muy preocupados. Uno de ellos incluso sangraba de un brazo. Se oyeron exclamaciones, y en cuanto el rey los vio, ordenó que la música parara.

—Por todos los cielos, ¿qué os ha pasado? —preguntó preocupado el rey Evan.

—Majestad, ha pasado algo terrible abajo —dijo agitado uno de ellos.

—¿Abajo? ¿Te refieres a la villa que está bajo nuestra protección? —El mensajero asintió.

—Está siendo atacada por demonios. Diez demonios menores y dos fuertes. —La sorpresa fue general, incluso yo me quedé inmóvil al escuchar esa terrible novedad.

—¿Quiénes son? —preguntó consternado nuestro rey. Aquello nadie lo esperaba, sabíamos que los demonios estaban ocultos fortaleciéndose y esperando el momento de atacar, pero venir a nuestro lugar más sagrado era una terrible declaración de guerra. Más que eso, significaba se habían fortalecido hasta el punto de que se daban el lujo de venir a nosotros en lugar de huir de sus cazadores.

—Azazel y Belial, majestad. —Se escucharon más exclamaciones en el salón. Yo estaba paralizado. Esos eran justo los demonios que vencimos en la gran guerra de Abercrombie, aquellos que permanecieron encerrados durante siglos. No podía creer aquella desgracia—. Nosotros logramos escapar, pero no todos han corrido la misma suerte —dijo con pesar—. Algunos de los nuestros aún están abajo y no sabemos si sobrevivan.

—Claro que lo harán —dijo el rey muy decidido—, porque nosotros les

daremos apoyo. Basta de bailes, la hora de la batalla ha llegado. Gárgolas —nos dijo con voz fuerte y desafiante—, bajaremos ahora mismo a enfrentarnos a nuestros enemigos. Atacaremos. No hay piedad para los demonios. Nada nos va a detener, ni siquiera la muerte.

—¡Sí, majestad! —exclamamos todos juntos, incluso yo. Gárgolas macho, hembra y hechiceras. Todos teníamos el deber sagrado de defender a este mundo de los demonios y nada podía detenernos.

Pronto todos empezaron a movilizarse. Tenían que salir hacia la terraza, donde podrían transformarse con libertad y volar hacia la base de la montaña. Hasta aquí el olor a demonio no había llegado, estábamos muy arriba, entre las nubes. No quería ni imaginar el panorama desolador que encontraríamos en la villa que protegía el rey. Debía de ser terrible. Yo tenía que ir a cumplir con mi deber como gárgola, pero primero tenía que asegurarme de que Aurora estuviera a salvo.

Aprovechando el alboroto, bajé hacia la segunda planta en busca de mi amada. Había pasado mucho rato y esperaba que las cosas no se hubieran descontrolado. Para mi sorpresa, encontré solo a Ariadne. Parecía asustada. Me acerqué a ella de inmediato, y me bastó aspirar el aroma del ambiente para darme cuenta de que Aurora no estaba ahí. Algo había pasado.

—La he buscado por todas partes, no está aquí —me dijo Ariadne con preocupación.

—¿Acaso han cambiado el lugar del encuentro?

—No lo sé, conde Keitan. Yo de lo único de lo que estoy segura es que Aurora no está en el castillo. Tampoco Logan ni Davina. Y justo ahora, en el momento de ataque.

—Maldita sea... ¿Acaso piensas lo mismo que yo?

—No puede ser una coincidencia que los demonios hayan atacado y justo esos dos hayan desaparecido, y con ellos Aurora. Estoy segura de que los hermanos St. Clair están involucrados.

—No... no puede ser —decía con temor—. ¿Dónde pueden estar? ¿A dónde se la han llevado? ¡No puedo permitir esto! —Aquello era terrible. Aurora había desaparecido justo en el momento del ataque. Todas las gárgolas y hechiceras estarían ocupadas luchando contra los demonios. Nosotros no teníamos ni idea de dónde empezar a buscar a Aurora.

—Calma, se nos tiene que ocurrir algo —dijo Ariadne. De verdad intentaba hacerlo, pero mi cabeza daba vueltas. No debí permitir que mi amada se arriesgara, estaba perdida y yo no sabía qué hacer para recuperarla.

¿Dónde podíamos empezar a buscar?

—¿Qué tienes en mente? —le pregunté a ella.

—Puedo hacer un hechizo de ubicación, solo necesito algo de ella. Algo personal, quizá una prenda de ropa, un peine, lo que sea.

—Vamos a su habitación rápido —le pedí y ella asintió.

La preocupación crecía minuto a minuto. Al llegar a la habitación de Aurora, Ariadne cogió una de sus peinetas. Con eso bastaría para tener una pista del posible paradero de mi amada. Lo sorprendente fue que, cuando Ariadne intentó hacer el hechizo, este no se completó.

—Algo me bloquea —dijo con molestia—, debe ser la magia de Davina. Esto solo confirma nuestras sospechas. Esa mujer está detrás de todo esto.

—Y va a pagar, te lo aseguro. Pero ¿cómo la vamos a encontrar?

—No desesperes, no se me va a escapar. Eso debe ser un truco de las antiguas hechiceras St. Clair, solo necesito descifrarlo. Vamos a por uno de mis grimorios, ahí encontraré la fórmula. —Yo asentí. Los dos nos movimos rápido, el temor se había renovado. Sentía que, a más pasara el tiempo, peor sería para Aurora.

El castillo estaba desierto, todas las gárgolas habían bajado a enfrentarse a los demonios. Mi sangre ardía en deseos de destruir a esas miserables criaturas, sentía la llamada del deber. Pero mi corazón moría de temor por perder lo que más amaba, por eso me resistía a acudir a la batalla sin antes encontrar a Aurora.

Ariadne y yo caminábamos por los pasillos, cuando, al atravesar el salón para ir en busca de ese grimorio, me llevé una sorpresa. Blair y Siena acababan de llegar. Me quedé paralizado por la sorpresa. Fue mi hija quien reaccionó y corrió a abrazarme. La recibí. Estaba contento de verla otra vez, pero no entendía nada.

—Hija mía, ¿por qué has venido aquí? ¿Acaso no estabas bien con los Ragon?

—Padre, Blair me lo ha contado todo. No lo culpes a él, yo fui muy insistente —me dijo. Miré de reojo a Blair y él asintió.

—Cuando Siena se enteró de lo que Davina y Logan habían hecho se preocupó mucho, y yo aún más. Son mis hermanos y no puedo creer la terrible traición que han cometido —me explicó Blair—. Quise volver de inmediato a solucionar este tema, no puedo permitir que mi apellido esté manchado con la traición. Y cuando Siena supo que sospechabais que Davina mató a su madre...

—Quise venir —interrumpió Siena con firmeza, cosa que me sorprendió—. Si es verdad que esa mujer se hizo pasar por mi amiga todos estos años cuando en realidad es la responsable de dejarme huérfana, no se lo voy a perdonar nunca.

—Hija mía, agradezco mucho que estés aquí, pero no es el mejor momento. Los demonios atacan la villa y Aurora ha desaparecido.

—¿Qué? —preguntó ella sorprendida.

—Les tendimos una trampa a Logan y a Davina para que confesaran, pero ellos se la han llevado aprovechando el alboroto —expliqué.

—Y ahora íbamos en busca de un grimorio para romper la magia de Davina que me impide hacer el hechizo de ubicación —completó Ariadne.

—Eso no será necesario —dijo Siena—, fue Davina quien me instruyó en la magia en ausencia de mi madre. Conozco todos sus trucos y creo que podré hacerlo.

—Pues que sea ahora —le pidió Ariadne tendiéndole la peineta—. No tenemos mucho tiempo.

Mi hija, al descender del linaje de mi amada Selene, era también una hechicera gárgola, aunque no tenía una gran energía mágica en comparación a Aurora. Eso no era lo importante, sino que conociera los trucos de los que se valía Davina para poder ocultar el rastro de Aurora.

—Es una zorra ingeniosa —dijo Ariadne con una sonrisa cuando Siena le contó la combinación de hechizos que solía usar Davina. Yo de eso entendía poco, pues era un lenguaje que solo las mujeres de mi raza dominaban, pero me bastaba saber que pronto encontraríamos a Aurora—. Ya lo tengo, esto no tardará mucho tiempo.

Para averiguar la ubicación de mi amada, Ariadne usó un mapa. Una vez recitó las palabras exactas del hechizo mientras cogía la peineta de Aurora, un punto en el mapa se marcó. Ahí era.

—Son las cuevas orientales —nos dijo Blair—, no están muy lejos de aquí, pero con los demonios rondando quizá tengamos retrasos.

—Debo ir de inmediato —les dije. Ahora que sabía dónde se encontraba Aurora no pensaba detenerme.

—Iré yo también —me dijo Blair, pero yo negué con la cabeza.

—Debes quedarte aquí y luchar contra los demonios. Ahora más que nunca nuestra gente te necesita. Baja, Blair. Ve y demuestra que eres una gárgola fiel y luchadora, no como tus traidores hermanos. Ve y lucha al lado de nuestro rey, te lo agradecerá. —Noté que dudaba. Sabía que se sentía

responsable por todo esto, que quería detener a sus hermanos, pero en ese momento su presencia en la batalla era necesaria.

—Entonces lucharé contra los demonios como es mi deber —me dijo Blair y yo asentí.

—Ariadne, disculpa mi atrevimiento, pero creo que debes bajar a luchar. Eres la hechicera más poderosa de nuestra raza, con tu intervención podrán detener el avance de los demonios —le pedí. Ella me miró fijamente y asintió.

—¿Seguro que podrás solo con esos dos? El plan fue idea mía, no quiero abandonaros justo ahora —me dijo.

—Podré —les dije con seguridad—. Davina está obsesionada conmigo, no me hará daño. Y Logan no es tan fuerte como cree. Salvaré a Aurora.

—No hay tiempo que perder —nos dijo Blair—. Tenemos que llegar a la villa pronto. En cuanto a lady Siena...

—Sí, no os preocupéis. Me quedaré aquí —nos dijo. Mi hija sabía que era muy joven para entrar en batalla y yo tampoco quería que se arriesgara. Pero, para mi sorpresa, Siena se quitó el collar que siempre llevaba, el que le dejó su madre, uno que contenía parte de su energía mágica—. Lo necesitarás más que yo, padre. Y quiero que acabes con Davina. Si es verdad que mató a mamá, no merece piedad —me dijo muy decidida. Sonreí, en ese momento la sentí más parecida que nunca a mí y me sentí orgulloso.

—No habrá piedad para los traidores —le dije con firmeza.

Había llegado la hora de separarnos. Corrimos hacia la amplia terraza y nos transformamos. Nos lanzamos al viento y cada cual tomó direcciones distintas. Ariadne y Blair a la batalla, yo hacia las cuevas orientales. No pude evitar sentir rabia y odio, aun en lo alto del cielo podía oler a los demonios y la sangre inocente que habían derramado. Tan pronto como rescatara a Aurora, iría a auxiliar a mi gente. Esto no podía quedarse así.

Empecé a volar más alto, así evitaba ser visto en la superficie y tener interrupciones. Tenía que concentrarme en Aurora, en recuperarla y ponerla a salvo. Si algo le llegara a pasar, si ese par de miserables llegaban siquiera a hacerle un rasguño, los destruiría hasta hacerlos pedazos. Y eso no era todo: la sola idea de perder a mi compañera, a mi amada para la eternidad, me hacía perder la cordura. Si Aurora moría, sería aún más terrible que perder a Selene. El mundo acabaría para mí.

Logré divisar las cuevas orientales. Tenía que ser sigiloso para evitar ser visto y que huyeran de mí. Estaba cada vez más cerca, mis sentidos eran más

finos en mi forma de gárgola. Controlé mi desesperación al escuchar un grito de Aurora. Ya podía sentir su olor, y también el de los traidores. Estaba a punto de entrar a atacar, pero sucedió algo inesperado. Percibí aquella terrible presencia, me sentí furioso. Si antes era solo una sospecha, con esto quedaba totalmente confirmado. Logan y Davina eran traidores a nuestra raza. Dos demonios con su pestilencia me cerraron el paso. Gruñí. Estaba poseído por el odio.

—Malditos seáis —les dije entre dientes—, pero ni vosotros ni nadie me vais a impedir que me lleve a mi mujer de aquí.

—Eso lo veremos —me dijo uno de ellos con una sonrisa malvada. Estaban sobre la roca y conversaban en su forma humana, pero pronto mutaron para atacarme. Alas demoniacas crecieron en sus espaldas, su piel se tornó negra, sus rostros cambiaron y les crecieron cuernos.

—No saldréis con vida de aquí —rugí y me lancé sobre ellos.

Dentro de la cueva estaban Aurora y su madre. Davina y Logan las cubrían, las tenían presas. Solo Logan mantenía su forma de gárgola. Davina había recuperado su forma humana. Yo solo tenía que concentrarme en vencer a los demonios y así poder llegar a ellos. Mis enemigos eran fuertes, sus garras demoniacas podían incluso dañar mi piel dura, como si pudieran atravesar la piedra. Pero yo los superaba en fuerza, solo tenía que resistir y aguantar las heridas venenosas que me hicieran. Cogí a uno del cuello y lo apreté con fuerza. Mis fuertes garras de gárgola atravesaron su cuerpo. Era un golpe mortal. Estaba furioso, y para evitar que se regenerara, lo decapité. Ahora solo quedaba uno.

—No creas que será fácil —me dijo sonriendo con malicia. Él parecía ser el más fuerte, apenas lo había tocado—. No he salido del mismísimo infierno para que me venzas, Keitan McCord. Tu vida acabará ahora mismo.

—Sigue soñando —rugí entre dientes. Cuando nuestros cuerpos chocaron, pude medir su fuerza. Temí entonces no poder vencerlo.

Luchamos durante varios segundos, éramos rápidos y fieros, pero la pelea seguía igualada. En un momento, el demonio logró herirme en el costado derecho, desgarrando mi dura piel. Sus garras venenosas me causaron tal dolor que caí de espaldas sin poder levantarme. Me sentí perdido.

—¡Keitan, no! ¡Keitan! —Esa era la voz angustiada de mi amada. El demonio avanzaba amenazante hacia mí.

—Morirás ahora —me dijo sonriente. Pero eso no iba a permitirlo. No me quedaba alternativa y jugué mi última carta. Aún llevaba en el cuello el collar

de Selene que me dio mi hija, así que se lo levanté. La magia actuó por sí sola. La luz de mi amada Selene se encendió y dañó al demonio. La pureza de la magia lo dañaba, pero no sería suficiente para matarlo.

Aún herido y sangrante, me puse de pie, y con todas mis fuerzas hundí mis garras en él. La luz y mi fuerza hicieron su trabajo. El demonio había muerto. Ahora yo tenía vía libre para ir a por Aurora, pero mi cuerpo estaba débil. Quizá no resistiría.

Capítulo 32

Aurora

Había descubierto las traiciones, pero era muy tarde para hacer nada. No tuve más remedio que irme con Logan si quería salvar a mi madre. No sabía qué quería de mí, pero sentí temor cuando, al salir del castillo, noté un fuerte olor que jamás había sentido. Y por alguna razón, aquel terrible olor me enfureció. Sentí, extrañamente, deseos de bajar a las faldas de la montaña y enfrentarme a quien estuviera ahí.

—Es la primera vez que percibes el olor a demonio, ¿verdad, preciosa? —me dijo Logan con voz burlona. Me llevaba en su espalda, él ya tenía la forma de gárgola.

—Entonces es eso... —dije por lo bajo.

—Exacto. El olor a demonio es algo que podemos sentir aun en la distancia. Una pestilencia que nos encoleriza. Somos sus enemigos naturales, es lógico que quieras luchar. Es un instinto de gárgola.

—Ya veo —contesté. Al menos me había dicho algo importante, pero aquella novedad solo me preocupaba. El olor de los demonios era intenso, aquello quizá quería decir que había un ataque.

No pude preguntar más, Logan empezó a volar más rápido y más alto hasta que llegamos a unas cuevas. A lo lejos vi a mi madre, pero Davina aún la tenía prisionera. Había retomado su forma humana, pero amenazaba a mi madre con una espada. Esa mujer me las iba a pagar. Cuando Logan me dejó en el suelo, contuve el impulso de correr hacia ella. Tenía que rescatarla y tenía que saber qué se traían entre manos estos dos.

—No entiendo qué queréis de mí —les dije. Se suponía que ellos no tenían ni idea de que yo los recordaba—. ¿Por qué es necesario maltratar a esa pobre mujer? ¿Qué os he hecho?

—Será mejor que cierres la boca, reinita —me dijo Davina con desprecio—. Quizá no lo recuerdes, pero yo lo tengo bien presente cada día de mi vida. Tú, furcia asquerosa, intentaste quitarme a mi hombre. Lo sedujiste haciéndote la inocente.

—Oh... Se refiere al conde McCord —dije, fingiendo inocencia. Al menos ya tenía claro que todavía pensaban que yo no tenía recuerdos.

—Mi hombre —me dijo furiosa—. Él es mío, solo mío. Y así será para siempre, tú no eres más que una miserable mujerzuela que no merece piedad.

—Es que no lo entiendo, ¿qué sentido tiene eso? Yo no recuerdo absolutamente nada de lo que me dices y voy a casarme con el rey. Ya no soy ningún peligro para ti —contesté yo.

—Al contrario —me dijo mientras acercaba más la espada al cuello de mi madre—. No permitiría que alguien como tú fuera mi reina.

—Calma —dije yo levantando las manos—. Si lo que queréis es que rechace el matrimonio con el rey, lo haré. Ahora suelta a mi madre —dije intentando negociar. En realidad, estaba segura de que quería matarme. Davina estaba loca.

—Y tienes que jurar que nunca te acercarás a mi prometido —me dijo. Yo asentí, pero eso solo me dio una idea. Tenía que conseguir una confesión.

—Lo juro, pero ¿por qué es necesario todo esto? ¿Solo por un hombre?

—No es cualquier hombre —me dijo furiosa—. Es la gárgola que he amado desde el primer momento en que lo vi, es la persona con la que quiero estar el resto de mi vida. He hecho lo imposible por él y no permitiré que tú me lo quites.

—¿Lo imposible? ¿Qué serías capaz de hacer por amor?

—Matar —me dijo con una sonrisa malévol.

—¿Matar? No te creo.

—Pues deberías creerlo y temerme. Ya lo he hecho antes, y sin duda lo haría otra vez. —Sonreía con malicia. Davina estaba desquiciada y yo muy cerca de saber la verdad.

—¿A quién mataste? —pregunté fingiendo temor.

—No soy una persona que se quede quieta. Siempre elimino a mi competencia. —Tragué saliva. Me quedó muy claro. Ella había matado a Selene.

—Sé que el conde McCord estuvo casado antes, me lo comentó Ariadne... —dije fingiendo consternación—. Acaso tú... tú...

—No me provoques si no quieres el mismo destino que la insípida de Selene. —Grité de sorpresa. Lo acababa de confirmar y yo solo sentía tristeza. Esa desgraciada le quitó la vida a la inocente de Selene, destruyó el corazón de Keitan y dejó huérfana a lady Siena.

—No necesitas decir más, suelta a mi madre —le pedí de nuevo.

—Basta ya de este teatro, Davina —le dijo Logan. Sin que me diera cuenta, él también había vuelto a su forma de humano—. No la he traído para que montes tu numerito, ella está aquí por otro motivo. Entrega a su madre, es nuestro gesto de buena voluntad.

—¿Por qué debería hacer eso? —preguntó Davina fastidiada.

—Hazlo, no quiero perder la paciencia contigo. Compórtate —le exigió a Davina. Después de pensárselo bien unos segundos, Davina empujó a mi madre a un lado, tirándola al suelo. Yo corrí hacia ella y la ayudé a ponerse en pie. Al menos ya estábamos una al lado de la otra. Y ahora podría actuar. Ellos no esperarían que los atacara con mi magia.

—¿Qué quieres de mí? —insistí yo—. ¿Por qué un secuestro justo ahora? —Pensé que quizá podía sonsacarles más información antes de atacarlos.

—No tienes que casarse con ese rey —me dijo Logan con una sonrisa—. ¿Qué utilidad tendría? Pronto el reino de las gárgolas desaparecerá y formaremos un nuevo orden.

—¿Qué? —pregunté sorprendida. Aquello no me lo esperaba. Sabía que eran unos traidores, pero no imaginaba que tenían en mente un plan tan macabro.

—Somos apenas unas piezas en este gran plan, Aurora —me decía él muy animado mientras se acercaba a mí—. Pero me he ganado una mejor posición, llegaré alto.

—¿Qué has hecho? —pregunté asustada.

—Bueno, quizá tuve que liberar unos demonios... —me dijo con burla. Contuve mi sorpresa, así que fue él quien liberó a los demonios que estaban encerrados en el templo de Abercrombie. Me sentía indignada y molesta. Ese miserable estuvo a nuestro lado todo el tiempo, fingiendo que combatía a los demonios cuando en realidad estaba detrás de todo. El traidor no merecía piedad.

—Eres un asco —dije molesta—. Eres la peor escoria, un traidor asqueroso y miserable. —Él soltó una carcajada como si no le importaran mis palabras.

—Sí, tal vez. Pero eso no me detendrá, estoy en el bando correcto. Y contigo será mucho mejor.

—¿Eh? —retrocedí. Mi madre me abrazó. Las dos teníamos miedo y sabíamos lo que ese miserable tramaba.

—Contigo seré el nuevo príncipe de las gárgolas —me dijo sonriendo con lascivia—. Tú serás mía.

—¡No te atrevas a tocarme! —le grité colérica—. Jamás seré tuya... —Quise decir algo más, pero entonces noté el olor. Había demonios cerca.

—Tranquila, querida. Los demonios no te harán daño, están de mi parte.

A menos, claro, que te niegues a estar conmigo. En ese caso quizá cambie de opinión —me amenazó él.

—Antes muerta antes de dejar que una bestia como tú me toque —le escupí. No aguantaba su presencia, quería atacarlos con magia de una vez y escapar con mi madre.

Entonces sucedió algo que nos desconcertó. A lo lejos, sentí el olor de Keitan y, segundos después, lo vi acercándose en su forma de gárgola a gran velocidad. Sonreí. Había venido a por mí.

—Estúpida zorra —me dijo Davina con rabia—. ¿Por qué sonríes? ¡Has dicho que no lo recordabas! ¡Nos has mentido!

—Yo no...

No pude siquiera continuar. Contuve un grito al ver que dos demonios se interponían en el camino de Keitan y ahora él tendría que luchar contra ambos. Nunca había visto una pelea de ese tipo, estaba asombrada y aterrorizada. Todo sucedió bastante rápido. Se enfrentaban con fiereza y salvajismo. Keitan logró derrotar a uno de los demonios, pero otro lo hirió. Grité desesperada, quise correr a auxiliarlo. El demonio estuvo a punto de acabar con él, pero para sorpresa de todos, Keitan mostró un collar con una extraña energía mágica. Fue tan intensa que todos nos cubrimos los ojos. Cuando me di cuenta, aquel demonio había sido derrotado, pero eso no significaba la victoria. Keitan hizo un gesto de dolor, estaba herido.

Aun así, Keitan se puso de pie y empezó a caminar hacia la cueva. Puede que se sintiera muy débil, pero tenía el coraje para luchar.

—Alto, no te muevas —le pidió Davina—. No te acerques, te lo advierto.

—¿O qué? Tú no me das órdenes, Davina —contestó él con rabia—. He venido a por mi mujer.

—Tu mujer soy yo —le dijo ella.

—Si te atreves a llevarte a Aurora, te mataré —le dijo Logan furioso. Y como Keitan no parecía dispuesto a retroceder, al otro no le quedó otro remedio que retomar su forma de gárgola para luchar—. Voy a matarte, infeliz. Y ella será toda mía.

Se lanzaron al ataque el uno contra el otro, pero yo no pude salir a defenderlo. Davina se arrojó sobre mí para golpearme. Para su sorpresa, reaccioné a tiempo y la atacué con magia. Ella salió despedida a un lado y se levantó confundida.

—¿Acaso has creído que me iba a quedar quieta? Vas a pagar, Davina. Te haré pagar cada uno de tus crímenes, miserable —le dije.

—¡Voy a acabar contigo, Aurora! ¡Maldito sea el día en que naciste!

Mientras Keitan enfrentaba a Logan, yo vivía mi propia batalla. Davina estaba hecha una fiera histérica. Me lanzaba hechizos mágicos que empecé a esquivar con mi energía tal como me enseñó Ariadne. Furiosa como estaba, me era difícil contraatacar. Sus hechizos a veces daban contra las paredes y el techo de la cueva, haciendo que todo el lugar temblara. En algún lugar de la cueva se escondía mi madre. Yo solo esperaba que nada le cayera en la cabeza. Las rocas del techo se estaban desprendiendo por culpa de la maniática de Davina.

Como yo solo me defendía con magia, noté que Davina se estaba agotando. Pronto tendría mi oportunidad para actuar, y tenía que ser letal. Ariadne me enseñó que, si me transformaba en gárgola, mis hechizos serían muy poderosos, el doble de lo que eran ahora. Davina estaba tan enferma de celos y rabia que no se le había ocurrido eso. Tenía que hacerlo. Dudé. Jamás me había transformado, solo sabía cómo hacerlo en teoría. Tenía que despertar a la bestia en mi interior, sentir su poder y proyectarlo. Claro, como si fuera tan fácil, pero tenía que concentrarme y lograrlo. Davina detuvo sus ataques un instante. Esa era mi oportunidad. Pero entonces la miserable miró a un lado, a mi madre. Me asusté. Ella quería matarla para hacerme sufrir. Davina concentró la magia en sus manos, tan oscura como su alma. Eso sin duda mataría a mi madre.

—¡No! —grité desesperada. Ya no había esperanza. Sin pensarlo dos veces, me lancé delante de mi madre para cubrirla con mi cuerpo, pero entonces sucedió algo increíble. En medio de la desesperación, la rabia y los deseos de venganza, esa parte de mí que siempre permaneció dormida al fin se hizo presente. De pronto sentí que mi cuerpo se transformara. Mis extremidades se endurecían, me crecieron enormes garras en las manos y los pies, mi ropa se hizo pedazos. Sentí que incluso me crecían unas enormes alas de piedra. Era una gárgola al fin, y con mi cuerpo cubrí a mi madre. La magia me hizo daño, pero no lo suficiente. Ahora yo era más poderosa que nunca. Me sentía fuerte e invencible.

—Es hora que pagues, Davina. —Mi voz sonaba tan fuerte y firme que me sorprendí a mí misma. Conjuré un hechizo para acabar con ella, pero entonces me di cuenta de que ella quería iniciar su transformación a gárgola para poder enfrentarse a mí—. Oh, no, eso no lo permitiré. —Le lancé un primer ataque. Su transformación apenas estaba empezando. La mitad de su rostro se había vuelto de piedra cuando mi magia la alcanzó. Davina salió

despedida a un lado y se retorció de dolor. Cuando se levantó, tenía la mitad de la cara transformada, pero el resto del cuerpo no. Noté que intentaba transformarse, pero no podía. Entonces empezó a gritar de rabia y dolor.

—¡Mira lo que me has hecho! ¡Voy a quedarme así para siempre! —lloriqueaba ella desesperada y furiosa. Con lo vanidosa que era, el hecho de que la hubiera dejado deformada debió afectarle mucho—. ¡Te voy a destruir, maldita!

—¡Aurora, vete de aquí! ¡Esa mujer te va a matar! —gritaba mi madre asustada.

—Nadie podrá conmigo —le dije muy segura.

Los ataques de Davina ya no me hacían nada. Lograba esquivarlos con más facilidad que antes, pero ahora toda la cueva temblaba. Esa maniática y su magia habían logrado debilitar toda la estructura y nosotros teníamos que salir pronto. Le lancé a Davina un ataque mágico que la dejó debilitada, ahora teníamos que aprovechar.

—¡Keitan, tenemos que salir de aquí! —Me giré, su pelea con Logan había sido dura también. Los dos estaban tan débiles que ni siquiera podían mantener su forma de gárgola y habían regresado a la humana. Aun así, noté que Keitan era el que más débil estaba. Había sido herido con las garras del demonio y el veneno corría por su sangre. Había luchado con valor, pero no podía más. Mi amor estaba derrotado—. ¡No! —grité llena de terror. No llegaría a tiempo para salvarlo.

—Morirás ahora y ella será toda mía —dijo Logan. Transformó su brazo derecho, la mitad estaba hecha de piedra, y mostró sus enormes garras. Iba a matar a Keitan. Toda la cueva empezaba a temblar, las rocas se desprendían del techo poco a poco. No sabía cómo detener a Logan, pero tenía que hacerlo, era la única que podía. O al menos eso pensaba.

Por el rabillo del ojo capté una presencia extraña. Un olor extraño de otra gárgola, pero por alguna razón me era familiar. Cuando me di cuenta, la gárgola más grande e imponente que había visto en mi vida apareció dentro de la cueva. En cuestión de segundos sostuvo a Logan de los hombros con sus garras y lo soltó contra el suelo. Yo estaba tan sorprendida que no me lo podía creer, un aliado había llegado a ayudarnos. Corrí junto a mi amado, que seguía débil. Mi madre llegó a mi lado, yo los cubrí a ambos con mis alas de piedra, pues las rocas seguían cayendo.

—¿Quién es? —le pregunté a Keitan, pensando que lo conocía.

—Jamás lo había visto —me contestó él, débil. Aquella gárgola se acercó

a nosotros. Los hermanos St. Clair estaban derrotados a un lado, ya no eran un peligro.

—Tenemos que salir de aquí —nos dijo aquella gárgola, y yo estuve de acuerdo. Sin decir nada, él cargó a Keitan con sus garras y yo levanté a mi madre entre mis brazos.

Ambos empezamos a volar fuera de la cueva esquivando las rocas cada vez más grandes. Nos salvamos por un pelo, porque estaba segura de que ni con toda nuestra fuerza podríamos resistir ese derrumbe. Al volver la vista atrás, vi a Davina y a Logan luchando por salir, pero no lo lograron. Las rocas los aplastaron; sus gritos se fueron acallando. Era horrible, pero ese era el castigo que merecían los traidores. Estaban muertos.

La gárgola misteriosa y yo volamos hasta alejarnos de esas malditas cuevas. Dejé a mi madre sana y salva en el suelo, pero cuando esa gárgola dejó a Keitan, noté que mi amado se retorció de dolor.

—Es el veneno del demonio. Mira —me señaló la gárgola desconocida. Yo vi que su cuerpo empezaba a marcarse por unas líneas negras, como si por sus venas corriera veneno y maldad—. Eres una hechicera gárgola, puedes curarlo con tu magia y la luz de tu interior.

—Claro que lo haré —dije nerviosa. No tenía ni idea de cómo sabía de mis poderes esa gárgola, pero no me importó. Quería llorar; tenía mucho miedo de perder a mi amado. No sabía ni siquiera cómo curarlo. Ariadne no me lo había enseñado aún. Posé mis manos en su pecho. Temblaba, no tenía ni idea de cómo salvar a mi gran amor, no había tiempo para llevarlo con Ariadne. La vida de Keitan se iba, lo veía sus ojos que me miraban con tristeza, seguros de su final—. Aguanta, mi amor, por favor, no me dejes...

—Aurora... —decía débil—. Eres y siempre serás mi gran amor... Te amaré... te amaré por toda la eternidad... —Estaba perdido.

—No, no, no... por favor, no —concentré todo mi poder en mis manos. Tenía que hacer el bien, limpiarlo con mi energía pura y acabar con su veneno. Sin esperar más, mi magia entró en él y empezó a recorrer su cuerpo. Keitan hizo un gesto de dolor, pero poco a poco se fue transformando en alivio. No supe cuánto tiempo pasó, pero cuando terminé el hechizo me sentía tan débil que no pude mantener mi forma de gárgola y volví a ser humana. Me derrumbé sobre el pecho de mi amado, y él me envolvió en sus brazos.

—Aurora, me has salvado la vida —dijo él conmovido mientras me acariciaba el pelo.

—Oh, mi amor, ¡tenía tanto miedo de perderte! —No pude aguantar más y lloré. Keitan me abrazó y me besó para calmarme. Nos quedamos así un momento hasta que nos pusimos de pie. La gárgola misteriosa aún estaba ante nosotros mirándonos. Sonreía, parecía contento de vernos a salvo.

—Sea quien seas —le dijo Keitan—, muchas gracias por aparecer y ayudarnos. ¿Acaso Blair o Ariadne te enviaron aquí?

—No, os estuve siguiendo —contestó él.

—¿Quién eres? —pregunté intrigada. Aquella gárgola, que se me hacía familiar por alguna razón, volvió a su forma humana poco a poco. Ante nosotros apareció un hombre apuesto, pero esa no fue la sorpresa. Mamá gritó y cayó de rodillas al suelo.

—Oh, por Dios, eres tú, ¡has vuelto! —Estaba llorando. Confundida, corrí a abrazarla. No entendía nada.

—¿Qué significa esto? —pregunté yo.

—¡Ese hombre es tu padre! —gritó mamá.

Por poco me desmayo de la impresión y la sorpresa. La gárgola misteriosa era mi padre. El legendario McLeon no había muerto. Había vuelto y nos había salvado la vida.

Capítulo 33

Keitan

La pelea con Logan fue más brutal de lo que esperaba. En una situación normal lo hubiera vencido más rápido, pero después de luchar contra dos demonios y sentir el veneno de uno de ellos en mis venas, las cosas se complicaron. Sabía que la pelea era a matar o morir, no tenía alternativa. Y tampoco sentiría culpa. Logan era un maldito traidor a nuestra raza, y no solo eso, sino también a mi familia. Lo dejé entrar en mi castillo durante mucho tiempo, luchamos juntos, hubo un tiempo en el que lo llamé amigo. Pero eso se acabó desde el momento en que decidió quitarme a Aurora. Yo no tendría piedad.

Luchamos y me esforcé todo lo que pude, pero no fue suficiente. El veneno hacía estragos en mi cuerpo, cada vez me iba debilitando más. Si no fuera por la oportuna llegada de aquella gárgola misteriosa, ahora mismo estaría muerto. Y por supuesto, gracias a que Aurora supo curarme justo a tiempo. De verdad pensaba que moriría, que ya no había esperanzas para mí, pero su magia obró un milagro y logré salvarme.

Las sorpresas no acabaron ahí. Aquella gárgola misteriosa resultó ser el legendario McLeon, el padre de Aurora. Estaba muy sorprendido porque jamás hubiera imaginado que seguía vivo, y su llegada era muy oportuna. Me hice a un lado mientras veía ese encuentro familiar. La madre de Aurora estaba muy conmovida por volver a ver al hombre del que se había enamorado y él la trató con cariño. Le dio un beso en la frente a Aurora y de rodillas le pidió perdón por los años de ausencia.

—Lo hice para protegerte, hija mía —le explicó—. Hay en el mundo traidores y fuerzas oscuras que harían cualquier cosa por hacerte daño, por eso me fui antes que encontraran a tu madre en cuanto me enteré de su embarazo y de que quizá podrían rastrearte. Le pedí a una hechicera de confianza que ocultara tu esencia con un sello mágico. Ella se hizo pasar por una campesina, pasó unos días en Abercrombie y se ofreció a ayudarte a nacer, diciendo que era partera.

—Ya lo recuerdo —dijo la madre de Aurora—. Esa mujer hizo un gran trabajo en el parto, pero jamás volví a verla.

—Sí, así es. Ella aprovechó un momento de descuido para poner el sello. Ruego que me perdonéis, pero si me acercaba a vosotras os hubiera puesto en

un serio peligro. Ahora las cosas han cambiado, ya no tenéis nada que temer. Y mi hija es una hechicera gárgola poderosa, estoy muy orgulloso.

—Estoy muy contenta de que hayas vuelto —le dijo Aurora con una sonrisa—. Espero que podamos recuperar el tiempo perdido.

—Claro que sí, hija mía. Pero ahora debemos volver al castillo; hay muchas cosas que tenemos que tratar.

Aurora estaba agotada después de usar su magia para curarme, así que yo tomé la forma de gárgola para poder llevarla. Su padre hizo lo mismo y llevó entre sus brazos a su madre, que no dejaba de mirarlo admirada.

Habían pasado horas, apenas nos habíamos dado cuenta del paso del tiempo. Cuando llegamos, vimos que la batalla había terminado. El olor de los demonios ya no era tan fuerte, se había disipado en el aire. Lo que sí veíamos era que traían a algunas gárgolas heridas para que las atendieran las sanadoras. Lo triste era que algunos no habían sobrevivido. Contemplé sus cuerpos con una pena profunda. Estaba seguro que la batalla con los demonios apenas acababa de empezar. Sabía que Azazel y Belial no era demonios fáciles de vencer, que seguro que habían escapado y volverían a atacarnos. Ahora más que nunca, las gárgolas teníamos que estar unidas.

Causamos gran conmoción al entrar al salón del trono. El rey parecía cansado y lo estaban sanando, pero en cuanto nos vio se puso de pie. Pero quienes parecían más sorprendidos eran Ariadne y Mortimer. Vi en sus ojos que ellos sí habían reconocido a Darach Duncan McLeon. Quienes también estaban ahí eran Blair y mi hija Siena, que nos contemplaban sorprendidos sin saber qué había pasado.

—¿Qué ha ocurrido? Exijo explicaciones —ordenó el rey—. ¿Dónde estaba en el momento del ataque, conde McCord? ¿Dónde están su prometida y Logan St. Clair? ¿Por qué mi prometida Aurora parece herida? ¿Y quién es este hombre? Hable ya, conde McCord, no quiero escuchar excusas.

—Majestad, es una historia un poco larga de explicar. Pero, en resumen, le diré que descubrimos que los hermanos St. Clair, a excepción de Blair, formaban parte del plan de traición junto con los demonios. —Cuando dije eso, se escucharon exclamaciones de sorpresa por parte de los que estaban presentes.

—No... eso no puede ser, ¡eso no puede ser verdad! —gritó Mortimer indignado, aunque algo me decía que era todo una fachada.

—Yo no miento —continué—. Secuestraron a Aurora y su madre durante el ataque de los demonios, se aprovecharon del pánico y confesaron sus

crímenes durante la pelea.

—Es cierto —dijo Aurora—. Majestad, Davina St. Clair me confesó que hace años mató a Selene, la esposa del conde McCord. —Yo intenté controlarme al escuchar eso, pero mi hija soltó un grito de sorpresa y estalló en lágrimas. Solo Blair pudo sostenerla. Desde hacía tiempo tenía esa sospecha, pero ahora sabía toda la verdad. Maldita fuera Davina. Ella y su maldita obsesión habían acabado con la vida de dos criaturas inocentes—. Y eso no es todo. Logan me dijo que él era solo una pieza en todo el juego, un peón. Que había otros que querían derrocar su reinado e instaurar uno nuevo. Se han asociado con los demonios para eso. —La indignación no se hizo esperar. El rey, más que sorprendido, parecía consternado.

—Malditos sean, eso no puede ser... —dijo él, aún paralizado por la sorpresa—. ¿Y qué ha ocurrido con esos traidores?

—Murieron en el derrumbe de una cueva. No pudimos hacer nada por salvarlos, apenas pudimos salir nosotros. —Miré hacia Blair. Me daba mucha lástima porque acababa de perder a su única familia. Puede que no hubieran sido los mejores hermanos, pero eran todo lo que tenía. Y ahora lo habían dejado en deshonra. Temía por lo que iba a ser de él en el futuro—. Nada de eso hubiera sido posible sin la intervención de este recién llegado —dije señalando al padre de Aurora. Todas las miradas estaban posadas en él.

—Gracias por salvar al conde y a mi prometida —le dijo el rey—. Por tu olor sé que eres una gárgola, pero jamás te había visto. ¿Quién eres?

—Claro que no me recuerda, majestad, es muy joven para reconocerme —contestó McLeon—. Pero quizá el siempre amable Mortimer podrá decírtelo, ¿verdad? Sé que me has reconocido —dijo mirándolo fijamente.

Mortimer apartó la mirada con molestia, parecía intimidado.

—Sé quién es, majestad —dijo de mala gana.

—Es el legendario Darach Duncan McLeon —dijo ahora Ariadne y le sonrió—. Bienvenido, me alegro mucho de verte después de tantos años.

—El gusto es mío, Ariadne —se saludaron como si se tratara solo de dos viejos amigos.

Sin embargo, la noticia de que el legendario McLeon estaba con vida cayó como un cubo de agua fría sobre el rey. Estaba paralizado por la sorpresa.

—Vaya... No lo puedo creer. Alguien de tal antigüedad aún vivo, eso es increíble —decía aún absorto.

—¿Y no me dará la bienvenida en la corte, majestad?

—Por supuesto, alguien de su alcurnia es bienvenido aquí siempre que desee —contestó el rey—. Aún hay muchos asuntos que tratar y será mejor que todos estén en buen estado. Los guerreros gárgola aún se recuperan del ataque de los demonios. Pudimos salvar la villa, pero Azazel y Belial escaparon. Solo tenemos que estar preparados; la próxima vez no los dejaremos vencer. Llevad a mi prometida con las sanadoras y que descansa —ordenó. Eso me dejó un mal sabor de boca. Después de todo lo que había pasado, el rey insistía en casarse con Aurora.

—Alto ahí —habló Duncan, y todos guardaron silencio—. ¿Por qué dice que mi hija es su prometida? Nadie ha pedido su mano en matrimonio, y yo no he aceptado que se case. —Se escuchó un murmullo general.

El rey estaba sorprendido.

—Su hija ha sido elegida como mi futura reina —anunció el rey Evan.

—Pues, tal como yo lo veo, no puede imponerle un matrimonio. Yo no lo consiento —dijo, dejándonos a todos boquiabiertos.

—¿Me está retando, McLeon? —le preguntó el rey molesto.

—No lo hago, al menos todavía no. Eres un muchacho, Evan. Ni siquiera eras un bebé cuando yo ya luchaba grandes batallas, así que te aconsejo que no seas tú el que me rete. Sabes que solo tendría que reclamar el trono y que muchos me apoyarían. Por suerte para ti, eso no es lo que quiero.

Yo estaba sorprendido de lo tensas que se habían puesto las cosas.

—No le permito que me hable así —contestó el rey.

—Y yo no permito que le impongan un matrimonio a mi hija. Ella ya ha elegido.

Contuve una sonrisa. Noté que Aurora miraba a su padre agradecida. Él nos estaba ayudando.

—Hablabamos de eso más tarde —cortó el rey—. Ahora debemos estar unidos y no quiero discusiones.

—Yo tampoco —contestó McLeon.

—Creo que es mejor que todos os retiréis a descansar. Hablabamos con la cabeza fría.

—Majestad —habló de pronto Mortimer. Estaba seguro de que no se traía nada bueno entre manos—. Hay un tema que no podemos dejar de lado justo ahora, y es el destino de Blair St. Clair. Sus hermanos eran traidores, ¿quién nos asegura que él no es también? ¿Y si nos está engañando? —Todos miraron se inmediato a Blair, incluso algunos guardias gárgola se acercaron

un poco. Él se quedó paralizado los primeros segundos, pero luego noté su rostro lleno de indignación.

—Acérquese, Blair St. Clair —le ordenó el rey, y este obedeció. Sabía que algo así podía pasar, era injusto, pero era lo lógico—. Su familia ha caído en deshonra, ¿qué tiene que decir al respecto?

—Majestad, juro por todos nuestros dioses que no tenía ni idea de la terrible traición de mis hermanos —contestó Blair con toda sinceridad—. Trabajo desde hace años para el consejo y sabe que soy su fiel servidor; jamás le he fallado ni jamás lo haré.

—Blair, te conozco como una buena gárgola —le dijo el rey—, pero también pensábamos que Davina y Logan eran honrados, y mira lo que ha pasado. No puedo condenarte ni dejarte libre hasta estar seguros. Estarás bajo investigación y lamento quitarte tu cargo de confianza en el consejo hasta nuevo aviso. Tu familia ha caído en desgracia y, por lo mismo, no puedo permitir que te unas a ninguna casa noble. A partir de este momento, rompo el compromiso que tienes con Siena McCord. —Entrecerré los ojos y suspiré. Me sentía triste por Blair y por mi pobre hija, que lo quería tanto. Ella lloraba en silencio a un lado, pero no se atrevió a replicar. No le quedaba otra opción que acatar la orden del rey.

—Acepto su decisión, majestad. Yo demostraré que soy inocente —dijo Blair agachando la cabeza con humildad.

—Bien, podéis retiraros.

Nos inclinamos ante nuestro rey y seguimos nuestro camino. Aurora y yo caminábamos juntos y nos dimos la mano discretamente. Cuando estuvimos lejos de la vista de todos, nos besamos con pasión. Veíamos un futuro para nosotros dos, uno en el que estaríamos juntos para siempre.

Epílogo

Aurora

Regresamos a Abercrombie unos días después del ataque de los demonios. Necesitábamos descansar urgentemente; todo había sido muy tenso y terrible. Lo único que me aliviaba era saber que al fin nos habíamos librado de nuestros enemigos. Ya no había una Davina que me atormentara, y menos la amenaza de Logan. Temía el regreso de los demonios, pero eso no me iba a detener, yo quería ser feliz.

La sorpresa más maravillosa me la llevé cuando, una noche de cena, Keitan le pidió mi mano a mi padre, y al rey no le quedó otra opción que aceptar. Esa noche brindamos y fuimos felices. Después de todo lo que habíamos pasado, no pensaba que llegaría este momento.

—Querida, ahora solo debes decidir una cosa —me dijo Ariadne, sonriente, después de felicitarme—. ¿Quieres casarte antes o después de que nazca el bebé?

—¿Qué? —pregunté sorprendida. No podía creer lo que acababa de escuchar. Con tanto alboroto apenas había prestado atención a las señales y ahora Ariadne me daba la maravillosa noticia.

—Felicidades, Aurora, estás embarazada —me dijo. Nos abrazamos y yo quería llorar de felicidad.

Esa misma noche se lo conté a Keitan y él sí que estalló en lágrimas de alegría. Se arrodilló ante mí y besó mi vientre. Estaba feliz de saber que volvería a ser padre. Pronto se enteraron todos, incluyendo a lady Siena. Ella aún estaba triste porque se había roto el compromiso con Blair, pero al saber que tendría un hermanito sonrió discretamente.

—Le salvaste la vida a mi padre y le diste su merecido a Davina —me dijo ella—. Supongo que ya no podemos estar enemistadas. Yo olvidaré todo lo que ha pasado y aprenderé a aceptarte como madrastra.

—Me alegra escuchar eso, Siena —contesté sonriente—. Ya verás que nos llevaremos muy bien. Déjame demostrarte que no soy una mala persona.

—Bueno, ya veremos. —Me sonrió de lado. Atrás habían quedado los días en los que armó un berrinche para que no me quedara con su padre. Ahora nos aceptaba y estaba dispuesta a esforzarse para que fuéramos amigas.

Keitan y yo quedamos en casarnos en Abercrombie antes que se notara

mi vientre, de esa manera estaría más cómoda para poder llevar el vestido que quisiera y disfrutar de la fiesta sin incomodidades. Ya empezaba a sentir las náuseas, así que comenzamos a trabajar en los preparativos de la boda tan pronto como pusimos un pie en Abercrombie. Yo aún tenía que seguir entrenándome en la magia, pero con mi embarazo era mejor que descansara y más tarde seguiría mi instrucción con Ariadne.

Los días pasaron volando y al fin el gran momento llegó. Íbamos a hacer una boda al aire libre. Keitan invitó a todo el pueblo para compartir su felicidad con ellos, además de que todos me conocían y querían estar presentes en mi boda. Invitamos a Blair también, ya que me daba pena que alguien tan bueno fuera castigado por los pecados de sus hermanos. Por cortesía tuvimos que invitar al rey y a los miembros del consejo real. Sabía que Ariadne se presentaría y yo estaba emocionada por volver a ver a mi mentora.

Desperté por la mañana temprano. Mi amiga Alexa estaba eufórica como si fuera su propia boda. Me ayudó con el vestido, uno precioso que tenía una cola larga, era blanco y lo coronaría con una tiara. El rey mandó decir que ese sería mi regalo de bodas; después de todo, seguía teniendo sangre real.

Todo estaba listo para la boda. La comida, la música y todos los invitados que esperaban con ansias mi llegada. Mi padre me esperaba para llevarme al altar. La boda era bastante parecida a la tradicional, ya que normalmente las bodas de gárgolas terminaban en la cueva sagrada donde los cuerpos de los recién casados se unían, una prueba que Keitan y yo ya habíamos superado. Llegué al altar, donde Keitan me esperaba para la ceremonia. Estaba nerviosa de sentir que todos me miraban. Pronto sería su esposa, su mujer para toda la eternidad.

Keitan estaba aún más guapo que nunca y yo me pasé toda la ceremonia a punto de llorar al sentirme realizada. Tendría una familia y a la persona que amaba a mi lado. Nada podía ser mejor. Nos besamos para sellar nuestra unión y los invitados nos aplaudieron emocionados. Estaba segura de que nuestro amor sería legendario.

La fiesta empezó y todos la disfrutaron mucho. Bailé con mi padre, con Blair y con algunos hombres del pueblo que siempre me trataron bien. Keitan y yo bailamos juntos muchas veces, felices de hacer realidad nuestro sueño. Cuando llegó el momento de lanzar el ramo, me alegré mucho que fuera mi amiga Alexa la que lo cogiera, porque ella también merecía ser feliz.

Después de un largo día, Keitan y yo nos retiramos al fin a la habitación

para nuestra noche de bodas. Cuando él abrió la puerta, me sorprendí al ver que todo estaba dispuesto de forma muy romántica. Había velas aromáticas que despertaban nuestros sentidos, pétalos de rosa repartidos por la cama. El lecho nos esperaba para poder saciar nuestro deseo salvaje de amarnos.

—Puedo amarte sin miedo de ahora en adelante —me dijo él con voz ardiente al oído—. Eres mi esposa y yo te amaré siempre.

—Entonces ámame ahora, que es lo que he deseado todo el día, sentirte dentro de mí.

Keitan empezó a quitarme el vestido, desatando despacio el nudo de mi corsé. Yo me moría de ansias de sentirlo. Cerré los ojos y me entregué al placer que él me daba con sus caricias. Me habían aconsejado que lo hiciera despacio, que era mejor ser precavidos por el bebé. Nosotros no teníamos problema con eso; lo haríamos lento y gozaríamos al máximo. Una vez desnuda, Keitan me recostó sobre la cama. Puso sobre mi vientre algunos pétalos de rosa, cogió uno y me hizo cosquillas con este. Lo paseó despacio por mis pechos, rozando insistente mis pezones. Bajó por mi vientre y se detuvo justo en la parte más íntima de mi cuerpo. Él sabía lo que deseaba y no tardó en dármelo.

Reemplazó ese delicado pétalo de rosa por su lengua ávida de mí. Con toda la experiencia que tenía, besó y lamió aquella parte hasta hacerme delirar de placer. No le bastó solo explorarme con su lengua, sus dedos gruesos hicieron también parte del trabajo mientras yo me retorcí entre las sábanas ansiando que me llevara a la gloria.

Después, Keitan me ayudó a sentarme sobre su regazo para que lo montara. Quería que yo marcara el ritmo. Introduje su virilidad caliente dentro de mí, ardiente por el fuego de la pasión. Me sentía llena del hombre que amaba. Quería más, nunca me cansaría de él. Lo monté despacio al principio, luego cada vez más rápido mientras él apretaba mis pechos y bajaba lentamente con sus manos por mi espalda hasta mis caderas. Me encantaba ver su gesto de placer mientras lo hacíamos.

No resistimos más, el placer era extremo, nuestra conexión también. Era nuestra primera vez como casados y tendríamos toda la noche para hacerlo hasta el cansancio. Llegamos juntos en un grito de placer y júbilo, me recosté a su lado un momento mientras recobraba la respiración. El olor salvaje y exquisito de mi macho me incitaba a más; mi cuerpo pedía insistente que repitiera el goce una y otra vez.

—Eres el amor de mi vida, Aurora —dijo él mientras acariciaba mi rostro

—. Nunca me cansaré de ti. Dedicaré mi vida entera a amarte.

—Y yo seré todo lo que has soñado en la vida, Keitan. Te amaré por toda la eternidad. —Nos besamos otra vez.

Sabía que aún había muchos problemas pendientes por resolver, el peligro de los demonios que acechaban. Pero en ese momento y en esa cama, éramos los seres más felices de la Tierra y así queríamos quedarnos.

AGRADECIMIENTOS

Una vez más quiero agradecer el trabajo y el apoyo del P. Crew, un grupo de talentosas escritoras, editoras y diseñadoras que siempre están ahí sin pedir nada a cambio. El cariño y la ayuda desinteresada de este bonito crew del que formo parte me hace sentir apoyada y comprendida.

Aprovecho también para agradecer a la bella Charlize Clarke, por permitirme incluir en mi saga la mención al clan de dragones más sexy de Amazon, los Ragon. Es una bella historia que recomiendo mucho.

Gracias a Celia por la edición de la historia. Sin ti realmente no hubiera hecho nada, gracias por tu gran trabajo y dedicación, por siempre creer que esta historia tenía potencial.

Gracias a Rose Days por darme el empujón que necesitaba, por guiarme en cada paso de esta aventura de lanzarme por primera vez en Amazon. Te

deseo toda la suerte del mundo, querida.

Gracias a la bella Dakkita por la edición de la portada, te ha quedado divina. Todos los trabajos de Dakkita son preciosos, desde sus ediciones hasta sus bellos libros.

Gracias a Nikko, siempre con sus ideas para la saga y por divertirme con ella tanto como yo.

Y claro, gracias a Katerina Az. por ayudarme a escribir esta historia desde el inicio. Me acompañaste en cada paso que di para redactarla. Sin tu apoyo constante esto no hubiera sido posible.